Algorta Pedro - Las montañas siguen allí

Las montañas siguen allí. - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2014

(Biografías y Testimonios)

Biblioteca Tiflolibros

Asociación Civil Tiflonexos

Adolfo Alsina 2604 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina
Telefax: +54-11 4951-1039
E-mail: Tiflolibros@tiflolibros.com.ar
http://www.tiflolibros.com.ar

Este libro es para uso exclusivo de personas ciegas, con baja visión o con otra discapacidad que no permita la lectura impresa.

ISBN 978-950-07-4850-6

1. Biografía. I. Título.

CDD 923

Edición en formato digital: agosto de 2014

Fotografías: Archivo personal de Pedro Algorta

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial

Humberto I 555, Buenos Aires.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-4850-6

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Prólogo

Primera Parte
1. Desde las montañas mismas
2. La vida en la montaña
3. Vamos, vamos
4. Te habíamos dado por muerto
5. Una mancha en el hombro
Segunda Parte
Reflexiones cuarenta años después
La memoria
Mis conversaciones con Read
Escribir un libro, plantar un árbol, tener un hijo
El trabajo de todos los días
Liderazgo y estrategia
Unas palabras sobre Shackleton
Las montañas siguen allí
Tus comentarios son bienvenidos
Agradecimientos
Créditos

Pedro Algorta

Las montañas siguen allí

La tragedia de los Andes contada como nunca por un sobreviviente

Sudamericana

A Noelle, quien siempre estuvo, a mi Madre, quien me esperó,

y a mis hijos y mis nietos, quienes no estarían en el mundo

si yo no hubiera salido de los Andes.

Después de escalar una montaña muy alta

descubrimos que hay

muchas otras montañas por escalar.

NELSON MANDELA

Prólogo

El verano pasado fui a visitar a Nando1 a su casa en Punta del Este, con el objetivo de que leyera mi manuscrito y pedirle que escribiera unas líneas para la contratapa de este libro. Nando me dijo que lo iba a leer y eventualmente escribiría con gusto unas líneas.

Después de una cordial y agradable reunión me acompañó hasta la puerta de su casa para despedirme, y mientras caminaba delante de mí miré sus piernas flacas y cansadas y me estremeció imaginar a esas mismas piernas dando pasos de gigante en la montaña. Pero quedé totalmente desconcertado cuando vi unas feas cicatrices cerca de sus pantorrillas y talones. No sabía que Nando tenía sus piernas lastimadas mientras caminaba por los Andes e imaginé que las heridas se habían producido después.

"¿Cómo te hiciste esas heridas? ¿Fue en una moto o tuviste un accidente de auto?", le pregunté confundido mirando sus lastimaduras intentando buscar una confirmación que me tranquilizara.

"No, Pedro, me las traje de la montaña", contestó.

Me quedé petrificado. Descubrir esas heridas cuarenta y dos años después me conmovió profundamente al imaginarlo caminando con Roberto2 por la montaña, desesperados, heridos y al límite de sus fuerzas, buscando una salida para ellos y para nosotros. Sabía que había sido una hazaña inmensa, pero hacerlo con heridas sangrantes en las piernas me pareció que agregaba aún más valor a algo que ya no admite adjetivos.

Yo no tengo cicatrices visibles ni caminé diez días por la montaña, pero estuve setenta días viviendo bajito, luchando por sobrevivir. Con el tiempo que ha transcurrido, a medida que corremos el velo protector que nos protege, nuestras heridas aparecen y como las de Nando, magnifican lo que vivimos en los Andes.

"¡No irás a escribir otro libro más sobre el tema de los Andes!, ¿no está todo dicho ya?", me dijo mi hermano Santiago al enterarse de que estaba trabajando en este proyecto.

¿Otro libro más? Pues sí, este es otro libro sobre lo que nos pasó en los Andes. Lo escribo porque creo que no está todo dicho y siento que tengo algo más para decir. Falta contar cómo viví yo mis setenta días en la cordillera y cómo llevé mi montaña después en mi vida personal; pero lo quiero contar como tiene sentido para mí.

Quiero dejar escrito mi testimonio y algunas reflexiones con más de cuarenta años de perspectiva. Me importa dar mi visión personal de esos setenta días, de la lucha por sobrevivir día a día, y cómo fue que entre todos, con dificultades y mucho trabajo pudimos construir esa máquina de sobrevivencia, que fue nuestro cuerpo colectivo en la montaña.

Lo hago porque me gusta contarlo, porque me hace bien. De hecho, al escribirlo me he podido conectar nuevamente con la montaña y me he conmovido al evocar los momentos del accidente, las decisiones importantes, la lucha diaria por sobrevivir, la rutina pequeña del día a día y la caminata final de Nando y Roberto mientras nosotros los esperábamos en el avión. También me emocioné con el recuerdo de mi padre buscándome sin esperanza y con nuestra salida de los Andes listos para enfrentar otros desafíos. Al final, me he dado cuenta de que la montaña todavía me acompaña, está conmigo, se mueve y me sigue conmoviendo. Pero ya pasó, he aprendido a vivir con

ella; ya no molesta y me ha dejado vivir mi vida normal por más que a veces me emociono y me avisa que todavía está.

También soy consciente de que a mucha gente le impacta nuestra historia y que escucharla le ayuda a poner sus propias montañas en perspectiva y a tomar fuerzas para superar su propia adversidad.

En estos sesenta y dos años de vida y cuarenta y tantos años de segunda vida, me pasaron y pensé muchas cosas que tienen que ver con este hecho tan significativo para mí. Todo está en este libro, muchas veces en forma explícita, pero la mayoría de las veces flotando entre líneas, como es el caso de toda historia testimonial contada con el corazón en la mano.

En mi recuerdo despojado y limitado de lo que pasó en los Andes está también lo que es más difícil resolver, lo que sigue quedando como un misterio. ¿Por qué sobreviví yo y no algunos de mis hermanos de la montaña que estaban mucho mejor preparados o que después en sus vidas podrían haber hecho aportes mucho más importantes? ¿Cuál es la fuerza que nos hacía vivir un día más y que nos llevó hasta el final? ¿Cómo hicimos para conformar un verdadero equipo de trabajo cuando cada uno en el fondo quería sobrevivir él? ¿Dónde está hoy la montaña en mi vida? ¿Dónde está la cicatriz por las decisiones que tomamos para vivir? ¿Dónde está el duelo no hecho por mis amigos que no volvieron? ¿Cómo hicimos para soportar tanta tensión?

Algunas de estas preguntas tienen un inicio de respuesta y otras no porque ni yo mismo la sé.

Mi experiencia de los Andes fue un momento especialmente límite y difícil, de mucho trabajo, de dolor, oscuro, de vivir bajito, de estar en contacto con las manifestaciones vitales más básicas, de convivir con la muerte y de sobrevivir casi sin darme cuenta, instintivamente. Mi vida después de los Andes fue distinta, llena de oportunidades y realizaciones, con una linda familia y buenos trabajos, donde no he dejado cosas por hacer y crecer. Pero también, una vida con otras montañas, donde lo vivido en los Andes sirvió para saber que ante las nuevas montañas solo hay que empezar a caminar.

Porque no son dos vidas contrapuestas. Son parte de lo mismo. Hoy, con más perspectiva, intento integrarlas, hacer una síntesis, reconocer que las he vivido y que no las puedo separar.

Con más de cuarenta años de distancia, los recuerdos son borrosos, confusos y quedan básicamente imágenes muchas veces mezcladas por lo que se ha escrito o dicho después. El tiempo y todo lo que hemos vivido han borrado los límites y contornos de nuestras memorias. Las heridas existen pero han cicatrizado y nuevas experiencias y más heridas tenemos sobre las viejas heridas que ya teníamos. A veces, las cicatrices son tantas que no las podemos identificar. Lo bueno es que no vivo sobresaltado por los recuerdos ni me atemorizan viejos fantasmas. Eso ya pasó. Pero ahora, miro hacia atrás y conecto puntos, de lo que éramos y lo que somos, y la historia adquiere un nuevo sentido.

Obviamente este libro no es una novela ni nada por el estilo; es mi historia, la historia de mi vida, la que me permite construir sentido. Es la historia de mi supervivencia en

los Andes y lo que hice después con la montaña a cuestas. Es mi lucha por hacer una vida normal, con la montaña moviéndose en la mochila. Pero no es la única historia de los Andes. De hecho, cada uno de los dieciséis sobrevivientes tiene la suya. Esta es la mía.

Estimado lector: este libro está organizado en dos partes. La primera está relacionada directamente con el episodio de los Andes. En ellos encontrarás un relato de lo que nos sucedió, tal como yo lo he vivido. También aparece lo que me pasó después del rescate que, como verás, se mezcla bastante con mi vida normal. La segunda parte contiene algunas de mis reflexiones, organizadas por temas y no como un simple testimonio vivencial. Finalmente, me permito sacar algunas conclusiones, intentando hacer un resumen de lo que no debería ser resumido.

Desde ya, agradezco tu interés en esta novela (que no es una novela) sobre mi montaña, donde podría haberme quedado pero de la que porfiadamente quise salir. Espero que me acompañes hasta el final.

1 Fernando Parrado.

2 Roberto Canessa.

Primera Parte

Estoy muy contento de haber podido vivir una vida ordinaria a pesar de haber vivido un hecho sin dudas totalmente extraordinario que no es tan extraordinario para mí, ya que es parte de mi vida normal.

Creo que cualquier grupo de seres humanos similar al nuestro, en el mismo lugar y con los mismos recursos, hubiera hecho más o menos lo mismo que nosotros, y quizás también habría sobrevivido. Porque no hicimos nada raro, solo dejamos que nuestros instintos humanos más básicos se desarrollaran buscando la supervivencia individual y del grupo. No creo que otros lo hubieran hecho distinto, porque todos los seres humanos tenemos esa increíble fuerza para sobrevivir a las situaciones más adversas que se nos puedan presentar.

1. Desde las montañas mismas

¿Por qué estaba en ese avión? En realidad no importa por qué. Simplemente estaba ahí. Yo no era jugador de rugby, no iba a jugar ese partido en Chile, tampoco era ese mi grupo de amigos. A la mayoría los había visto ocasionalmente en el colegio en el que había hecho la primaria pero ya no tenía trato con ellos. En el grupo había cinco muchachos que habían sido mis compañeros, pero en ese momento solo tenía trato habitual con Felipe3 y Arturo4, con quienes estudiaba Ciencias Económicas en la Universidad de la República en Montevideo. A Coche5 también lo conocía porque era

primo de mis primos, pero no tenía una relación muy cercana con él. Además, me llevaba más de un par de años, lo que en aquel momento, con veintiuno, me parecía una gran diferencia.

Es cierto que antes del viaje fui a un entrenamiento de rugby pero fue para asegurarme un lugar en el avión, como para pagar el derecho de piso, ya que si bien había jugado al rugby en la secundaria, no creía que iba a volver a jugar. Al final no fue necesario haber ido al entrenamiento, ya que viajó el que quiso, incluso se vendieron pasajes a personas que no tenían nada que ver con el equipo, desde familiares de los jugadores hasta personas que aprovechaban el vuelo para visitar parientes en Chile.

El grupo de pasajeros se había formado alrededor del equipo de rugby del Old Christians, que era el equipo de los ex alumnos del Stella Maris. Ese había sido mi colegio mientras viví en Uruguay. Ocho años antes, cuando tenía trece, mis padres habían comenzado por motivos de trabajo una peregrinación por varios países latinoamericanos y yo y mis cinco hermanos los habíamos seguido. Vivimos en Paraguay, Chile y Argentina, pero en un momento sentí la necesidad de volver a mi país para no ser siempre extranjero y decidí regresar al Uruguay. En Chile, donde viví tres intensos años, había estudiado con los jesuitas e iniciado la universidad. En Argentina di varias vueltas sin integrarme del todo y finalmente regresé al Uruguay, donde la vida no se me hacía del todo fácil. El principio de los setenta eran tiempos complicados y además, como saben los que han vivido fuera de su país, nunca es fácil volver.

En aquella época, en Uruguay, salía a correr por la rambla de Montevideo en pleno invierno. A veces, lograba que algún amigo me acompañara, pero la imagen que me queda de esos días en Uruguay es la de estar trotando solo en la niebla fría del invierno uruguayo. Al cambiar tantas veces de país y de universidad, había acumulado materias previas que no tenían mucho que ver con lo que más me gustaba, que era la economía, las matemáticas y las ciencias sociales, y terminaba en aburridísimos cursos de derecho comercial y contabilidad. Me asomaba también a la política sin demasiado compromiso.

Hoy recuerdo mis días en Uruguay previos al accidente como algo grises y confusos. Buscaba un lugar en el mundo, con dudas, miedos y bastante solo. Por otra parte, en todos lados retumbaban las consignas del Mayo Francés y de los movimientos estudiantiles. Aunque había muchas cosas con las que yo no estaba de acuerdo, en general me atraían las ideas del momento.

Desde mi emoción, la vuelta al Uruguay y la vida de estudiante formaban una combinación compleja que no me convencía. Andar saltando de un país a otro no era trivial, me volvía un extranjero en todas partes. En algún momento debería decidir si ese era mi lugar, si eso era lo que me gustaba hacer, si esa era mi gente, si por eso me iba a jugar. Podría haberme quedado en Uruguay, haber vuelto a Chile, seguir corriendo solo de noche por la rambla... No lo sé; la vida tenía otros planes para mí.

Ir a Chile por unos días tenía lo suyo. Era un viaje atractivo. Me reencontraría con Ana Luisa, quien había sido mi novia en Chile y con quien todavía estaba en contacto. No sé qué hubiera pasado o si habríamos complicado aún más nuestras vidas. Me iba a encontrar también con mis compañeros del Colegio San Ignacio donde había terminado el secundario. Me interesaba especialmente lo que ellos me dirían. Por otra parte, la situación en Chile también estaba revuelta, la experiencia socialista de Salvador Allende

no andaba muy bien y quería ver con mis ojos qué estaba pasando. Pero, por sobre todo, para mí era un momento de cambio, sea lo que fuera que pasara en ese viaje, tenía que ser importante; estaba preparado para que algo sucediera con mi vida.

Los organizadores habían contratado un vuelo a la Fuerza Aérea del Uruguay. Ya lo habían hecho el año anterior y el viaje había sido un éxito. Finalmente, se consiguieron los cuarenta pasajeros, de los cuales menos de la mitad estaban involucrados en el equipo de rugby. El resto, como yo, iba a pasar un fin de semana largo en Chile. La tripulación estaba compuesta por cinco miembros de la Fuerza Aérea del Uruguay, con lo cual había en total cuarenta y cinco personas en el avión.

Salimos de Montevideo el 12 de octubre de 1972. Ese día tuvimos que pasar la noche en la ciudad de Mendoza debido al mal tiempo que había sobre la cordillera. Después de una larga espera, nos pidieron que volviéramos al día siguiente, al mediodía, para intentar un cruce o bien regresar a Montevideo. Si bien se nos acortaba nuestra estadía en Chile, podíamos aprovechar esa tarde y noche para visitar Mendoza, donde yo ya había estado muchas veces en alguno de mis otros peregrinajes a Chile.

Mi compañero de viaje era Felipe y aunque éramos totalmente diferentes y no compartíamos las mismas inquietudes, estudiábamos juntos y éramos amigos. No recuerdo si lo tuve que convencer de viajar o no, pero al final él también estaba entusiasmado. Con él compartí esas horas en Mendoza y planeábamos compartir nuestra estadía en Chile. En realidad, no he podido reconstruir nuestros planes sobre lo que íbamos a hacer en Santiago, dónde íbamos a dormir, si iríamos a ver los partidos de rugby o no. Curiosamente, hasta hoy nunca me había dado cuenta de que no pensé en lo que iba a hacer concretamente esos días en Santiago. Esos planes se me han olvidado por completo.

Tampoco recuerdo con exactitud lo que hicimos esas horas en Mendoza. He vuelto varias veces a esa ciudad pero no he podido reconocer los lugares donde estuvimos ni distinguir el hotel donde dormimos. No recuerdo dónde cenamos ni con quiénes estuvimos. Sí recuerdo haber ido a una discoteca vacía, con poca gente, ese jueves en la noche mendocina. Vagamos por la ciudad dormida y encontramos pequeños grupos de compañeros caminando por las calles. Todos al acecho, sin nada concreto, tratando de buscar una diversión que nunca encontramos. Al otro día, Felipe y yo, siguiendo nuestro espíritu intelectual, fuimos a la Universidad de Cuyo donde nos atendió un profesor muy atento que nos explicó los planes de estudios, nos mostró el Campus Universitario y después nos llevó hasta el aeropuerto.

El profesor que nos dejó en el aeropuerto siempre lamentó haber sido tan puntual. Con un poco de suerte quizás hubiéramos perdido el avión. De cualquier manera, el despegue se demoró. La tripulación aún no había decidido qué hacer. Tenían sus dudas, el tiempo no había mejorado lo suficiente y el paso habitual por el Cristo Redentor estaba cerrado. Sin embargo, pudo aterrizar un viejo avión bimotor destartalado que venía de Chile. El piloto de ese avión intercambió opiniones con los del nuestro y nosotros ejercimos una presión irresponsable para salir. Queríamos volar hacia Chile a toda costa, nada nos podía pasar, no queríamos asumir la posibilidad de que el mal tiempo sobre la cordillera frustrara nuestro viaje. A nadie se le ocurrió que fuera realmente peligroso. Queríamos que nuestros pilotos se atrevieran a volar.

Al haber vivido en Chile tres años, ese cruce lo había realizado innumerables veces. La mayoría de las veces en avión pero también en tren, en auto o en bus. Todos eran cruces intensos, atravesando paisajes arrolladores e impresionantes. En aquel momento había mucho camino de cornisas y no estaba habilitado el túnel que hoy existe aunque sí estaba habilitado un cruce en tren particularmente pintoresco. En varias ocasiones sentí que la camioneta que me cruzaba iba demasiado rápido y que corríamos mucho peligro de desbarrancarnos por la montaña. En invierno y en verano, con nieve y sin ella, cruzar la cordillera siempre fue algo especial. Varias veces con susto y miedo, pero siempre con la emoción de la aventura, cruzaba los Andes entre Argentina y Chile sin pensar que realmente un día me pudiera pasar algo.

El avión Fairchild 227 N° 571 de la Fuerza Aérea uruguaya era en aquel momento un avión relativamente moderno. Tenía una altura de vuelo de aproximadamente seis mil metros, lo suficiente para pasar sin problemas por los pasos habituales de la cordillera de los Andes. Volando de Montevideo a Santiago se pasa cerca del Aconcagua, que con sus casi siete mil metros es la mayor altura de América del Sur. Escuché que en aquel tiempo era un paso visual, que requería de buena meteorología y perfecta visibilidad para que el vuelo fuera seguro.

Finalmente, los pilotos del avión decidieron emprender vuelo y cruzar la cordillera por el Paso Planchón, unos trescientos kilómetros al sur de la ciudad de Mendoza. El vuelo entre Mendoza y Santiago de Chile tenía alguna complejidad pese a que es un vuelo muy corto (en línea recta no hay más de trescientos kilómetros). La dificultad reside en cruzar la cordillera de los Andes. Los aviones deben subir rápidamente a una altura suficiente que les permita atravesar la montaña y descender también rápidamente para llegar al aeropuerto de Santiago de Chile.

Al principio, el vuelo se desarrolló con normalidad. Habíamos volado en dirección sur hasta la ciudad de Malargüe y después nos internamos en la cordillera de los Andes para llegar a Chile. En el avión reinaba la alegría y la irresponsabilidad propia de un grupo de jóvenes que en su mayoría volaban por primera vez; íbamos a conocer Chile y jugar un partido de rugby. En esos momentos, yo tenía veintiún años, y esa era la edad promedio de los pasajeros.

No recuerdo exactamente en qué asiento iba. Sé que Felipe se sentaba al lado mío, pero no mucho más. Después tengo imágenes confusas. He volado mil veces sobre los Andes, he tenido malos y buenos vuelos y me cuesta identificar los recuerdos de ese vuelo en particular. También he hecho otras veces exactamente el vuelo que íbamos a hacer ese día, desde Mendoza a Santiago pasando por Malargüe, el Paso Planchón y Curicó. Varias veces con un pésimo tiempo, también con el avión moviéndose mucho. Pero las imágenes se me mezclan y se me confunden con el vuelo del año 72. Recuerdo una formación nubosa, oscura y espesa sobre los Andes y el avión virando para internarse en ella, insensible al peligro que encerraba. ¿Fue la vez que intenté cruzarlos en el 72 o fue alguna de las otras veces? No lo puedo saber.

El avión sobrevoló la ciudad de Malargüe y luego viró hacia la derecha internándose en las nubes. De repente, pasó el navegante del avión, indicando que nos debíamos sentar y abrochar los cinturones porque tendríamos turbulencia. Hasta entonces no era más que un simple vuelo agitado. ¿Cuántos vuelos agitados hay por encima de los Andes? ¿A

quién se le ocurre que a los veintiún años va a estrellarse en un avión cruzando la cordillera?

Pero esa vez la situación empeoró. El avión se internó en la cordillera sobre la cual había una densa y espesa nubosidad. Años más tarde supe que, apenas sobrevoló el Paso Planchón, el avión viró y empezó a volar paralelo a los Andes. No habían pasado los quince minutos de vuelo necesarios para llegar a Curicó. Al virar antes de tiempo los pilotos del avión comenzaron el descenso en el medio de la cordillera, creyendo que ya estaban sobre el valle central de Chile. El avión descendía y derivaba en medio de la montaña. A medida que las nubes se hacían más espesas, empezamos a sacudirnos cada vez más y finalmente caímos en dos pozos de aire muy profundos en los cuales el avión perdió más altura.

En algún momento, salimos de las nubes y pude ver por las ventanillas. Lo que vi no me gustó; estábamos volando demasiado cerca de la montaña, las rocas de la ladera estaban casi a nuestro alcance. Veía que las rocas pasaban con gran rapidez, como cuando aterriza un avión y nos acercamos a la pista, pero esta vez en el medio de los Andes. ¿Qué estaba pasando? Entre la niebla se veía la montaña, nieve y rocas cada vez más cerca, como si fuéramos a aterrizar. Recuerdo haber sentido mucho miedo y una enorme incredulidad.

Todavía confiaba en que eso fuera pasajero, nuestros experimentados pilotos nos tenían que sacar de allí; aunque en ese lugar y a la velocidad que llevaba el avión no íbamos a poder tener un aterrizaje suave ni mucho menos. Los pilotos pusieron los motores a toda potencia y levantaron la trompa del avión tratando de recuperar altura y empezamos a sacudirnos con más fuerza. ¿Qué estaba pasando? Dentro del avión el bullicio y la alegría dieron paso al silencio y a la incredulidad. ¿Era eso normal? ¿Así se cruzan los Andes? Ya no había alegría, el pánico se había apoderado de los pasajeros. Yo no podía creer lo que estaba pasando.

De repente, pasó lo peor, o lo que no debería haber sucedido. Una de las alas tocó una de las laderas de la montaña y se quebró. El avión sin control volvió a tocar la montaña y finalmente la cola se desprendió. Se produjo una explosión y al partirse el avión quedamos en contacto con el aire frío de la montaña, a más de cinco mil metros de altura. El avión se partió en dos mientras nos deslizamos barranca abajo. Lo que estaba suelto fue absorbido por el vacío y expulsado hacia la nieve. Increíblemente, no nos estrellamos de frente contra la montaña, y nos deslizamos por una ladera nevada a una increíble velocidad, sorteando por milímetros formaciones rocosas y penitentes.

Recuerdo el ruido, el sacudirse del avión, el aire fino y frío. La parálisis por el pánico. La extrema incertidumbre y la inmediatez de lo desconocido. Sentí la explosión por detrás, cuando se partió el avión. No pude pensar en nada. Solo dejarme llevar por lo que pasaba, arrastrado por las fuerzas tremendas de un avión que se estrella en la montaña y que se desliza con sus pasajeros vivos barranca abajo a una velocidad increíble. Recuerdo no haber pensado en nada concreto ni ser consciente del final que se aproximaba, ni que moriría o no, solo recuerdo el miedo, el vértigo del momento, el pánico, no saber por dónde llegaría el golpe final; una vertiginosa incertidumbre. Tengo la sensación de la angustia, del repentino cambio de temperatura, del vacío, de la nieve entrando por las fisuras del fuselaje que se producían en la caída, y nosotros ahí, sin nada que hacer, sin mucho que esperar, paralizados por el miedo.

Finalmente, la nieve que caía en la montaña detuvo al avión en su caída. Cuando paró, toda la hilera de los asientos a la derecha se desprendió de sus soportes y se incrustó contra la parte delantera del avión. Casi todos los que estaban allí murieron.

Al final de su carrera, los restos del fuselaje, sin las alas ni la cola, quedaron inertes en el fondo del valle nevado. He vuelto al lugar del accidente y no puedo imaginar el recorrido del avión en su deslizamiento por la ladera, cómo hizo para no estrellarse de frente con las rocas e irregularidades de la montaña. No tengo explicación.

He visto películas que recrean el accidente. Yo no sé exactamente cómo pudo verse desde afuera, pero no creo que haya sido tal como lo muestran. No creo que la parte delantera del avión haya volado por cientos de metros antes de aterrizar sobre el glaciar. Fue una situación donde por milímetros no pudimos superar el escarpado de rocas y el avión perdió sustentabilidad. La parte delantera se deslizó por la ladera inclinada con sus pasajeros aún vivos sorteando formaciones rocosas que de tocarlas nos hubieran matado a todos.

Después del accidente, se produjo un gran silencio y una rara oscuridad. Así lo recuerdo yo, no había ruidos, solo el sonido de las cosas que se habían soltado en la caída y ahora se acomodaban. Quizás no hubo ni silencio ni oscuridad y simplemente soy yo que perdí el conocimiento y así lo recuerdo. Pero a partir de ese silencio y esa oscuridad, volví a tener conciencia, en la penumbra, con una visión reducida. Nieve, hierros destrozados, heridos, todos mezclados.

Muchas veces he visto gente caminando en estado de shock después de otros accidentes, sin entender lo que pasa. Así quedé yo, totalmente conmocionado.

De a poco, empezaron a surgir quejidos y llantos. Traté de incorporarme, me sentía aturdido y pesado. Sin entender qué había pasado, me di cuenta de que estaba entero. No tenía dolores, podía mover todo mi cuerpo, me creía capaz de levantarme. Algunos estaban saliendo del avión. Me di vuelta y vi a Felipe, estaba sentado al lado mío ya muerto, con sus anteojos rotos y un hilo de sangre saliendo de su boca. Recuerdo esa imagen volteando mi cabeza hacia la izquierda, es decir, con Felipe a mi izquierda y la ventanilla del avión a mi derecha. Entonces, yo estaba en la fila derecha del avión, la que se fue toda hacia delante, en la que murieron todos. ¿Cómo puede ser? ¿Habrá sido así?

Me pude desprender del cinturón de seguridad y me liberé. Pasé por encima del cuerpo de Felipe y salí a los tropezones. Recuerdo que fui hacia atrás, por donde se había partido el avión. Afuera nevaba, había unas nubes bajas que no dejaban ver el horizonte y encontré a varios de mis amigos en mi misma situación. No estaba preparado para la montaña; tenía unos zapatos de calle, mocasines, y estaba en mangas de camisa. De ningún modo estaba listo para encontrarme con una temperatura de tantos grados bajo cero. El contacto con el frío fue como una terrible bofetada.

Tomé un abrigo que estaba tirado y me lo puse encima. Pero no alcanzaba, el frío era feroz y me llegaba hasta los huesos, mientras otros seguían en mangas de camisa en el medio de la nieve. Evidentemente, la conmoción nos afectaba de distintas maneras. Algunos fumaban y se refugiaban en los cigarrillos, buscando una conversación bajita,

con quienes intercambiar sensaciones en ese momento. Yo estaba paralizado por el susto, por el miedo, y no me hacía preguntas difíciles. No buscaba culpables, en ese momento no me daba cuenta del significado de haber caído en la montaña y que algunos de nuestros compañeros hubieran muerto, o estuvieran muy malheridos. No tenía conciencia de la magnitud del desastre y de que en realidad deberíamos estar todos muertos. No podía pensar mucho. Ya no importaba por qué viajaba a Chile, cuál era la razón de mi viaje. No pude pensar más en mi novia chilena que teóricamente me esperaba en Santiago ni en mis padres y amigos que había dejado en Uruguay y en Argentina. En esos momentos, todo se borró, solo quedaba yo, frente a la montaña, rodeado de los restos del avión accidentado y un grupo de desdichados.

Salté del avión y me hundí en la nieve hasta la cintura. Con esfuerzo caminé hasta una valija y me senté. "¿Qué pasó?", preguntó alguien. "Nos hicimos mierda con el avión y parece que nos perdimos en los Andes", contesté mirando la escena dantesca que enfrentábamos. Estaba todo cubierto de nieve blanca y sobresalían las rocas negras de las montañas que nos rodeaban.

Era un lugar totalmente desconocido y apenas podía entrever las cumbres enormes y nevadas a nuestro alrededor entre las nubes bajas. Sentía un penetrante olor a combustible que se mezclaba con el frío y el silencio hostil de la montaña. Allí estábamos, rodeados de nuestros compañeros muertos o muy malheridos, sin la ropa adecuada, sin alimentos, sin saber realmente qué había ocurrido y como único refugio los restos del avión accidentado.

Los más lúcidos empezaron a atender a los heridos más graves. Marcelo6, el capitán del equipo, intentaba poner orden y priorizar algunas cosas. Yo no podía ayudar mucho; me limitaba a obedecer, asustado. Sin saber qué hacer, miraba a algunos que caminaban entre nosotros, tratando de dar algunas respuestas, de atender a alguno de los heridos.

De lo alto de la montaña vimos bajar una persona. Seguramente era uno de nuestros compañeros que había sido despedido del avión en el momento del choque y que bajaba de la montaña a los saltos. ¿Nos habría visto? No lo sé, lo vimos bajar y le hicimos señales para que se dirigiera hacia donde estábamos nosotros, pero de repente desapareció en la nieve. Muchos días más tarde, encontré su cuerpo muerto en una de nuestras excursiones.

No recuerdo en especial las caras y nombres de los heridos y los muertos. Si me pongo a recordar se me mezclan con escenas de las películas que he visto. Tengo la imagen de lo que fue esa primera noche, pero los relatos que por años hicimos sobre el accidente contaminaron nuestros recuerdos con lo que otros nos contaron. Sé que había varios con fracturas expuestas, otros con pedazos de sus músculos cortados, sus piernas desgarradas, otros muertos o con heridas gravísimas. Dicen que Nando fue dado por muerto junto con su madre, arrojado en la nieve y que sobrevivió por milagro. No recuerdo a Nando ni a otros, es parte de mi protección, no tiene sentido recrearlas, me basta con lo que tengo. Pero tengo imágenes y recuerdos que sé que son míos, nunca han sido filmados; nunca se filmó la cara de Felipe muerto, esa imagen es mía y la tengo clarita.

Cuando se fue la luz del día, la temperatura bajó rápidamente y debimos meternos de nuevo en el fuselaje del avión para pasar nuestra primera noche en la montaña. Al rato,

cuando el frío era ya insoportable y se levantó el viento, ya estábamos dentro, entre hierros retorcidos, valijas, varios moribundos y los cadáveres de nuestros amigos. El ruido del viento era ensordecedor. La nieve golpeaba contra el fuselaje y el aire helado penetraba por las miles de rendijas que habían quedado abiertas. Nos acurrucamos unos contra otros, con gran desorden, entre hierros retorcidos, entre algunos heridos que no habían podido salir y algunos muertos que no habíamos podido sacar. No pensar mucho fue mi principal defensa, no podía dimensionar el tamaño de la catástrofe, no pensaba que seguramente moriría muy pronto, solo intentaba conectarme con mis manifestaciones vitales más básicas, de sentir que seguía vivo, e intentar sobrevivir esa primera noche, para poder dormir, descansar, esperando que eso fuera solo una pesadilla, rezando para poder amanecer vivo al día siguiente. Aquella fue sin duda una de las peores noches, solo matizada por la escasez de recuerdos precisos y exactitudes.

Pero amaneció. Increíblemente pude sobrevivir la primera noche. No sé cuánto pude dormir. Si dormí o no. En realidad, estábamos en un estado de ensoñación permanente donde no había mucha diferencia entre estar despierto o no. Alguno de los que se quejaban dejó de quejarse y apareció muerto. Pero la mayoría sobrevivimos y seguimos insólita y porfiadamente vivos. Empezamos ese segundo día esperando que nos vinieran a buscar. Cuando salimos del avión, el día estaba claro, había luz y color, se habían despejado las nubes y pude ver por primera vez el increíble paisaje del Valle de las Lágrimas. Sin saber qué era ni dónde estábamos. Nos impresionaban las montañas vistas desde donde nunca las habíamos visto, desde las montañas mismas. Solo se veía nieve, rocas, hielo y el cielo. Ningún árbol, ningún vegetal, solo ese increíble silencio.

Teníamos una gran escarpada sobre nuestras espaldas que se hacía cada vez más vertical, por donde se había deslizado el avión durante su caída. Al fondo, un largo valle por donde salía el sol, tapado por una increíble montaña que más tarde supe que era el volcán Sosneado. A la izquierda, un imponente glaciar de hielo y rocas balconeaba amenazante sobre nosotros. Nunca había visto algo así. Estábamos verdaderamente en el corazón de la montaña.

El aire era muy frío y cuando alguna nube tapaba ocasionalmente el sol, el frío se sentía con gran intensidad. Si bien había mucho para hacer, hacíamos todo con gran lentitud. El aire delgado de la montaña me cansaba. Estaba con poca energía y faltaba el oxígeno. Miraba hacia el valle, hacia el oriente. Por allí había salido el sol, esa era toda la referencia que tenía. Por allí también bajaba la montaña y corrían las aguas y se me antojaba que por allí debería ser la salida.

El segundo día también pasó despacio, al igual que muchos otros días interminables, sin muchas novedades. La primera gran tarea fue sacar a los muertos del avión y preparar el interior del fuselaje para descansar. Retirar a los cadáveres fue difícil. Eran literalmente pesos muertos y se necesitaban varios voluntarios para sacar a cada uno hacia fuera tirando de unas cuerdas con los que los atábamos. Para mí, ya eran simplemente muertos y mi estado mental no me permitía relacionarlos con mis amigos. La falta de aire hacía estragos y después de tirar de las cuerdas un rato caíamos rendidos en la nieve. Poco a poco fuimos depositando a los muertos fuera del avión, donde la nieve que ocasionalmente caía los iba haciendo desaparecer de nuestra vista. No recuerdo ninguna emoción especial. Pensaba poco, estaba emocionalmente muy protegido, y casi como autómata empecé a trabajar, siguiendo los dictámenes más básicos de mi instinto

y de la persona que ocasionalmente dirigiera la operación. Yo era un soldado aplicado, sentía que tenía que trabajar para estar vivo.

Debido al frío intenso, nos pusimos a buscar maletas y abrirlas. Ya no importaba a quién habían pertenecido, todo abrigo era válido. Además del frío, comenzamos a sentir sed. Debíamos tomar agua, pero solo había nieve y hielo. Tratamos de comer nieve pero nos quemaba las encías. Recuerdo que apretaba la nieve con la mano hasta convertirla en hielo y luego lo llevaba a la boca hasta que se derritiese. Esa agua sí la podía tomar. Por el frío de las noches, amanecíamos con nuestros bigotes congelados, las manos y los pies entumecidos; aun dentro del avión las botellas con agua se congelaban y amanecían rotas por el hielo. Durante el día, había momentos en los que el sol calentaba el ambiente y parecía que nos devolvía la vida; en otros, se levantaba el viento o se nublaba y el tiempo se ponía gris y agresivo. Me daban miedo esos días grises, húmedos y fríos en los que no se veía mucho. La niebla nos tapaba, perdíamos las referencias y nos perdía en la montaña. Mis compañeros dicen que yo trabajaba como un autómata y que hablaba poco, pero no recuerdo detalles. Trato de recordar más, pero no puedo. Se me mezclan escenas de películas que he visto y las descarto, no fue exactamente así. Si no fuera porque en general tengo mala memoria, diría que estoy increíblemente protegido.

En el momento del accidente murieron ocho personas pero varias más quedaron severamente heridas. En el transcurso de los días que siguieron, diez personas más murieron por los golpes recibidos en el accidente. Quedamos veintisiete vivos, entre los cuales había tres o cuatro heridos, pero los demás estábamos básicamente sanos y enteros. Habían muerto todos los tripulantes excepto uno, el navegante, que estaba muy conmocionado, acurrucado, sin estar muy consciente, sin saber qué hacer, desbordado por los acontecimientos y balbuceando palabras inentendibles. Los pilotos habían fallecido luego de unas horas de agonía y habían quedado atrapados en la cabina. También habían muerto todos los adultos acompañantes del equipo, excepto Javier[7], que era algo mayor que nosotros y Liliana, su mujer. Pero Javier se hallaba bastante disminuido por la conmoción y la altura y no estaba muy activo. Liliana sí, se ocupaba de su marido y participaba más. Varios de mis amigos dicen haber recurrido a ella por consuelo y contención. Yo no lo pude hacer, no me comuniqué con ella en la montaña. Me acerqué a Coche, que era primo de mis primos y algo mayor que yo, pero con quien nunca nos habíamos relacionado anteriormente. Él dice que allí en la montaña fue mi pariente. Recuerdo que me habló con cariño de nuestros tíos comunes e inmediatamente sentí que tenía una relación especial con él. También me relacionaba con Arturo, con Gustavo[8], con Roberto y alguno más. Pero fundamentalmente escuchaba con atención todo lo que se decía alrededor, asustado, intentando componer mi propio cuadro de situación.

Recuerdo la vitalidad de Roberto, de Gustavo y de otros cuyas caras hoy se me borran. Trabajaban mucho, saltaban de un lado al otro, cada vez más irascibles, con el genio corto, generosos con los heridos, duros con los demás, con una energía que yo no tenía. Como estudiantes de medicina, aplicaron sus conocimientos básicos de primeros auxilios y suturaron heridas, arreglaron huesos, detuvieron hemorragias y unieron músculos desgarrados con pedazos de telas y pañuelos. También decretaron las muertes de aquellos que no lograban sobrevivir los primeros días y aconsejaban a los que estaban todavía vivos. Marcelo, uno de los mayores y capitán del equipo, abrumado por sentirse responsable del viaje, era nuestra figura de autoridad e intentaba poner orden,

animarnos y que estuviéramos preparados para un rescate. Ya nos iban a venir a buscar, decía. Nunca pensó que nos hubieran abandonado o que no nos fueran a encontrar. Yo todavía no entendía mucho, me costaba comprenderlo. Sin creerle demasiado, empecé a trabajar, a sentir la necesidad de trabajar para recuperarme. En forma inconsciente, me aferraba al deseo de sobrevivir, a la vida que todavía me quedaba, y estar en actividad me hacía bien.

Con el paso de los días entramos en una rutina y nos fuimos acomodando a la montaña. Sin preguntarnos muchas cosas, el grupo funcionaba y empezó a estructurarse alrededor del trabajo. La actividad de atender a los heridos, de fabricar agua, de generar abrigo, de preparar el fuselaje del avión como refugio para la noches fue aclarando roles y presentando alternativas de organización. Había algunos que estaban muy enteros, muy vitales; yo todavía no participaba mucho, el impacto, la altura, el shock emocional me había afectado, pero podía salir del avión y estaba empezando a funcionar. Otros todavía no se podían conectar consigo mismos ni con los demás, el impacto emocional los había aislado y pasaban los días en la penumbra del fuselaje. La altura y el choque nos afectaban de distinta manera. Yo sentía que esos primeros días pasaban sin que sucediera mucho, por más que estuviéramos aprendiendo a sobrevivir, a conectarnos con nosotros mismos; yo los vivía muy bajito, apenas sobreviviendo. Con mis manifestaciones vitales al mínimo.

Cuando el tiempo lo permitía, salíamos del avión e intentábamos que el sol nos calentara el cuerpo. Pasábamos muchas horas simplemente mirando la montaña, dormitando y hablando poco. Teníamos algunos alimentos, alguna lata de conserva, chocolates, galletitas, también algún licor circulaba en esos días. Pero recuerdo que cada uno hacía lo que podía. Se armó un fondo común, al que aportamos todos los alimentos y alguien se ocupó de administrarlos, aunque no era todo tan ordenado. Los primeros días hubo bastante para comer, comimos lo que pudimos, lo que fuimos encontrando, sin pensar demasiado. Pero a medida que fue pasando el tiempo las provisiones empezaban a escasear. Cada tanto aparecía un chocolate, un paquete de galletas y también cigarrillos. Se repartía entre quienes estaban allí, entre quienes tenían la fortaleza de protestar si no les tocaba. Cuando comíamos dentro el avión, era un poco más equitativo y organizado. Todos recibían algo; cuando aparecía alguna otra cosa, comían los que estaban más cerca. Una vez encontré una barra de chocolates que guardé con emoción. Pero me duró muy poco ya que la abrí delante de otros y tuve que repartirla entre varios. Cuando la tenía, era como un tesoro guardado en el bolsillo. No solo comerla producía satisfacción, el hecho de tenerla y acariciarla en mi bolsillo permitía soñar con comerla y alimentarme más adelante.

Yo ya sentía en ese momento que la supervivencia era un tema individual. Me tenía que ocupar de estar bien. De alimentarme con lo que pudiera, no estaba seguro de que algún otro se ocupara de mí, de la misma manera que yo no podía ocuparme de los otros. Apenas sobrevivía, estaba vivo pero asustado, yo mismo tenía que ocuparme de mí. Si estaba bien, tendría posibilidades de salir, y también eventualmente de ayudar a otros. Para que el grupo funcionara y tuviera sentido, sentía que yo tenía que estar bien.

Los primeros días fueron días de aclimatación, de empezar a luchar por sobrevivir de un día al otro. Si bien algunos murieron en esos días, otros se fueron recuperando.

Nando, Enrique9 y Tintín10, que habían tenido heridas o conmociones graves, estaban mejorando. Otros como Pancho11, Álvaro12, Rafael13, y Arturo seguían con sus piernas quebradas o desgarradas, con sus heridas expuestas y se arrastraban con dificultad para salir del avión. Yo tenía dos heridas cortantes en las piernas y otra en la cabeza, pero iban evolucionando bien y no me dolían.

Fuimos arreglando nuestra casa, el fuselaje del avión, sacando hierros retorcidos y preparándolo para que estuviera lo mejor posible para pasar las noches o los días en los que nevaba. Yo fui recuperando mi lucidez y empecé a participar más activamente en lo que pasaba, pero sin pensar en lo que ya había pasado, sin hacerme muchas preguntas ni culpar a nadie, con total desconexión con mi vida anterior, como si hubiese sido normal accidentarme en los Andes. Eso era lo que tenía, era mi presente, era todo.

En el grupo resolvíamos los inconvenientes que surgían como podíamos, a medida que se nos iban presentando. Experimentábamos con todo. Hurgábamos en nuestra vida, en nuestra capacidad de sobrevivir, en nuestro ingenio. Nos cuestionábamos, sin respuesta, dónde estábamos, buscábamos formas de paliar el hambre y la sed, de curar a los heridos, de intentar dormir mejor, de sentir menos frío por las noches. Se generaban charlas fuera del avión mientras nos calentábamos al sol, mientras fumábamos los cigarrillos que aún teníamos. Poco a poco con el trabajo y la actividad, fue creciendo el murmullo de vida, el grupo continuaba trabajando, probando. Yo miraba lo que hacían los otros y los copiaba. Aprendí cómo saciar mi sed, cómo construir mejores guantes para protegerme del frío, como hacer durar más un chocolate. Aprendí cómo ubicarme mejor en el avión, cuáles eran los mejores lugares para dormir, dónde no debía pasar una noche. Y también experimentaba y probaba cosas nuevas que otros también copiaban.

Éramos muchos alrededor del avión sin animarnos a aventurarnos muy lejos. Apenas unos metros alrededor era nuestro espacio vital. Allí estábamos veintisiete personas viviendo todos juntos alrededor del avión, sin mucho que hacer, amontonándonos en los almohadones y cojines o bien sentados en algunos de los asientos que habíamos podido sacar. La nieve blanda, lo desconocido, el respeto por la montaña nos mantenían juntos, en un área de pocos metros donde la nieve pisoteada aparecía cada vez más sucia y todo era cada vez más desprolijo.

En ocasiones miraba la montaña para tratar de explicar por dónde habíamos caído ya que todavía estaba el trazo del deslizamiento del avión sobre la nieve. Me encontraba mirando el rastro con otros, sin aclarar mucho, buscando una explicación sin realmente buscarla, ya no me importaba qué había sucedido, no me servía para nada. Pero por sobre todo, el sentimiento común era que esperábamos ser rescatados. ¿A quién se le ocurre que puede accidentarse en los Andes y que nadie lo venga a buscar? El capitán del equipo insistía en que ya nos rescatarían. No se nos ocurría pensar lo contrario.

Con el paso de los días nos fuimos adaptando al nuevo escenario. Ya no éramos una delegación de un equipo de rugby. Éramos unos pobres desdichados que nos habíamos accidentado en los Andes y que no sabíamos cómo íbamos a salir de allí. Desde nuestra impericia, empezamos a probar o experimentar con lo que encontrábamos para enfrentar lo que en ese momento estábamos viviendo. No podíamos pensar ni planificar a largo plazo, debíamos enfrentar el presente, atender nuestras necesidades más básicas y acuciantes. El frío lo combatimos abriendo las maletas y repartiendo todo el abrigo que

encontrábamos. Lo combatíamos también manteniéndonos muy cerca unos de otros, dándonos calor con nuestros cuerpos. Destripamos los sillones, hicimos mantas con los forros de los asientos, también improvisamos guantes para proteger nuestras manos del congelamiento. Pero eso duró poco, los guantes caseros se desintegraban fácilmente y no servían. El reflejo del sol en la nieve afectaba nuestros ojos, con lo cual improvisamos anteojos con unos plásticos que obtuvimos del avión que resultaron muy eficaces, aunque la mejor protección la daba la ropa ajena y los sombreros que usábamos sobre nuestras cabezas para protegernos del frío, el sol y el viento. A poco de estar en la montaña, empezamos a sentir mucha sed. A la altura que estábamos, se produce una gran deshidratación, así que sacamos unas chapas de aluminio del avión, las llenábamos de nieve y las poníamos al sol. Eso nos permitía derretir la nieve y transformarla en agua. Al principio, cuando estaba nublado, solo podíamos fabricar un litro de agua por día y para las veintisiete personas que aún estábamos vivas no era suficiente. Por suerte, cuando mejoró el tiempo, tuvimos más sol, la nieve se derretía más rápido y la fabricación de agua ya no era un problema. El deshielo nos proveía más agua de la que necesitábamos. Hay quienes me han dicho que el agua del deshielo no se debe tomar, que le faltan minerales, que es como tomar agua destilada. Nosotros lo hicimos y nos sirvió, al menos nos saciaba la sed y evitó que muriéramos deshidratados.

Igualmente, no todos los inventos fueron exitosos. Muchos de ellos fracasaron, y no hicimos cosas que deberíamos haber hecho o que simplemente no se nos ocurrieron. Por ejemplo, más adelante, cuando pasaron los aviones que nos buscaban, no hicimos fuego. Podríamos haber incendiado los neumáticos del avión. No sé si lo hubiéramos conseguido, pero al menos deberíamos haberlo intentado. No puedo entender cómo es que no lo pensamos. Quizás un denso humo negro saliendo de la cordillera hubiera sido una buena señal para que nos vieran.

Con el paso de los días, empecé a engancharme en varias conversaciones y actividades más significativas, empezaba a sentirme mejor. Analizábamos alternativas y pensábamos por dónde nos vendrían a buscar, qué debíamos hacer, qué pasaba con los heridos. Pero eran todas conversaciones en voz baja, sin demasiado ánimo, básicamente seguíamos esperando que nos vinieran a buscar. Las provisiones se nos estaban agotando y si el rescate se demoraba, no sabíamos qué íbamos a comer y cómo íbamos a hacer para mantenernos con vida. No sé cuántas conversaciones había, no me acuerdo de todas. Con el tiempo, empezamos a dudar de que ya nos vinieran a buscar, pero eso no importaba, igual seguíamos activos trabajando en sobrevivir día a día, esperando que pasara algo.

En esos días, algunos de mis compañeros escribieron unas increíbles cartas a sus familiares. Las leo con atención, me impresiona su lucidez. Yo no podría haberlas escrito, no tenía esa capacidad de pensamientos complejos. Tanto Gustavo Nicolich como mi amigo Arturo, herido y doliente, escribieron unas durísimas cartas de despedida.

Recuerdo que las noches eran los momentos más complicados. Tratábamos de organizarnos para dormir lo más ordenados posible. Habíamos colgado unos asientos del techo a modo de hamacas y además teníamos un espacio con redes en la parte delantera del avión donde originalmente se podía llevar algo de equipaje.

El avión había quedado arrugado por el impacto, pero una vez que quitamos los asientos quedó un espacio abierto aunque inclinado. Hacia el frente, el espacio donde originalmente estaba la puerta del avión y las redes para llevar equipaje era un muy buen lugar donde dormir. Era muy importante dormir, poder descansar, pero eran descansos siempre interrumpidos por las quejas o gritos de alguno que se sentía mal, que era pisado y apretado en sus heridas. A medida que íbamos entrando en el avión ocupábamos diferentes lugares y nos turnábamos en nuestras posiciones. Algunos dormían sobre las redes en la parte delantera, otros colgados de hamacas, la mayoría acostados sobre el piso del avión, con los pies entrecruzados y apoyados sobre el pecho del otro que estaba enfrente. Con frío, mojados, sin esperanzas de que esa fuera nuestra última noche allí.

Comíamos poco, lo que se repartía entre todos, lo que accidentalmente uno podía encontrar en algún bolsillo olvidado y lo que uno había podido guardar y esconder. Pero no había gran cosa.

En las noches, uno de los problemas se originaba cuando alguno quería orinar y se levantaba y caminaba sobre todos los que estábamos acostados. Se producía un gran alboroto ya que los que estábamos en el suelo nos resistíamos a que nos pisaran. Tampoco se podía salir del avión en la noche; hacía mucho frío y el viento te llevaba puesto. Finalmente, terminaban orinando contra las mamparas o maletas que tapaban la apertura trasera.

En determinado momento inventamos un orinal. Era una pelota de rugby a la que le habíamos hecho un agujero que viajaba en las noches de mano en mano hasta llegar al que la había pedido. Luego viajaba de mano en mano hasta llegar al que estaba en la punta que de alguna manera trataba de vaciar su contenido hacia afuera.

Recuerdo la pelota viajando mano en mano, pero yo no la usaba. Por varios días no pude orinar, y menos ir de cuerpo. Creo que fue como a la semana o más, que una mañana me levanté con una enorme presión en la vejiga, pasé por encima de mis compañeros a quienes pisé sin miramientos por la urgencia que llevaba, salí afuera y apoyado en la salida trasera del avión, pude orinar por primera vez mientras veía salir el sol por el horizonte detrás del volcán Sosneado. La sensación de esa vez fue terrible, casi pierdo el conocimiento mientras un orín marrón oscuro aflojaba mi vejiga y hacía que perdiera el equilibro mientras sentía que me iba entero en el orín. Después ya no fue difícil, y a medida que empezamos a tomar más agua, recuperamos la capacidad de control del orín, y cuando más adelante empezamos a alimentarnos mejor, también pudimos ir de cuerpo con mayor facilidad. Aquella vez fue la única que vi salir el sol por el Sosneado.

Antes del accidente yo ya no fumaba aunque antes lo había hecho en forma esporádica. Pero allí, a casi cuatro mil metros de altura, fumar nos integraba al grupo, era un símbolo de pertenencia. Todos fumábamos. Algunos que fumaban desde antes hacían cualquier cosa por conseguir un cigarrillo. No era mi caso, pero allí lo adopté como una costumbre y lo disfrutaba. Qué mejor que una pausa con un cigarrillo tranquilo. Qué mejor sentimiento de pertenencia al grupo que fumar con mis compañeros. En el avión encontramos muchos cigarrillos que alguien llevaba a Chile, y en general no nos faltaron. También teníamos encendedores con lo cual siempre los pudimos encender. Pasábamos las horas fumando, mirando cómo se consumía el cigarrillo entre nuestras

manos y las formas en que se entrecruzaban los humos que generábamos y adquirían vida propia, independiente de nosotros. También fumábamos dentro del avión; en la oscuridad, siempre se veía la punta incandescente de algún cigarrillo que alguien fumaba en silencio.

Entre las cosas que habíamos encontrado había una pequeña radio a transistores que nunca supe de quién había sido. Era muy pequeña, y apenas podíamos sintonizar algunas emisoras. Al principio conectábamos unas antenas para escuchar mejor, pero solo por la mañana temprano conseguíamos escuchar las radios uruguayas, que daban noticias sobre el estado de nuestra búsqueda. En distintos momentos pudimos escuchar varias noticias, éramos conscientes de la conmoción que había ocasionado nuestra desaparición pero también entendimos que se nos daba por perdidos.

Con el tiempo, el accidente fue perdiendo importancia en los noticieros. De todas maneras, cada tanto escuchábamos noticias de algún nuevo avión incorporado a la búsqueda. Escuchábamos también sobre las consultas que nuestros familiares habían hecho con algún vidente, y lo que decían ellos de nosotros. Yo no lo entendía, escuchaba esas noticias pero me parecía que se referían a otros, no me imaginaba cómo un vidente en algún país lejano podría dar información que fuera relevante. Pero también me fui dando cuenta de que nos daban por muertos, estaban buscando nuestros cadáveres y los restos del avión siniestrado. ¡Nos habían dado por muertos y nosotros lo estábamos escuchando!

Una tarde, un avión voló sobre nosotros. Pasó muy alto y apenas lo pudimos ver. Obviamente, no nos había visto aunque siempre quedaba alguna esperanza de que lo imposible sucediera. A la altura que volaba era muy difícil que nos viera. Pero al otro día escuchamos el ruido de un motor y un avión más pequeño voló muy bajo sobre nosotros. Lo recuerdo claramente. Al rato volvió a pasar cruzando justo sobre nosotros en forma perpendicular el rastro que había dejado anteriormente en el cielo. El día estaba luminoso y claro, la visibilidad era perfecta, nos debería haber visto. Salimos todos del avión y con chapas tratamos de reflejar los rayos del sol para que nos viera. Corríamos alocadamente, saltábamos, hacíamos señas, gritábamos. Podía distinguir claramente que no era un avión de pasajeros, era uno de los aviones que nos estaba buscando. Entre tanto griterío, el avión movió sus alas. Creímos que esa era una señal, implicaba que nos habían visto y que pronto nos vendrían a buscar.

Esa tarde hubo un gran entusiasmo, al día siguiente seríamos rescatados. Empezamos a hablar de nuestro regreso, de retomar los planes para volver a nuestra vida. En la alegría, nos relajamos, y fuimos más que generosos con nuestros cuerpos cansados y hambrientos. Esa noche las raciones fueron más abundantes y acabamos con las provisiones. No importaba, habíamos sido vistos, al día siguiente seríamos rescatados.

Al otro día, encendimos la radio esperando escuchar las noticias de un rescate inmediato. Tratábamos de adivinar cómo nos vendrían a buscar... ¿En helicópteros?, ¿con trineos?, ¿con perros? Pero para nuestra desazón, lo que escuchamos fue que en realidad el avión no nos había visto y la búsqueda había sido suspendida. Debido al mal tiempo y a las pocas posibilidades de que aún estuviéramos con vida después de tantos días, la búsqueda se posponía hasta entrado el verano, cuando el tiempo y el deshielo permitieran ubicar nuestros restos.

Era una mala noticia, aquella que no queríamos escuchar. El capitán del equipo y varios más se derrumbaron anímicamente. El capitán había puesto toda su fuerza en mantener la motivación de la gente esperando un pronto rescate. Pero ahora estaba claro que no nos iban a venir a buscar, teníamos que empezar a hacer algo diferente, íbamos a tener que sobrevivir y salir de allí por nosotros mismos.

La noticia no me afectó demasiado, no tenía capacidad para procesarla. Era una noticia que venía de lejos. Ya me había acostumbrado a que en la montaña había que vivir día a día, y ya habíamos sobrevivido diez. Debíamos seguir viviendo hasta que no pudiéramos más, pero, mientras tanto, debíamos seguir haciendo cosas para sobrevivir.

El principal problema era que se nos habían acabado las provisiones. Los chocolates del principio, las galletas, las botellas de licor, el atún en conserva, las cosas que llevábamos y comimos al principio no estaban más. No quedaba nada. Pero si queríamos vivir, de algo nos teníamos que alimentar. Escuché a alguien decir que nos deberíamos alimentar de nuestros compañeros muertos. Me pareció lo más lógico; no me escandalicé.

Tenía hambre, pero no el hambre de no haber comido en un día entero o dos ni el deseo de un buen almuerzo. Lo que tenía era el hambre de la debilidad, el hambre que no te deja pensar en otra cosa, el hambre de sentir que uno se va muriendo de a poco si no tiene qué comer. Era el hambre animal, el hambre de la necesidad de recuperar fuerzas. El hambre más básica y vital. El hambre que hace que uno solo piense en comer lo que sea, lo que sea digerible, lo que te devuelva algo de la energía que se nos iba cada vez más y nos transformaba en seres cada vez más débiles y abatidos. Algunos hablaron de comer los asientos, el cuero de las maletas, los zapatos, los dentífricos, lo que sea. Lo probábamos, pero no servía y lo descartábamos con asco y desdén.

Se empezó a hablar en pequeños grupos de la posibilidad de alimentarnos de los muertos y nos fuimos convenciendo de que no habría otra salida. Se hicieron mil razonamientos. Todo se dijo, alguien explicó que necesitábamos proteínas y que nuestros amigos en realidad ya no eran nuestros amigos, se habían ido y solo quedaban sus cuerpos. Era la única fuente de alimento que quedaba y ellos nos la estaban ofreciendo. Otros dijeron que si ellos mismos morían, querían que los que quedaran vivos se alimentaran de sus cuerpos para seguir viviendo. En algún momento yo dije que si Jesucristo en la cruz había dado su vida muriendo por nosotros y después en la comunión comíamos su cuerpo, debíamos entender que nuestros amigos habían muerto para que nosotros siguiéramos viviendo y teníamos la obligación de alimentarnos de ellos para vivir. Que era un acto de amor, de dar su vida por los demás. Ellos, al morir, estaban dando su vida por nosotros. En definitiva, el sacramento de la comunión católica es justamente eso, comer el cuerpo de Jesucristo para recibir a Dios y la vida eterna en nuestros corazones.

No recuerdo si hubo muchas objeciones. Al menos no en voz alta. Tampoco recuerdo cuánto tiempo duraron las conversaciones. Sí recuerdo esa conversación final, entre todos dentro del avión. Pero no nos convencimos con el razonamiento; nos convencimos con el estómago, con el hambre y la debilidad que todos sentíamos. Finalmente, sin esperar el consenso, un grupo de nosotros, sin formalidades, fuimos hasta el frente del avión, justo debajo de la cabina de los pilotos donde habíamos depositado a los muertos, y tomamos uno de los cuerpos que habíamos dejado allí. Era

uno de los que yo conocía, sabía quién era, pero no sentí nada en ese momento, él ya no estaba y había que proceder. Tenía hambre y quería vivir. Roberto tomó un pedazo de vidrio, hizo un tajo y extrajo pequeñas tiritas.

La carne estaba blanca por el frío. La fuimos colocando arriba del fuselaje y luego la empezamos a repartir entre los que estábamos allí. Comimos con curiosidad, con emoción, rompiendo un tabú, sabiendo que estábamos haciendo algo especial, pero que era lo que podíamos y debíamos hacer para mantenernos con vida. Las explicaciones racionales solamente le dieron marco a algo que nacía de nuestro interior más profundo. No necesitábamos ninguna otra explicación. Teníamos hambre y queríamos vivir. Era lo único que podíamos hacer.

Después Coche me preguntó: "¿Comiste?" Le dije: "Claro, no tiene nada raro, lo tenés que hacer". Me respondió: "Me da asco". Yo no entendía cómo podía sentir asco cuando era lo único que teníamos para comer. Jamás sentí asco, jamás me pregunté si lo que estábamos haciendo estaba mal, yo quería vivir.

Poco a poco, todos empezamos a comer. A algunos les costó un poco más. No creo que nadie se haya convencido por una explicación racional. Fueron convencidos por su propia hambre, el hambre que les pedía a gritos que se alimentaran para poder vencer el cansancio y la debilidad.

Mientras la mayoría de nosotros empezó a celebrar y disfrutar de la comida, había un pequeño grupo a quienes se les había cerrado el estómago. Pero con el tiempo, todos fuimos comiendo y disfrutando del alimento, del nuevo hecho de comer. Recuerdo a Coche, a Javier, a ellos les costó más, a mí no me costó nada; inmediatamente sentí que me volvía la energía al cuerpo y era consciente de cuánto necesitaba el alimento para vivir. No necesitaba explicaciones, solo quería vivir.

3 Felipe Maquirriain.

4 Arturo Nogueira.

5 José Luis Inciarte.

6 Marcelo Pérez.

7 Javier Methol.

8 Gustavo Zerbino.

9 Enrique Platero.

10 Antonio Vizintín.

11 Alfredo Delgado.

12 Álvaro Mangino.

13 Rafael Echavarren.

Solo frente a la montaña, observando mis costillas moverse al respirar y sintiéndome el pulso, cada vez más débil, no me quedaba mucho más. Mis recuerdos de mi familia en Argentina o de aquellos que me esperaban en Uruguay fueron desapareciendo. También fueron desapareciendo los objetivos de aquel viaje. Para qué iba a Chile, qué hacía yo en ese avión, ya no importaba. Lo único que importaba era lo que estaba pasando en ese momento. Dónde estaba, qué sentía, cómo me iba a alimentar en esas horas. Si vivía esas horas, podría vivir las siguientes.

Al final, ya no quedaba otra cosa que uno mismo. Y cuando cayó todo, cuando me quedé solo, cuando ya no me pude aferrar a nada externo, me aferré a lo único que me quedaba, a las ganas de vivir, a la necesidad de seguir vivo, yo mismo.

Es lo que queda y es la base para que todo no se venga abajo y dejemos de luchar. Ese instinto de supervivencia, esa roca última que tenemos, nuestra fuente de energía, que nos hace mover, que nos hace vivir. Esa roca, ese aliento de vida, ese Espíritu Santo, viento y fuego, energía vital, allí estaba, en el centro de mi existencia, como lo último que quedaba.

Mientras estuviera vivo, valía la pena vivir lo que estábamos viviendo.

2. La vida en la montaña

Una vez que empezamos a alimentarnos del cuerpo de nuestros amigos, sentimos que habíamos cruzado una línea, la línea de la vida y la muerte. Al principio lo hice con alguna impresión y mucha curiosidad, pero nunca me lo cuestioné. Siempre sentí que era lo lógico, tenía hambre y quería vivir. Recuerdo que al principio comíamos pequeñas cantidades. Cortábamos solo la carne roja en tiritas y las dejábamos arriba del avión para que tomaran aire. Luego las repartíamos entre todos. Con el tiempo, nos fuimos acostumbrando y empezamos a comer todo y todo el tiempo. No hacíamos otra cosa, todo giraba en torno a la alimentación, era lo que nos permitía mantenernos vivos. Poco a poco, perdimos el pudor y la impresión y literalmente nos zambullíamos en los cuerpos de quienes habían sido nuestros amigos. No creo que la decisión de alimentarnos de los muertos haya sido en definitiva una decisión difícil. A mí no me costó nada, tenía hambre y quería seguir viviendo. Además, de hecho, al poco tiempo todos lo hacíamos.

Con la nueva alimentación, nos volvía la energía al cuerpo, teníamos un poco más de optimismo, simplemente no pensábamos que íbamos a morir, sentíamos que podíamos seguir viviendo, que íbamos eventualmente a poder salir de allí, para lo cual debíamos mantenernos con vida y lo mejor posible.

Redoblamos nuestros planes para salir de la montaña. Marcelo, el capitán del equipo, que había sido tan importante en los primeros días, había perdido algo de su prédica. Ya no le creíamos que nos iban a venir a buscar, solo con esperar no llegaríamos a ningún lado. Veíamos nuevos desafíos, íbamos a tener que aguantar no unos días más, quizás

tendríamos que sobrevivir hasta que estallara el verano y la búsqueda fuera retomada. O eventualmente un grupo de nosotros debería caminar por la montaña, varios días, hasta poder llegar a algún lugar y pedir ayuda. Pero eso requería seguir haciendo lo que habíamos empezado a hacer; alimentarnos lo mejor posible, reconocer el lugar, preparar una expedición, poder caminar por la montaña. Por suerte, nos estábamos alimentando y teníamos la sensación de que tendríamos comida para varios días.

Organizamos varias caminatas. Un día fresco y claro me tocó salir. No recuerdo con quién, probablemente con Gustavo y Fito14, o también con Numa15. No puedo ubicar cronológicamente con precisión en qué momento fue y, de hecho, en los registros del accidente esta caminata no figura, pero estoy seguro de que lo hice ya que tengo las imágenes claritas. Estaba físicamente bien, no tenía heridas, pero sobre todo tenía la inquietud de explorar, de saber dónde estábamos, sentía una enorme curiosidad y quería vivir.

Recuerdo que al principio caminamos con cierta rapidez, cuesta arriba. Pero al rato la montaña se hacía más inclinada y el sol ablandaba la nieve, con lo cual era muy difícil dar más pasos. Había llevado unos almohadones que me ponía en los pies para aumentar la superficie de contacto con la nieve. Igualmente era muy difícil, los almohadones se mojaban y se me salían, servían solo para un rato. Finalmente me deshice de ellos y continué la marcha hundiendo mis pies en la nieve. Fue una caminata agotadora. Encontramos pedazos del fuselaje del avión y algunos asientos desparramados por el área. Mucho más no pudimos encontrar. Nos sentamos sobre ellos y fumamos, mirando el horizonte inmenso, pero sin vida.

Desde arriba, el valle se veía majestuoso. El silencio era impresionante. Estábamos en una herradura. A nuestra izquierda teníamos un imponente glaciar con sus paredes verticales siempre en sombra, amenazantes. La pared de hielo, rocas y nieve era irregular y de varios colores y se asomaba intimidante sobre el valle.

Siempre había como una nube que la protegía; se nos hacía helada y frágil, a punto de derrumbarse furiosamente sobre nosotros. Si eso caía, sería el final de todo. De hecho, nadie se atrevió a acercarse a la pared del glaciar. La parte vertical del glaciar estaba hacia el oeste, a la izquierda de donde estábamos, hacia donde debería estar Chile.

El norte y el sur estaban tapados por las laderas de las montañas cubiertas de nieve. La herradura se cerraba por el norte, allí una formación rocosa nos cerraba el camino, pero nos dejaba ver que continuaban más herraduras con más glaciares, que alimentaban un valle que se transformaría en un río que bajaba corriendo hacia el este.

A nuestra derecha, el este, el valle se abría, y una imponente montaña, que después supimos que era el volcán Sosneado, se levantaba al final, tapando su salida, dando a entender que ese no era el camino. Pero eso era el este, hacia allí estaba la Argentina; estábamos en un valle que se abría hacia la Argentina, invitándonos a caminar hacia allí, pero el valle terminaba en esa gran montaña lejana que se erguía y cerraba la salida.

El piloto, antes de morir, dijo que habíamos “pasado Curicó”. Curicó queda en Chile, entonces, si habíamos pasado Curicó, debíamos estar del lado chileno. Pero el valle se abría y bajaba hacia el este, hacia la Argentina, Chile quedaba a las espaldas del glaciar que se levantaba como una pared hacia el oeste. Una de las hipótesis que manejábamos

era que el valle giraba hacia el oeste, y que nos sacaría hacia Chile. Yo no estaba muy convencido pero, dentro de nuestra desorientación, todo era posible.

Desde la altura, a lo lejos apenas se veían los restos del avión. Veíamos el fuselaje y a mis compañeros de infortunio como pequeños seres que se movían despacio, apenas una mancha en la inmensidad de la montaña, imposible de ser vistos desde un avión de reconocimiento. El avión descansaba en el medio del valle. Hoy sabemos que estaba en el lecho de un glaciar cubierto de nieve, una imponente masa de hielo que se desplaza lentamente, que forma grietas y tiene movimiento. Eso no lo apreciamos esos días. Solo estuvimos sobre la nieve, nunca llegamos a ver las grietas y el hielo. De hecho, un centenar de metros más abajo, el glaciar se desploma sobre el valle. Por suerte, los que caminaron hacia allí lo hicieron bordeando la montaña y no por el medio del glaciar, lo que hubiera sido el final.

En esa caminata, después de un rato regresamos, sin mayores noticias. Fumamos, descansamos un poco y volvimos hacia el avión. No encontrábamos mucho que comentar del viaje, salvo la inmensidad de la montaña y la relatividad de las distancias. Creíamos que habíamos caminado y subido mucho, pero apenas nos habíamos alejado del avión.

Días después, otra expedición volvió a salir. Salieron Gustavo Zerbino, Gustavo Nicolich y Numa. Comenzaron a subir la misma pared que habíamos subido unos días antes. Subían a buscar lo mismo, restos del avión, los cuerpos que no teníamos con nosotros y que creíamos que habían quedado arriba; pero sobre todo buscaban información de dónde estábamos, qué podríamos hacer, hacia dónde podíamos salir.

El día se hizo largo y cuando llegó la noche no habían vuelto al avión. Pensamos lo peor, probablemente habían muerto, se habrían accidentado o perdido en la montaña; pero no los salimos a buscar, eso era imposible y ya era de noche, con lo cual igual llevamos adelante nuestra rutina. Entramos al avión, nos acomodamos, dijimos nuestras oraciones, nos alimentamos y pensamos brevemente en nuestros amigos que no habían vuelto. ¿Dónde estarían? ¿Habrían muerto? Pero esa noche nadie dejó de dormir pensando en ellos. Ya nos habíamos acostumbrado a no dejarnos llevar por emociones que no ayudaban mucho y a aceptar la muerte como un evento muy posible.

Al día siguiente, apenas salió el sol, sentimos unos golpes y unos gritos. Eran ellos. Estaban vivos. Habían pasado la noche en la intemperie. No hablaban mucho, estaban destrozados. Volvieron con los ojos quemados por el sol, las manos agarrotadas por el frío, la piel de la cara curtida, cansados, pero vivos.

Mucho no podían decir. Habían pasado la noche soportando temperaturas tremendas pero se habían mantenido vivos dándose calor entre ellos, unos encima de otros, abrazándose, pegándose para mantener la circulación viva.

Lo que contaron no sirvió para mucho, no habían visto nada, solo más restos del avión y los cuerpos muertos de algunos de los que salieron despedidos hacia la montaña en el momento del accidente. Pero volvían vivos. Se podía pasar una noche en la montaña a la intemperie. Quizás más adelante, con mejor temperatura, con mejor abrigo y más alimentados, podríamos pasar más días, quizás tres o cuatro, en una caminata todavía improbable pero quizás necesaria si queríamos salir de allí.

No pasaron muchos días desde que nuestros amigos habían pasado la noche a la intemperie y cada vez estaba más claro que nos teníamos que ir. La alimentación, la noticia de que no nos venían a buscar, la comprobación de que podíamos pasar una noche en la intemperie, reforzaban la idea de que teníamos que organizar una expedición para salir de la montaña. La idea de aguantar y esperar el rescate había perdido fuerza, la noticia de que ya no nos buscaban había sido tremenda y además habíamos demostrado que se podía pasar una noche en la intemperie, por más difícil que fuera y por más que ellos dijeran que no se podía soportar más de una noche así. Ellos lo habían hecho y además habían vuelto. Quizás más adelante, con comida y mejor abrigo, podrían soportar las noches necesarias para salir de la montaña. Estaba claro que teníamos que organizar una expedición que nos sacara de allí.

Teníamos que elegir quiénes serían nuestros caminantes. Claramente yo no sería uno de ellos, los jugadores de rugby tenían una mayor fortaleza física y algunos estaban anímicamente mucho mejor que otros. Pero aunque yo no fuera a caminar en la primera expedición, igual sentía que tenía que estar lo mejor posible.

Nando, que había perdido a su hermana y a su madre en el accidente, se estaba recuperando y miraba la montaña con la idea fija. Él se quería ir. Roberto, Gustavo, Fito, Nicolich, Tintín, también estaban bien y podrían ser de la partida. Supongo que también habría otros, pero no los recuerdo. Algunos de mis hermanos de la montaña hoy cuentan que hicimos una especie de selección para ver quiénes serían los caminantes. No lo recuerdo así. Fue un proceso de selección natural en el que Nando y Roberto, por su encomiable energía y actitud, claramente debían ser de la partida. Numa quería ir pero había vuelto algo confuso de la noche que pasó en la montaña y había recibido un golpe en una pierna que no evolucionaba bien y al final se descartó que fuera parte de la expedición. Carlitos no estaba para esos trotes, Fito tampoco, Gustavo se había dañado la vista en su última salida y Roy estaba cada vez más débil. Tintín se había recuperado muy bien y sería el tercero.

La trompa del avión había quedado semienterrada bajo la nieve y todavía estaban los dos pilotos muertos en su cabina. Uno de ellos había sobrevivido unas horas con los instrumentos de control incrustados en su cuerpo. Pero estaban totalmente atrapados y no pudimos hacer nada para liberarlos. Hasta ese momento, después de pasar dos semanas en la montaña, no habíamos podido acceder a la cabina. Entre la cabina y los asientos había un espacio por donde originalmente se entraba al avión y un lugar con redes donde se podía colocar una cantidad determinada de valijas. Ese espacio ahora estaba comprimido por el golpe, pero igual estaban las redes que utilizábamos como cuchetas para dormir. Allí recuerdo haber pasado varias noches. Era el mejor lugar ya que estaba resguardado del frío. Enrique y Tintín ocupaban también esos espacios, oscuros pero relativamente calentitos. Una noche yo estuve allí con Gustavo. Allí él me contó de su actividad social y de cómo había ingresado en un edificio destruido por una bomba y rescatado a varias personas de entre los escombros. Pero allí eso no importaba mucho, yo lo escuchaba en silencio. Conversaciones como esa me permitían ir conociendo a mis compañeros de aventura.

El dispositivo más ingenioso consistía en unos asientos que Roberto había colgado del techo del avión donde descansaban los que estaban heridos y no podían dormir en el piso, ya que en el suelo podían ser apretados o pisados por los que eventualmente se

movían o despertaban por la noche. Siempre había algún desubicado que intentaba salir a orinar o simplemente irse. Coche cuenta que una vez yo intenté incorporarme y salir del avión para ir a buscar mi maleta y rescatar unas natillas que llevaba. Mi valija estaría llena de "natillas", un dulce a base de huevos que en ese momento hubiera sido de una increíble utilidad. Yo no lo recuerdo y no puedo saber si fue verdad. Pero pasó a ser parte de la historia y Coche siempre lo cuenta cuando nos encontramos. Lo concreto es que esas "natillas" nunca aparecieron en el avión.

Los asientos colgados del techo como hamacas eran muy prácticos. Por un lado eran mucho más cómodos, pero por otra parte, al estar aislados, eran mucho más fríos. Más adelante dormí un par de noches en las hamacas con Arturo. Una vez con un tremendo temporal sintiendo un viento helado en mis riñones. Arturo no evolucionaba bien. Por nuestra relación de amistad anterior pasaba mucho tiempo con él, sin decir nada, a veces sacando algún tema para conversar, aunque él me seguía poco. Se deterioraba rápidamente.

Del cuerpo del avión habíamos quitado los asientos y quedaba el piso inclinado sobre el que dormíamos uno tras otro con nuestras piernas enfrentadas. No era muy largo, el espacio útil apenas ocupaba cuatro o cinco ventanillas del avión. El avión terminaba abierto hacia la montaña pero de un lado seguía un poco más, ofreciendo una especie de cobertura, como si fuera un porche techado. Del lado derecho del avión, semienterradas en la nieve, se veían cuatro ventanillas. Del otro lado, mirando hacia el cielo, el avión era más largo y se podían ver hasta seis ventanillas.

Por atrás entraba el frío de las montañas. Todas las noches, una vez que entrábamos al avión, había que tapar esa abertura con valijas, maletas, pedazos de mamparas, con lo que pudiéramos. Eso era un trabajo difícil pues el final de la tarea se hacía prácticamente de noche, y la oscuridad, el viento y el frío lo ponían muy difícil. Además, a quienes les tocase dormir en esa punta pasaban una noche tremenda, asolados por el frío, ya que prácticamente estaban en contacto con el hielo y la nieve. Por eso habíamos establecido que quien se encargara de tapar el avión podía elegir un lugar entre los más cómodos del fuselaje. Así, después de su trabajo, el "tapiador" pasaba por encima de todos y podía dormir en uno de los primeros lugares que eran los mejores.

Durante el día, corría el agua de la nieve que se derretía dentro del avión. Los días de mucho frío, el agua se congelaba y por eso no corría. De todas maneras, estábamos siempre húmedos.

A fin de octubre, una tarde empezó a nevar y tuvimos que meternos rápidamente dentro del avión. Al día siguiente, siguió nevando, con lo cual tampoco salimos del fuselaje. No era tan grave, estábamos los veintisiete dentro del avión y lo habíamos arreglado para poder dormir todos con cierta comodidad. Arturo y Rafael estaban en las hamacas, otros dormían en las redes cerca de la cabina, la mayoría en el suelo del avión, conversando bajito. Cada tanto se iluminaban las puntas de algún cigarrillo y teníamos conversaciones tranquilas. No había mucho que hacer esos días, solamente divagar pensando en cómo íbamos a salir y cómo íbamos a hacer para seguir vivos en la montaña.

Al atardecer del tercer día sin poder salir del avión, después de terminar nuestros rezos y conversaciones, yo estaba intentando dormirme. Recuerdo que tenía una mano cerca de mi cara, cuando de repente oí un ruido extraño en la montaña, una explosión que no habíamos escuchado nunca. Luego sentí un temblor, un sonido extraño que aumentaba y en segundos toneladas de nieve nos cayeron encima y entraron al avión por la parte de atrás que estaba abierta hacia la montaña, acarreando las valijas y maletas con las que habíamos tapado la abertura.

Nos cayó un alud de nieve. Un alud como los que ya había visto pero que nunca nos había tocado. Literalmente, se nos cayó la montaña encima. La nieve cubrió todo el avión, lo tapó totalmente, y además entró por la parte de atrás. No se nos cayó el glaciar que teníamos enfrente, ese parecía estar muy lejos y seguía allí, se nos cayó la montaña por la que nos habíamos deslizado, la que habíamos intentado subir en varias ocasiones.

Yo quedé sepultado por la nieve. La nieve era blanda y me podía mover, pero no me podía incorporar por el peso que tenía sobre mí. Por suerte al principio la nieve es porosa y deja pasar el aire, con lo que pude inflar mis pulmones y mi estómago y generé un espacio entre la nieve y mi cuerpo que me permitía seguir respirando. Lentamente, con enorme dificultad, pero seguía respirando.

Pero al rato la nieve se congela, con lo cual el aire no podía pasar y dejó de entrar en mis pulmones. Ya no podía respirar. Intenté salir, traté de moverme para salir, pero cada vez era más difícil. Me podía mover en la nieve blanda pero no conseguía salir de mi entierro. Al final, me sentí muy cansado y empecé a entregarme al sueño, ya no podía más. Me empecé a dormir, sin pensar mucho, en una enorme paz, muy cansado, cerrando los ojos. Solo sentí que me dormía, con una gran tranquilidad, no podía hacer nada más. No repasé mi vida ni tuve alucinaciones, simplemente sentí que me iba, que me estaba durmiendo de verdad. Y me aflojé. Pero cuando estaba prácticamente dormido, cuando casi ya me había ido, alguien quitó la nieve de mi cara y de golpe el aire volvió a mis pulmones y con ellos la fuerza y las ganas de seguir luchando para vivir. Traté de moverme, de salir, pero no podía, apenas podía respirar un poquito, y así estuve, respirando bajito para no morir.

Arriba, los que habían quedado destapados, se movían de un lado a otro, tratando de destapar a sus amigos que habían quedado atrapados por la nieve. En ese movimiento, me volvieron a tapar, pero esta vez, con la mano que había quedado cerca de mi cara, pude mantener la nieve fuera de mi boca y continuar respirando. No mucho, poquito, pero lo suficiente para mantenerme con vida. Finalmente, uno de mis amigos, que yo siempre creí que fue Roy, aunque él ahora dice que no, me destapó la cara, luego la cabeza entera, luego me sacaron hasta los hombros, la cintura y finalmente pude salir de abajo de la nieve.

Esos fueron los peores días que yo recuerdo. Seguramente el accidente del avión y los momentos que le siguieron deben haber sido terribles. Pero no tengo registros tan claros de ellos, no los puedo reconstruir como puedo reconstruir el momento del alud y lo que siguió.

El avión no solo estaba tapado por la nieve sino que la nieve había entrado y ocupaba al menos dos tercios del espacio en el cual vivíamos. Eso permitió que el fuselaje no se

aplastara o bien que no rodara barranca abajo ya que quedó fijado en el suelo, pero se llevó a ocho más de nuestros amigos. Quedamos diecinueve personas con vida.

Entre los muertos estaba Marcelo, el capitán del equipo, que había sido tan importante en los primeros días, que había movilizado al grupo, que nos había organizado para el eventual rescate, que había batallado tanto para que mantuviéramos el espíritu en alto. Estaba también Roque, el único miembro de la tripulación que todavía se hallaba con vida, desbordado por los acontecimientos, perdido y sin poder aportar mucho a este grupo que no lo obedecía. En algunas ocasiones quiso imponer su autoridad como miembro de la tripulación, pero el grupo estaba en otra frecuencia y no pudo. Murió también Gustavo Nicolich, un gran animador del grupo, uno de los que había pasado una noche en la intemperie y que escribió unas increíbles cartas a su novia que aún hoy se conservan y son testimonio crudo de lo que vivimos. Murió también Liliana, la mujer de Javier, la única mujer que estaba todavía con vida. No la recuerdo en particular ya que no tuve un contacto especial con ella, pero dicen que fue muy importante hasta ese momento y que era como una madre para algunos de los más jóvenes.

Me gustaría hablar más de los que murieron ese día. Hablar más de Gustavo, de Liliana, de Marcelo y también de los otros. Pero ese es mi recuerdo de esos días, sin caras ni nombres, con poco espacio para las individualidades, todo muy oscuro y bajito, en cámara lenta, tratando de sobrevivir.

La avalancha de nieve nos retrotrajo al principio. Quedamos todos mojados por la nieve, descalzos, sin abrigo, a oscuras dentro del avión, en un espacio reducido, con los asientos-hamacas casi sobre nosotros y toneladas de nieve sellando nuestra salida hacia atrás, tapando las ventanillas y la abertura trasera del avión. Habíamos quedado totalmente cubiertos por la nieve. No podíamos salir, y así en la penumbra estuvimos casi tres días. Por un lado intentábamos dormir, nos apretábamos en el espacio que nos había quedado, pero no podíamos movernos mucho. Por la noche no veíamos nada. De día, una luz tenue pasaba por las ventanillas permitiéndonos apenas vernos entre nosotros.

Estábamos encerrados en un pozo oscuro, con miedo de quedarnos dormidos y no despertar, pero por otra parte, con un enorme cansancio y ganas de dormir aunque fuera el final.

Esos días yo quería descansar, quería dormir, recuperar calor, y me abrazaba a mis compañeros, sin pensar en mucho. Pasábamos horas así, sin hacer nada, solo respirando bajito. En algún momento sentimos que se nos estaba acabando el oxígeno. Teníamos algunos encendedores que nos permitían iluminar el espacio en el que vivíamos, pero de golpe empezaron a apagarse. Cada vez tenían una llama más pequeña. No sabíamos si era porque se les estaba acabando el combustible o por otra razón. Lo mismo pasaba con los fósforos. Cada vez era más difícil encenderlos. En esos tres días que estuvimos encerrados bajo la nieve, es increíble que no nos hayamos quedado totalmente sin oxígeno.

Poco a poco, comenzamos a movilizarnos. Siguiendo a Roberto, empezamos a cavar un túnel hacia delante, debíamos atravesar la cabina de los pilotos para llegar a la superficie, por la parte delantera, por donde parecía que la nieve sería más delgada. Cavamos un túnel que atravesó la cabina de los pilotos donde estaban los tripulantes

muertos entre hierros retorcidos y rompimos una de las ventanillas delanteras del avión hasta que finalmente pudimos acceder a la superficie. Sus cadáveres atrapados me impresionaban, eran mayores que nosotros y habían muerto por las heridas del accidente. Además habían pasado varios días ya expuestos al frío de los Andes. Recuerdo que todavía tenían los anteojos puestos y una mueca de espanto en sus rostros.

Cuando salí del avión me encontré con un paisaje desolador. Aunque era un día limpio no se veían los restos del avión, solo se veía hielo, nieve y rocas. El alud había cubierto totalmente el avión. Además perdimos en la nieve todos nuestros equipos y adelantos técnicos. Todo se había perdido, teníamos que comenzar nuevamente. Nuestras máquinas de hacer agua, nuestras herramientas, la radio, el hacha, los abrigos que habíamos dejado afuera, los asientos en los que pasábamos horas sentados mirando la montaña y también los cuerpos de nuestros amigos muertos que habíamos comenzado a comer. Todo se había perdido.

El clima había mejorado después de los días de encierro. Estaba frío pero el aire era limpio. Poco tiempo después, excavamos un túnel hacia atrás y pudimos empezar a salir por donde salíamos antes. Pero esta vez, en vez de "bajar" del avión, debíamos subir, ya que el avión había quedado sepultado por la nieve.

También estaba claro que nadie nos iba a venir a buscar. Si queríamos salir debíamos comenzar a pensar seriamente en realizar una excursión que nos sacara de la montaña y continuar haciendo lo que estábamos haciendo para mantenernos con vida. Pero ahora, nos teníamos que hacer definitivamente cargo de la situación y trabajar con más dedicación para poder salir por nosotros mismos.

Éramos conscientes de que podíamos tener un nuevo alud en cualquier momento. Pero además teníamos otro problema. Todos los cuerpos de los que nos alimentábamos habían quedado perdidos en la nieve. No sabíamos cuántos metros deberíamos cavar para encontrarlos. Esto nos llevó a alimentarnos de los cuerpos de los recién muertos en el alud, que estaban dentro del avión. Con lo cual empezamos a comer y cortar cuerpos dentro del avión, en todo momento, perdiendo inmediatamente algunas de las manifestaciones de pudor que todavía teníamos. Los nuevos cuerpos eran más flacos. No tenían la misma carne y calidad muscular que los primeros. Estábamos todos más delgados y nuestros amigos recién muertos no rendían como los primeros.

El alud hizo que el grupo tuviera que reorganizarse. Éramos simplemente un grupo de muchachos sin ninguna autoridad formal. Javier era el mayor pero sufría de mal de altura y estaba ensimismado en su tragedia. Estaba lento, había perdido a Liliana en el alud y además estaba medio sordo y tuerto.

Ante la nueva situación, se rearmaron los grupos y otras personas asumieron nuevos roles. Por una parte, el grupo empezó a girar en torno a los tres primos Strauch quienes después de Javier eran los mayores.

Entre los primos y Nando y Roberto empezaron a tratarse las cosas importantes. Se había confirmado que Roberto, Nando, Tintín y Numa iban a ser los caminantes. Nando se quería ir, estaba bien físicamente y aunque yo no tenía mucho contacto con él, aparecía como una persona con mucho coraje y determinación. Había perdido a su madre y su hermana en el accidente, y ahora mostraba una gran fortaleza física y mental

y se quería ir. Roberto era distinto, trabajaba mucho, con una gran energía, siempre moviéndose, siempre activo, ocupándose de detalles, malhumorado, conflictivo y peleador, sin definirse si se quería ir o no, aunque también a veces era reflexivo y contemporizador. Siempre buscaba un plan alternativo, para hacer que las cosas sucedieran de otra manera. Numa era de los más fuertes al principio pero poco a poco se fue deteriorando y no pudo ser de la partida. Para él fue una pésima noticia aceptar que no estaba en condiciones de salir a caminar. También quedó claro que Tintín se iría con ellos. Él era de los más fuertes, muy reservado, callado y huraño. Yo lo conocía de antes, me habían dicho que era medio matón y le tenía miedo. Una noche, en la que le tocó dormir frente a mí y colocar sus pies sobre mi pecho, no se sacó los zapatos para dormir y los incrustó en mi cara. Para peor, en algún momento, estiró los pies y me pegó en los labios, haciéndome sangrar. Grité y protesté, pero sin resultado, él seguía durmiendo como si no pasara nada. Hoy es mi amigo y nos reímos juntos del miedo que yo le tenía en la montaña.

Los tres primos Strauch fueron tomando un papel preponderante. Trabajaban en equipo y se cubrían mutuamente. Daniel era el centro, Fito y Eduardo lo secundaban muy bien. Ellos centralizaban la tarea de cortar la carne. Era lo más importante del día. Y quienes estaban cerca del corte de carne obtenían la mejor alimentación. Cortaban un pedazo para el grupo, otro pedazo para ellos. Así se armaba una cadena, los que estaban cerca del inicio de la cadena, se aseguraban una mejor alimentación que los más lejanos.

Era muy difícil ser parte de ese grupo. Para integrarlo, había que llevarse bien con los primos, y estar en buena forma para poder cortar, alimentarse y ser productivo. En ese grupo secundario estábamos Gustavo, Carlitos y yo. Y cuando aparecía Roberto, también aparecía Álvaro arrastrando su pierna rota y haciendo lo imposible para mantenerse activo. Yo competía con ellos para estar en el círculo cercano a los cortadores, para ser un cortador más, para poder alimentarme mejor.

Como Daniel no me daba mucha atención, yo trataba de estar cerca de Fito y Eduardo. Estar cerca de ellos también me garantizaba estar dentro del grupo y enterarme de lo que estaba pasando. Como Eduardo le daba más atención a Gustavo, yo buscaba la sintonía con Fito.

Además de los expedicionarios y los primos, había otros que con distinta suerte intentaban tener un lugar dentro del grupo. Algunos lo conseguían, otros no. Cada uno, desde sus fortalezas y debilidades relativas, hacía lo que podía. Obviamente, los que tenían algunos conocimientos de medicina fueron nuestros médicos. Gustavo y Roberto eran los más destacados con solo uno y dos años de medicina. Pero también otros aportaron lo suyo. Coche y Carlitos, quienes tenían una gran espiritualidad, empezaban las oraciones y nos hacían rezar; eran nuestros sacerdotes. Carlitos, a su vez, tenía un mejor sentido del humor y hacía chistes y bromas que nos hacían reír. En eso no estaba solo, había varios que participaban en levantar el ánimo del grupo. Nos reíamos mucho, en ocasiones tanto que nos dolían las costillas y apenas podíamos respirar. Me gustaría recordar los chistes, seguramente eran tonterías increíbles, juegos de palabras o situaciones cómicas por el dramatismo de lo que vivíamos, pero no los puedo recordar, los he olvidado. Pero sí recuerdo la risa, franca y espontánea, que en ocasiones debía evitar para no quedarme sin aire, de lo fuerte e intensa que era.

Roy era nuestro ingeniero. En realidad, apenas era un estudiante de primer año de ingeniería y un día contó que había arreglado un equipo de música en su casa. Inmediatamente asumimos que era nuestro ingeniero y lo graduamos de hecho en navegación aérea y comunicaciones.

También estaban los más racionales e intelectuales. Esos éramos Arturo y yo. En ocasiones intentábamos explicar lo inexplicable. Arturo procuraba leer mapas y ubicar la trayectoria del avión para indicar dónde podríamos estar y hacia dónde debíamos salir. Teníamos un mapa de la montaña y Arturo pasó muchísimas horas tratando de descifrar dónde estaríamos. Yo no podía mirar los mapas; dentro de mi estado mental y emocional, solo atinaba a dar alguna explicación semifilosófica de lo que estaba sucediendo. Tengo el recuerdo de un día, probablemente ya hacia principios de noviembre, en el que expliqué con palabras difíciles la relación entre el nirvana de Teilhard de Chardin, un pensador católico de avanzada, y el comunismo utópico de los pensadores marxistas de principios de siglo. También explicaba la similitud entre el amor de Jesucristo dando su vida y el amor de todos los que entregaban su vida por los demás. Dios era amor, y eso era todo lo que importaba; lo decía mirando la montaña que teníamos enfrente, sin realmente creer mucho lo que estaba diciendo, repitiéndolo como algo que había aprendido alguna vez pero que ya se me estaba borrando y no tenía demasiado significado en ese contexto; extrañado por lo que me estaba costando repetirlo y por la poca atención que mis amigos de la montaña me estaban dando a lo que yo decía con tanta seguridad. Recuerdo que Fito y Gustavo me escuchaban. Hablábamos bajo, para que otros no se metieran en la conversación, que no entenderían, que no les importaba. El único que podía haberlo entendido en ese grupo era Arturo, pero él tenía su propia batalla, no se estaba recuperando bien y cada vez estaba más ausente.

Por supuesto que cada uno jugaba su rol y tenía su lugar en el grupo. Yo era un poco el intelectual bohemio y más adelante, cuando murió Arturo, de alguna manera ocupé su lugar. La diferencia es que mientras Arturo hablaba y se hacía respetar desde sus heridas y su trayectoria anterior, yo tenía que trabajar para tener mi lugar en el grupo ya que pocos de los que estaban todavía vivos me conocían de antes. Trabajé mucho por mí y para hacerme un espacio. Siempre intuitivamente calculando el desgaste de energía, tratando de conservarme entero, de mantenerme con vida, de cuidarme de elegir lo que debería hacer y lo que no. Hacía agua como el que más y me las ingeniaba para estar cerca de los primos cuando cortábamos un cuerpo procurándome una buena alimentación. Creo que nunca cerré la parte posterior del avión, esa era una actividad que me exigía mucho y no la podía hacer. Pero igualmente nunca tuve que dormir en el primer lugar contra la entrada trasera, donde hacía más frío. En otras ocasiones, cavé en la nieve buscando cuerpos que habíamos perdido en el alud sabiendo que eso tenía su recompensa y otras veces integré las pequeñas expediciones de recorrida que retomamos después del alud. Allí andaba yo, tratando de sobrevivir, intentando entender el grupo en el que me movía, ayudando a Arturo mientras pude y colaborando en lo que podía, manteniéndome básicamente activo y enfocado en lo que había que hacer. Yo seguía pensando que la salida sería hacia el este, hacia donde estaba la Argentina, hacia donde corrían las aguas. Sentía que me tenía que conservar y reservar por si en algún momento había que demostrarlo.

Yo creo que, en definitiva, todos los aportes fueron importantes. También los heridos y los enfermos, aquellos que participaban poco, aportaron lo suyo. Todos querían vivir,

nadie se dejó morir; aun los que murieron, lucharon hasta el final. Bobby16 dice en La sociedad de la nieve que él no hizo nada relevante, que salió porque los otros lo sacaron; incluso Pancho dice que su mayor aporte en la cordillera fue hablar con la prensa y con los familiares de los que no volvieron cuando llegamos al Uruguay, hecho que obviamente no se produjo en las alturas. Álvaro dice que se arrastró por setenta días porque tenía una pierna quebrada y, como no podía incorporarse, aportó poco. Me impresiona oírlo decir que había vivido setenta días a ras del piso. Yo no estoy de acuerdo, en su medida y con sus estilos, todos queríamos vivir y todos trabajamos para vivir. Y así fueron nuestros aportes, diversos en calidad, intensidad y en dirección, aportes inconmensurables e incomparables entre sí, pero eso fue construyendo la dinámica que permitió que el grupo siempre se mantuviera organizado y enfocado, aunque no necesariamente unido, porque todos queríamos y trabajábamos para salir.

Detrás de esas conversaciones filosóficas y absurdas por el contexto en el que se realizaban, que eran como una pantalla de lo que realmente pasaba, estaban las conversaciones que realmente importaban; qué vamos a comer hoy, quién está bien, quién está mal, quién se está deteriorando y le queda poco, quiénes van a salir a caminar y hacia dónde.

Yo di mi opinión sobre hacia dónde debíamos caminar. Creía que salir hacia donde corrían las aguas nos sacaría de la montaña, aunque en un primer momento fuera hacia el este y pareciera que nos internaríamos más en la cordillera. No tenía sentido empezar a subir esa espantosa montaña que teníamos hacia el oeste y que se mezclaba con la pared del glaciar. Yo creía que, siguiendo aguas abajo, el valle nos sacaría finalmente hacia Chile, porque como había dicho el piloto antes de morir, “habíamos pasado Curicó”, y el agua debía salir de las montañas. Ni se nos ocurría pensar que estábamos sobre el lado argentino de la montaña y que hacia allí fuera la salida.

Finalmente, Roberto, Nando y Tintín, nuestros tres caminantes, salieron hacia el este, hacia la Argentina, hacia donde se abría el valle y corría el agua. Pensábamos que el valle giraría hacia la izquierda y que los sacaría hacia Chile.

Pero a los pocos días, para nuestra sorpresa, regresaron indicando que por allí no era la salida. La montaña que teníamos frente a nosotros se hacía cada vez más imponente, el valle no giraba hacia el este y pese a que descendían, no creyeron que por allí fuera la salida. Una gran tormenta de nieve los había detenido, pero habían encontrado la cola del avión y allí se refugiaron al menos tres noches. En la cola había más valijas con ropa, provisiones, una enorme cantidad de cigarrillos y las baterías de la radio del avión.

Haber encontrado las baterías permitió que Roberto, que se debatía entre seguir caminando o no, convenciera a Nando de que lo lógico era tratar de conectar las baterías a la radio y enviar así una señal que permitiera indicar al mundo exterior que todavía estábamos con vida. Nando miraba con desconfianza pero aceptó el razonamiento de Roberto. No tenía sentido seguir aventurándose en una cordillera desconocida, cada vez más peligrosa que solo los acercaba hacia la temida montaña del horizonte. Por allí no debía ser la salida y haber encontrado las baterías del avión nos daba una posibilidad más.

Intentaron traer las baterías del avión pero eran muy pesadas. Se hundían en la nieve y no podían avanzar, por lo cual decidieron que lo mejor era volver al avión, desarmar la

radio y llevarla a la cola para intentar conectarla a las baterías. También debían llevar a la cola a Roy, “el ingeniero”, y que él conectara los miles de cables de la batería a los miles de cables de la radio.

Si conectábamos las baterías a la radio, alguna señal seguramente podríamos emitir. Yo no estaba convencido, estaba seguro de que la salida era hacia el este, que deberían haber seguido caminando, pero esa expedición había caminado hacia el este y había fracasado, no tenía nada más que decir y acepté el pensamiento mayoritario del grupo. Solo quedaba rezar para que ellos tuvieran razón y que el experimento de la radio pudiera funcionar. ¿Debería haber insistido? Quizás, pero no tenía con qué ganar esa batalla y no la di. Además, yo no estaba entre los que arriesgarían el pellejo, yo no saldría a caminar.

Pobre Roy, la propuesta de mudarse a la cola del avión a conectar miles de cables lo desbordaba. Él no estaba nada convencido y no creía que pudiera conectar los cables adecuadamente y emitir una señal. Pero la presión de Roberto y los primos era muy fuerte, por lo que accedió, advirtiéndonos que no tenía muchas esperanzas de que eso fuera a funcionar. Estaba cada vez más delgado y su voz era cada vez más aflautada. Había perdido muchísimas fuerzas.

Extraer la radio del avión no fue fácil, recuerdo a Roberto y otros que hoy no puedo identificar, zambullidos en la cabina intentando quitar la radio, con herramientas rudimentarias y a las patadas. Después de la compleja tarea de desarmar la radio, de arrancarla del panel de control dejando a la vista millones de cables sueltos, Roy se integró a los expedicionarios y junto con Nando, Roberto y Tintín partieron nuevamente hacia la cola del avión llevando la radio destripada. Roy me cuenta que sentía una enorme responsabilidad ya que todas las esperanzas parecían estar depositadas en él. La presión del grupo era muy grande y, pese a que estaba muy débil, no le dejamos muchas alternativas.

Allí quedó Roy como diez días en compañía de Roberto, mientras Nando y Tintín iban y venían de la cola hacia el avión en busca de provisiones y trayendo noticias. Para mí era una pérdida de tiempo pero el grupo estaba en movimiento y había que apoyar. No sabía si tendrían éxito, yo no lo creía, pero al menos estábamos haciendo algo, y algo era mejor que nada.

En la cola no lo pasaban tan mal. Habían logrado conectar una lamparita eléctrica y Roberto leía historietas de una revista que allí habían encontrado mientras Roy, despacio, conectaba cables. Un día recibieron una descarga eléctrica y se convencieron de que era una tarea imposible, nunca podrían enviar una señal, menos conectarse con el exterior. En el libro ¡Viven! hay un comentario de un especialista que indica que era técnicamente imposible que la radio funcionara. Yo veía ese experimento con total incredulidad, estoy convencido de que la mayoría de nosotros pensaba lo mismo, pero era lo que había, era una forma en la cual nos mantuvimos con la ilusión de que estábamos haciendo algo útil, de que había un plan en ejecución para salir de la montaña.

Finalmente, volvieron una tarde bajo una fuerte nevada. Con Roy exhausto, tristes por haber fracasado, preocupados porque ahora no quedaba otra alternativa que volver a intentar una caminata, una nueva salida, y no en dirección al este pasando por la cola del

avión. Eso ya había sido probado, ahora debíamos ir hacia lo desconocido, hacia el oeste, a subir la pared del glaciar, a internarse en la montaña y caminar, hasta encontrar algo o alguien o morir.

Cuando volvieron, sentí una mezcla de alegría y tristeza. Tristeza por el fracaso; la expedición había fracasado. Pero los expedicionarios volvían con más provisiones, abrigo, alimentos y cigarrillos, y además un plan alternativo; salir a caminar hacia el oeste, directo hacia Chile.

Roy me ha contado la enorme alegría que sintió cuando volvió al avión. Volvía a su casa, con sus amigos, a su lugar. Nos encontró a todos más demacrados, con los pómulos salientes, con los huesos pronunciados y con los dientes blancos a la vista. Pero no importaba, era su casa, éramos sus amigos, se sentía más seguro que en la cola del avión donde tenía que trabajar y llevar el peso de lo que estaba pasando. Él a su vez volvía muy delgado, exhausto, casi sin fuerzas, había entregado todo y comenzó un acelerado deterioro. Para él, esa fue su situación límite, estuvo a punto de no volver, pero entre él y Nando sacaron fuerzas de lo imposible y regresaron al avión.

Hoy sabemos que la salida era efectivamente hacia el este y que si los expedicionarios hubieran seguido caminando, es probable que hubieran podido salir antes y al menos alguna vida más se habría salvado. Pero no sabemos si lo hubieran logrado. Quizás era muy pronto, quizás caminando hubieran llegado al cruce de unos ríos que no podían atravesar y allí habrían quedado varados, quizás todavía era muy temprano y la cantidad de nieve hubiera hecho que se desbarrancaran por un precipicio y todo hubiera quedado en la nada. Pero una cosa sí está clara, en esto pagamos nuestro total desconocimiento de la montaña; con algo más de experiencia, hubiéramos sabido que debíamos salir hacia donde bajaban las aguas, aunque también hubiéramos sabido que no íbamos a poder salir, que era imposible caminar por la montaña en esas condiciones y que íbamos a morir todos.

Yo había vivido en Chile, y sabía que el 15 de noviembre cambiaba el clima y el verano estallaba con fuerza finalizando la temporada de las tormentas de nieve. Recordaba una conversación con un taxista en Chile que me había dicho que el 15 de noviembre marcaba el día en que en realidad se iniciaba el verano.

Habíamos establecido que el 15 de noviembre sería el día en que Nando, Roberto y Tintín empezarían su caminata. De todas maneras, ese día se desató una tremenda tormenta que nos obligó a posponer los planes y quedarnos varios días encerrados en el avión. Perdí credibilidad cuando reconocí que el origen de mi conocimiento del clima era una conversación ocasional con un taxista chileno. Me hace gracia, Nando hoy siempre me cita como su meteorólogo por esta situación.

Al desatarse la tormenta, debimos permanecer dentro del avión. Los días se hacían largos ya que poco teníamos que hacer. Esos días dentro del avión estábamos como en una asamblea permanente, todos juntos, acostados en el fuselaje, con nuestras piernas sobre el pecho de quien teníamos enfrente. Conversábamos mucho pero no todos estaban despiertos y participaban de las conversaciones. Como siempre, el tópico más importante era la comida. No solamente lo que habíamos comido ese día o íbamos a comer al día siguiente, sino que hacíamos planes para el regreso. Todos planes muy extraños. Todos íbamos a ser grandes empresarios gastronómicos cuando regresáramos

al Uruguay. Sentía que allí se estaba forjando una verdadera cofradía gastronómica. Armamos listas con los pocos restaurantes que conocíamos y anotamos los lugares a donde iríamos a comer y las grandes fiestas que haríamos a la vuelta. Qué comeríamos en cada lugar, en cada casa a la que fuéramos de visita. Cada uno fue eligiendo una especialidad. Yo no sabía cocinar ni tampoco tenía a mis padres en Montevideo, los tenía en Buenos Aires, y eso me angustiaba. No tenía cómo ofrecer a mis amigos una buena comida, en mi casa o en la de mis padres, ya que ellos al vivir en Buenos Aires no me servían. Me desesperaba quedarme afuera de esa cofradía gastronómica. Por suerte me acordé de una tía que preparaba unos exquisitos ñoquis y me anoté en el grupo gastronómico con los ñoquis, lo que me produjo un gran alivio, seguía siendo parte del grupo que se estaba armando en la montaña.

Algunos de mis amigos escribieron cartas a sus madres y a sus novias. Yo simplemente no podía hacerlo. Al principio estaba muy conmocionado, no podía escribir, y a medida que me fui recuperando y pude sintonizar con los demás, nadie más pudo escribir. De hecho, las pocas cartas que fueron escritas, fueron hechas en los primeros momentos, antes del alud. Después, nadie más pudo escribir. Creo que fue porque perdimos la capacidad de realizar pensamientos complejos, porque escribir requería una capacidad de concentración que habíamos perdido, porque ya nos habíamos acostumbrado a vivir en ese ambiente y nos íbamos desenganchando de lo que habíamos vivido antes.

En mi caso, en ningún momento me pude conectar con mis seres queridos, con mi familia, con los que había dejado en Uruguay y en la Argentina. ¿Qué hacía yo en ese grupo tan uruguayo con familia en Buenos Aires y además una novia en Chile? No podía conectarme con ellos. Solo una vez intenté hacerlo y me invadió una gran tristeza y sentí que empezaba a llorar. En ese momento, algo en mi cerebro me bloqueó los recuerdos y no me pude conectar más. Tampoco me pude conectar con mi novia chilena, una de las razones por la que estaba en ese viaje. De nuevo, era muy complicado. ¿Cómo es que tenía una novia en Chile si mis compañeros hablaban solo de sus novias del Uruguay? ¿Era o no era? Recordaba haber terminado nuestra relación mil veces por carta y otras mil veces nos habíamos vuelto a arreglar. ¿En qué estábamos? No lo podía precisar. Por eso mi imaginación se fue al Uruguay e intenté recordar a las chicas que había conocido en la Facultad, que simplemente había visto y me habían parecido atractivas. No a las que ya conocía; recordé chicas a las que nunca les había hablado ni había salido con ellas. Entonces planifiqué increíbles encuentros cuando regresara. Por supuesto, cuando regresé tampoco hablé con ellas, y hasta el día de hoy, esas mujeres que ya no son niñas, cuyos nombres y rostros ya he olvidado, no saben lo importante que fueron para mí en la montaña.

Pasada la tormenta del 15 de noviembre, el tiempo sí mejoró y a partir de entonces, cuando el día estaba soleado, salíamos del avión y tomábamos sol mientras preparábamos el alimento del día. Intercambiábamos opiniones sobre alguna caminata realizada, comíamos todo el tiempo y empezamos a fabricar una gran bolsa de dormir con capacidad para tres personas, con un material aislante que los expedicionarios habían traído de la cola del avión.

Yo caminaba mucho alrededor del fuselaje y cada tanto me aventuraba un poco fuera del radio de donde vivíamos. No mucho, no más allá de diez o quince metros. Con dificultad hacía mis paseos regulares por los alrededores del avión con un palo en mi

mano enterrándolo para encontrar los restos que habíamos descartado en los primeros días cuando no nos animábamos a comer de todo.

Lo que uno encontrara perdido o enterrado en la nieve era libre, sin restricciones, mientras que lo que repartíamos oficialmente en nuestra comida diaria, estaba racionado. Los que cortaban se llevaban la mejor parte, y mayor cantidad. El resto se repartía haciendo círculos descentralizados como un derrame. A los que estaban más lejos, simplemente les llegaba menos.

Los que estaban más lejos eran los heridos, los enfermos, los que se estaban viniendo abajo, los que podían caminar menos. Algunos igualmente imponían su simpatía para conseguir aliados que les llevaran alimento. De hecho, mi primo Coche, que estaba ya muy débil, me ofrecía trueques muy particulares. Cigarrillos por comida. Si yo le conseguía más cigarrillos, si le daba parte de la cuota que yo tenía, él me daba parte de la comida que le correspondía. Recuerdo la mirada suplicante de Coche pidiéndome un cigarrillo a cambio de un pedazo de alimento. No recuerdo si accedí o no, probablemente me reí y no le hice caso, pero recuerdo haber sentido una gran incomodidad y rehuido la pregunta. Pero quizás acepté el trueque. ¿Tú te acuerdas, Coche?

Durante este período, tres más de nuestros compañeros murieron. El primero fue Rafael, que tenía una pierna cortada con una herida expuesta. Sufrió mucho aunque siempre mostró un gran estado de ánimo y fortaleza, hasta que un día dejó de quejarse y murió.

El siguiente fue mi amigo Arturo. Era un tipo muy respetado, gran jugador de rugby pese a su baja estatura y además muy buen estudiante. Como yo, Arturo no vivía en una burbuja y tenía inquietudes sociales y políticas. Tenía alguna herida interna que no le permitió recuperarse, y poco a poco fue cayendo en una gran depresión. Al final, tenía ratos de gran lucidez mezclados con situaciones en las cuales se enfrentaba a todos.

Hace pocos días, volví a leer la carta que él envió a su novia en Uruguay. Me impresionó su dureza, la crudeza para testimoniar lo mal que lo estaba pasando. Al morir Rafael, yo me mudé a la hamaca con Arturo, y allí pasamos largas noches, abrazados, en las que trataba de tranquilizarlo, de poder dormir y soportar el frío. A mí también me hacía bien ayudar a Arturo, sentía que me daba su gratitud, me sentía útil, y recibía su reconocimiento. Finalmente, una noche bajamos de los asientos. Arturo estaba más tranquilo, pero su mirada al vacío y su delgadez indicaban que no estaba bien. Al fin, esa noche murió en mis brazos.

La verdad es que no tuve tiempo ni capacidad de llorarlo. Una vez muerto, lo dejé tranquilo, lo abracé, y le saqué parte de su ropa. Su chaqueta blanca de jean, que tanto me gustaba, me la puse yo. Arturo ya no estaba allí. Ya no era él. Tampoco yo estaba para hacer duelos y llorar. No podía, tenía que pensar en mí, en el próximo paso, en cómo iba a estar fuerte para seguir vivo las próximas veinticuatro horas.

En toda esa época, en ocasiones pasaban pocas cosas en un día. El silencio de la montaña me impresionó cuando volví hace unos pocos meses a ese lugar. El silencio allí no nos llamaba la atención, pero seguro que nos afectaba. No había nada, mirábamos todos los días las mismas rocas, las mismas montañas, los mismos filos a veces cubiertos por la nieve o por un viento que hacía que los contornos no fueran claros. Pero

el silencio impactaba y era ensordecedor. El cielo estaba vacío, ningún avión lo cruzaba, a veces podíamos ver algún pájaro, pero en general estaba vacío de vida, como inquisidor.

En nuestras rutinas, una vez alimentados, cada uno recurría a su trapicheo personal, en silencio, enfocado en sus propias cosas. Tratábamos de encontrar caminos personales, muy en contacto con lo más vital de cada uno, pero sin pensamientos complejos, concentrados en las situaciones más básicas. Yo he pasado horas sintiéndome el pulso, mirándome las costillas moverse al respirar, simplemente consciente de que estaba vivo, pensando que tenía que seguir vivo un día más. No sabíamos si nos íbamos a salvar o no, solo sabíamos que teníamos que estar vivos en ese momento para que tuviera sentido lo que estábamos atravesando. No nos podíamos morir un poquito porque perdería sentido ese viaje; había que estar lo mejor posible.

Estar vivos siempre era la tarea principal. Para lo cual era necesario alimentarse bien, pero no por una decisión racional, sino por un imperativo instintivo. Yo tenía siempre una mano o alguna cosa en el bolsillo, y cuando podía empezaba a comer, a llevarme algo a la boca, a sentir que me alimentaba. Recogía lo que otros habían descartado, después lo tiraba, y otro recogía lo que yo había dejado. Así hasta que lo que teníamos disponible iba desapareciendo por todas las vueltas que le dábamos, hasta que un nuevo cuerpo era abierto y, nuevamente, lo que descartamos al principio los días posteriores era materia de búsqueda asegurada. Un cuerpo de los que habían muerto primero nos duraba entre tres y cuatro días, los que habían muerto en el alud duraban mucho menos. Y los pobres que habían muerto con posterioridad no servían para mucho, ya eran piel y huesos. Sus músculos ya no tenían energía, una materia azulada cubría sus huesos y los separaba de sus músculos atrofiados.

Una de las cosas que me inquietaba era el trato que se le daba a Pancho. Era un poco marginal al grupo y él así lo sentía. Al igual que Coche, era de los mayores, pero no era jugador de rugby, ni compañero de colegio de la mayoría ni se pudo hacer respetar trabajando más que otros, ya que además tenía una pierna rota y cojeaba. Hacía lo que podía para subsistir. Fue marginado ya que alguien dijo que se apropiaba de comida reservada para los más débiles y que se había quedado indebidamente con un tubo de pasta de dientes que también comíamos. Pero en concreto nunca lo enfrentamos, y no creo que nadie le haya dicho ni preguntado si fue así o no. Simplemente, en nuestras conversaciones empecé a escuchar esta sospecha. Alguien lo había visto, tenía alguna actitud sospechosa, pero nunca lo confrontamos ni lo acusamos explícitamente de nada.

Yo no sé si lo hizo o no. Lo único que sé es que su actitud fue funcional al grupo. Necesitábamos dónde descargar nuestras frustraciones y tensiones, y él fue el receptor. Pero ni siquiera le dimos la posibilidad de que se defendiera, era mejor así, que se mantuviera como una sospecha irrebatible.

Hasta el día de hoy, más o menos veladamente, él carga con el estigma de haber "trapicheado" más de la cuenta. Acusación que es totalmente injusta, ya que él había quedado lejos del centro del poder y por ende de la alimentación. Hacía lo que podía. Pancho tiene un carácter especial, no sé cuánto se forjó allí en la montaña y cuánto en su vida posterior. Solo sé que allí me daba una tremenda lástima por la injusticia que se cometía, y por otro lado, cierta tranquilidad porque al tomársela con él no se la habían tomado conmigo, había otro que recibía las frustraciones del grupo. Tampoco salí a

defenderlo, no me animé, esa fue una batalla que decidí o más bien no pude dar. Ahora sí lo defiendo, creo que el grupo fue injusto con él ya que no podemos juzgar con los estándares de hoy lo que cada uno de nosotros hizo o no en aquel momento.

Habiendo abandonado la salida hacia el este, hacia donde estaba la cola del avión, hacia donde quedaba la Argentina, hacia donde bajaban las aguas, no quedaba otra alternativa que salir hacia el oeste, e iniciar una caminata escalando la horrorosa montaña que nos encerraba por el norte, el oeste y el sur. Nuevamente estaba claro que Nando, Roberto y Tintín iban a ser nuestros caminantes.

Las expediciones anteriores a la cola no los habían afectado. El grupo trabajó para que los caminantes pudieran partir en las mejores condiciones posibles. Cosimos con alambres de cobre una gran bolsa de dormir fabricada con un material aislante que habían traído de la cola del avión. Cortamos grandes trozos de carne y los pusimos en mochilas que preparamos con calcetines y pedazos de ropa. Ellos eligieron la ropa que preferían. Tenía la sensación de que si alguno de ellos elegía algo que yo tenía puesto, se lo debía dar. Ellos podían comer todo y todo el tiempo. Mientras los demás teníamos restricciones, ellos no las tenían. Podían incluso elegir donde dormir. Claramente tenían un estatus privilegiado. Realmente trabajamos para que nuestros caminantes tuvieran la mejor posibilidad de llegar a algún lado.

Nando se quería ir lo antes posible pero Roberto siempre encontraba una razón para retrasar el viaje. “No es el momento, esperemos alguna señal, el tiempo mejorará. Probemos de nuevo con la radio, por qué no vamos hacia el este”. Hasta que un día murió Numa, que había sido uno de los candidatos a hacer la expedición. Al principio, era de los más fuertes y animosos, incluso había integrado la expedición que pasó la noche a la intemperie, pero en poco tiempo se deterioró hasta la muerte.

Los caminantes comprendieron que era hora de irse. Coche y Roy también se estaban deteriorando rápidamente, tenían la mirada borrosa de los moribundos y no iban a durar mucho tiempo más.

Finalmente, el 10 de diciembre los tres partieron. Recuerdo una despedida sin demasiada efusividad, no recuerdo el zapatito rojo y esas anécdotas que son conocidas por otros relatos.

Yo los vi partir y empezar a alejarse y escalar la montaña. Al final, eran solo un puntito negro en la ladera, hasta que dejé de verlos. Los vi partir como partieron en otras oportunidades, en silencio, sintiendo que era lo que había que hacer, ahorrando llantos y emotividades que allí, a cuatro mil metros de altura, no agregaban nada. Tiempo después, en la zona del accidente, donde quedaron los restos del avión, me ha sido imposible determinar con precisión cuál fue el camino que ellos emprendieron. Quizás si fuera con alguno de los caminantes, me lo podría indicar sobre la montaña.

A los tres días, pasado el mediodía, vimos bajar a uno de ellos. Era Tintín que volvía e increíblemente encontró el camino que lo regresaba al avión. Llegó destrozado, agitado, muerto de cansancio, casi sin habla. Lo interrogamos con ansiedad. Nos contó que Nando y Roberto habían llegado a la cima de la montaña. Él había subido casi todo el equipaje hasta arriba pero no había llegado a la cima. La subida había sido tremenda, tenía que golpear con el pie la pared de la montaña para ir haciendo los escalones y

subir, peldaño por peldaño, dejando atrás increíbles precipicios y pendientes vertiginosas. Tintín se había quedado en un descanso y Nando subía y bajaba de la cima en la que había quedado Roberto. Nando no tenía buena vista, con lo cual no podía aclarar nada. Roberto y Tintín sí, pero ellos no habían visto nada especial, solo más y más montañas.

Tintín decía que desde la cima Roberto había visto que en el fondo, hacia Chile, las montañas parecían tener menos nieve, y que hacia allí tenían que empezar a caminar. También decía que sobre el volcán Sosneado se veía una línea que podría ser un camino, pero nadie estaba muy seguro. De alguna manera significaba que si teníamos que volver a salir a caminar, debíamos caminar hacia el este, hacia donde bajaban las aguas. Roberto y Nando estaban en la divisoria de aguas, en la cima de la montaña, hacia el este ya lo habían intentado y fracasado y no quedaba más que volver al avión derrotados y posiblemente morir o bien iniciar una increíble caminata incierta hacia donde las montañas parecían tener menos nieve. Tintín nos contó que con las provisiones de tres y la bolsa de dormir, Nando y Roberto comenzaron a caminar hacia el oeste.

A partir de ahí, comenzó una nueva etapa. Sentíamos que estábamos haciendo algo distinto para salvarnos.

14 Adolfo Strauch.

15 Numa Turcatti.

16 Roberto François.

T odas las tardes, una vez dentro del avión, intentábamos rezar un rosario. Poco a poco, la monotonía de la oración, el ritmo de este mantra me iba sumergiendo en mi sueño individual y me encontraba conmigo mismo, allí solo en la montaña, compartiendo la vida con mis hermanos de infortunio.

Todos participábamos de la oración, incluso los menos creyentes, aquellos que confesaban un ateísmo militante, también oraban, a su manera, por sus propias intenciones para ser parte de ese cuerpo doliente. Para no quedarse afuera.

Yo no pedía gran cosa, no pedía que por milagro de repente apareciéramos en mi casa, que todo hubiera sido una simple pesadilla. Yo agradecía a Dios estar vivo, agradecía que todavía tenía fuerzas para luchar. Le pedía por mis familiares, por Roberto y Nando que seguramente estarían caminando, por alguno que estaba mal, pero por sobre todo le pedía que me diera fuerzas para vivir un día más.

La oración nos armonizaba, nos hacía dormir, tranquilizaba nuestras pulsaciones y angustias. Era un momento de reconciliación, un momento de paz. Pero también nos daba vida, nos devolvía energía, nos permitía descansar y amanecer al día siguiente.

3. Vamos, vamos

A partir de la salida de Nando y Roberto, la vida en el avión se hizo un poco más cómoda. Las últimas noches no habían sido muy malas, presentía que nos aproximábamos al final de nuestro viaje, sentía que nuestra odisea por las buenas o por las malas estaba llegando a su fin. Me alimentaba razonablemente bien, dormía bien, teníamos lugares cómodos para descansar y no hacía tanto frío. En esos días de principios de diciembre, el tiempo claramente había mejorado; los días eran cálidos y largos; incluso habíamos visto volar algún pájaro en las cercanías del avión. Pero el peligro acechaba. No sabíamos cuándo un nuevo alud podría caer sobre nosotros, tampoco sabía hasta cuándo nuestro cuerpo frágil aguantaría el deterioro y cruzaría el umbral donde el cansancio sería mayor que las ganas de seguir viviendo. En ese momento quizás uno se entregara a la muerte ante las pocas posibilidades de sobrevivencia.

Por aquellos días, sentía que nuestra odisea en los Andes no se podía prolongar mucho más. Por otra parte, algunos de mis amigos estaban cada vez más débiles. Si bien yo también estaba débil, todavía me sentía relativamente bien. Sentía que trabajar y comer lo más que pudiera aumentaba mis posibilidades de continuar con vida, y quería estar lo suficientemente fuerte como para salir caminando si me tocaba. Qué haríamos si nuestros caminantes desaparecían en la montaña, en realidad no lo sabía, era algo que no lo hablábamos.

Con el paso del tiempo nada me producía asco o impresión. Nos pasábamos el día comiendo o limpiando algún huesito, siempre con algo en la boca. Dormíamos entre cadáveres y restos descuartizados de nuestros compañeros. En el avión ya había más lugar porque Nando y Roberto se habían ido. Como habíamos descolgado las hamacas, todos podíamos dormir acostados en el suelo. Por otra parte, no me producía una impresión especial ver el deterioro de mis amigos que se consumían día a día, estábamos todos igual. Seguramente yo también me deterioraba, pero no me daba cuenta y solo pensaba en seguir alimentándome y ejercitándome, sentía que era lo que tenía que hacer, para por lo menos sobrevivir un día más. Esto no era un acto consciente, era el instinto para vivir que continuaba haciéndome trabajar y haciendo cosas para mantenerme vivo.

Nos habíamos acostumbrado a vivir en el límite entre la vida y la muerte. No había mucha diferencia entre uno de nuestros amigos debilitados y los que morían. Era lo natural que los que iniciaban ese camino de debilidad en algún momento se nos fueran. Así había pasado con Arturo, con Rafael, y con Numa; ellos no murieron cuando nos estrellamos en la montaña ni en el alud. Murieron después, por debilidad. En los últimos días, se les nublaba la vista y tenían una mirada triste y lejana; perdían la atención, casi no hablaban y dejaban de comer. Al final, eran piel y huesos.

El sol y la mugre nos habían cambiado el tono de la piel. Teníamos un color marrón oscuro, opaco, con costras en los labios y los ojos hundidos en las cavidades oculares resaltaban casi sin vida. Como preguntando qué nos estaba pasando, qué seguía. Las manos flacas y negras, lastimadas por el frío, las piernas flacas y pálidas por la falta de sol. En ocasiones, cuando tomábamos sol nos levantábamos la camisa y dejábamos al descubierto nuestros cuerpos. Qué flaco estaba. Cómo se notaban mis costillas. Nos mirábamos con incertidumbre, cuánto más tendríamos que pasar para llegar al fin de

esta odisea. Yo tenía dos cortes en las piernas que estaban cicatrizando y se habían formado costras de sangre seca que cada tanto raspaba con mis uñas sucias y me las llevaba a la boca, inconscientemente, tratando de retener las proteínas en mi cuerpo. La sangre seca es sabrosa, salada, y la comía con fruición. Pero también tenía los labios partidos y llagados por el frío, por el sol, por comer nieve. Eso hacía más difícil llevarse a la boca pedazos de carne grandes y nuestro papel de carnívoros carroñeros se dificultaba justo por eso, por nuestros labios partidos y llagas en la boca.

En esa época, cuando al mediodía brillaba el sol, empezó a hacer mucho calor. Eventualmente podíamos quitarnos la camisa y recibir la energía del sol en el cuerpo. Durante la noche, o cuando estaba nublado, seguía haciendo mucho frío. Sentía mucho miedo cuando se nublaba el Sosneado. Había aprendido que eso era señal de mal tiempo, de tormentas de nieve, frío y una nubosidad que hacía que no se pudiera ver nada. Si nuestros compañeros seguían caminando, ese no era un buen clima para que pudieran avanzar. De todas maneras, el tiempo en verano en la cordillera suele ser bueno, los días son generalmente soleados aunque la temperatura por las noches desciende a varios grados bajo cero. Y el verano, de hecho, ya había comenzado.

Me había acostumbrado a vivir en los restos del fuselaje del avión, en condiciones horrorosas. Era nuestra casa. No teníamos más de ocho metros de fuselaje del cual habíamos sacado todo lo que podía removerse. Ya no quedaban asientos amarrados a la estructura del fuselaje, quedaba solo la cáscara del avión. De pie tenía que agachar la cabeza. Dentro del avión estaba todo húmedo debido al deshielo. A partir del mediodía chorreaba el agua por las paredes y corría por el suelo. Esos días me despertaba temprano y salía del avión con las primeras luces del amanecer mirando al sol que se levantaba sobre el enorme volcán que teníamos en nuestro frente. Aprovechábamos los primeros momentos, en ellos la nieve todavía estaba firme y podía caminar sobre ella sin hundirme demasiado. Uno por uno, casi todos salíamos del avión aunque siempre había uno o dos que se quedaban dentro. Eran los que estaban más débiles, los que habían empezado el camino de no retorno. Afuera, nos sentábamos en los asientos que quedaban en la intemperie toda la noche. Sacábamos los almohadones que habíamos usado como colchones para dormir y los colocábamos sobre los asientos que teníamos instalados mirando el sol de la mañana. Los días amanecían frescos pero el aire de la montaña era muy limpio.

Los primeros en salir trataban de escuchar las noticias en la pequeña radio que habíamos recuperado con el deshielo. Increíblemente aún funcionaba, y temprano por la mañana se escuchaban varias emisoras además de las argentinas, uruguayas y chilenas. Escuchábamos entre otras Radio Cooperativa de Chile, Radio Carve en Uruguay, y también podíamos escuchar la Voz de las Américas, la radio de las Antillas Holandesas, la BBC, la RAI, la Radio Francesa y la Radio de La Habana. Ya no hablaban de nosotros pero cada tanto prestábamos atención a alguna noticia. La vida continuaba en el mundo, escuchábamos que en aquel momento ardía Vietnam, que había huelga de transportistas en Chile y que las clases en la Universidad de la República en Uruguay se habían suspendido y no habían recomenzado todavía. Escuché también que San Lorenzo, mi equipo de fútbol en la Argentina, había salido campeón y me alegré por un rato. Algunos de mis hermanos sobrevivientes dicen que di una vuelta olímpica al avión. De eso no me acuerdo, quizás la di en mi imaginación o en la de ellos; además, estábamos ya muy cansados y débiles como para dar vueltas olímpicas. Sí recuerdo haber escuchado la noticia y sentir algo de alegría. Pero como hacía mi papá cuando

recibía una buena noticia, sonreía y se alegraba por un rato, y luego me miraba, como diciendo "¿Y qué querés que haga yo con esa noticia?". Eso sentí allí, que era bueno que San Lorenzo hubiera salido campeón pero que realmente no me importaba. ¿En qué me podía cambiar la vida? ¿Qué podía hacer con esa noticia? Nada nos afectaba, cada vez nos parecían noticias más lejanas, el mundo seguía su vida y se derrumbaba, pero yo igual quería sentir que era parte de ese mundo, que nos había abandonado y seguía su vida sin nosotros. Sin embargo, cada vez nos costaba más estar enganchados con lo que pasaba.

Ocasionalmente, por las mañanas algún grupo hacía una excursión aprovechando que la nieve estaba todavía firme. En esos días salí de expedición con Carlitos y Gustavo y fuimos hacia abajo, unos ciento cincuenta metros hacia donde estaba el cuerpo de nuestro amigo que habíamos visto bajar por la montaña el día que habíamos tenido el accidente. La caminata hacia abajo sobre la nieve todavía firme era relativamente fácil. Llegamos al cuerpo, que estaba boca abajo y apenas cubierto por una capa de nieve. Tenía una campera liviana de cuero y jeans. Lo dimos vuelta y apareció una cara quemada por el sol y la nieve. Estaba negra, oscura y sin ojos. Nos preguntamos si sus ojos habían sido comidos por algún animal que no habíamos visto ni habíamos encontrado rastros o se habían disuelto en la nieve antes que el resto del cuerpo. Le sacamos la ropa y lo empezamos a trozar. Yo había llevado un hacha con lo cual la tarea fue fácil. Ese era un buen trabajo y lo encaramos con ánimo, ya que cuando realizábamos ese tipo de actividades podíamos alimentarnos sin límites. Lo hacíamos con entusiasmo, nos hacía muy bien. No importaba quién había sido, en ese momento era un cuerpo sin vida, no era nuestro amigo, era el alimento que estábamos necesitando y que nos permitiría sobrevivir.

Después de trabajar un buen rato y de alimentarnos hasta saciarnos, cortamos pedazos que cargamos de vuelta hacia el avión. Gustavo, como era su costumbre, le quitó los documentos, anillos, reloj y cualquier identificación personal que tuviera. Decía que se los llevaría a los familiares de los muertos. Yo cargué una pierna entera sobre mi hombro derecho, también llené mis bolsillos de pequeños trozos que podría comer más tarde, colgué el hacha en el cinturón hecho con una corbata y comenzamos la vuelta al avión. La nieve se había empezado a derretir, la caminata fue mucho más difícil y la cuesta arriba se hizo mucho más brava. Finalmente llegamos exhaustos, aligeramos nuestra carga y entregamos lo que habíamos traído a los cortadores de turno. Caímos agotados de cansancio sobre las sillas y los almohadones. Yo subí al fuselaje del avión donde pasaba largas horas, mirando el horizonte, con la mente casi en el vacío, sin pensar mucho, mirándome respirar, mirando mis costillas cada vez más pegadas a mis huesos, casi sin músculos, ya sin grasa, cada vez más piel y huesos, pero todavía vivo.

Después de una actividad de ese tipo, en un día normal, lo central era nuestra comida. Como siempre, el grupo de los mayores cortaba las partes más grandes, después otros cortábamos trozos más pequeños. Mezclábamos pedazos de carne roja con pedazos de órganos blandos y hacíamos una especie de guiso. Absolutamente todo iba al guiso, no desperdiciábamos nada. Al principio, en los primeros momentos, lo cocíamos, pero ya habíamos dejado esa costumbre, ahora comíamos todo crudo. Alguien dijo que de esa manera aprovechábamos mejor las proteínas. La verdad es que era más sabroso y tenía más volumen. La carne cocida perdía el agua y era más pequeña. Tampoco éramos muy ecuánimes con los que estaban más lejos de la cocina, ya que los cortadores y cocineros

se tomaban el derecho de comer mientras trabajaban. Un pedazo para el guiso, otro pedazo para cada uno de los cortadores.

Al finalizar la comida, entrábamos de nuevo al avión. Había que pasar las peores horas de sol. Dentro del avión, estaba fresco y pasábamos allí un buen rato. Sin decir mucho, de nuevo con las miradas vacías, pensando en poco, conversando nada. De repente alguien decía algo o hacía algún comentario jocoso del cual todos nos reíamos. El único que recuerdo fue cuando pusimos una mano cortada en el hombro de Coche. Cuando éste se dio vuelta, se asustó como si hubiera visto una aparición. Eso nos causó muchísima gracia y reímos por un buen rato. Me reí tanto que me quedé sin aire y sentí un tremendo dolor en las costillas.

Daniel ocupaba un lugar central. Era el que tenía la radio, escuchaba las noticias y si uno estaba a su lado podía estar mejor informado. También organizaba el acto de cortar la carne. Sus primos siempre estaban a su lado. Él consultaba con ellos y mucho de lo que pasaba en el grupo se decidía allí. Gustavo trataba de acercarse cada vez más a los primos y quedar bien. Les traía información de lo que pasaba, de quienes estaban mal, de quienes necesitaban más ayuda. Me imagino que también inventaba algún complot, alguna fantasía que hacía a los corrillos de la montaña. A mí no se me daba bien con Daniel, no nos entendíamos mucho, no tenía temas en común, lo veía muy mayor y sus juicios eran lapidarios. Tampoco era permeable a mis desvaríos filosóficos. No entendía sus chistes ni tampoco él tenía paciencia para escucharme. Pero me llevaba bien con sus dos primos. Allí con Fito me sentía más seguro. Con él podía conversar o había conversado antes. Le hablaba de filosofía, de la importancia del amor, de que Dios era amor, sentía que me escuchaba y se interesaba por lo que le decía. A casi tres mil cuatrocientos metros de altura, cada vez más débiles, eran conversaciones absurdas, pero era como me conectaba con mi intelecto, era un intento desesperado por encontrar las anclas de lo que había sido mi mente. Igualmente, lo que más importaba no pasaba por ahí, lo más importante era alimentarse y estar bien; qué habíamos hecho hoy, qué íbamos a hacer mañana, nuestro presente de todos los días. No hacíamos muchos planes para la vuelta, no nos importaba lo que habíamos dejado ni lo que habíamos vivido antes, mis referencias eran cada vez más borrosas; cada vez vivíamos más en el presente, todo lo demás era de un mundo cada vez más lejano, más irreal, que seguía vivo, pero que no era nuestro. Nos quedaba la inmediatez de nuestras necesidades vitales, nadie pensaba concretamente en cómo íbamos a salir, cómo llegaría el final de lo que estábamos pasando, para bien o para mal; no lo sabíamos, no lo podíamos saber.

Una vez pasados los peores momentos de calor, íbamos a la parte trasera del avión, donde recibíamos el sol de la tarde. En esos momentos ya la nieve estaba muy blanda y no nos podíamos aventurar muy lejos. Yo recogía un palo o una estaca y de nuevo me dedicaba a pinchar la nieve en busca de los restos que anteriormente fuimos descartando. Lo que encontrábamos no tenía dueño ni límite, y nos podíamos alimentar sin restricciones.

En ocasiones, subía al fuselaje y pasaba largas horas sin hacer mucho, simplemente comiendo un huesito, extrayendo los últimos restos de carne de un trozo de piel o chupando pedazos de grasa reseca por el sol. A esos los llamábamos grasores, y eran sumamente apetecidos aunque los que eran amarillos de pura grasa a mí me provocaban alguna repulsión. Pero lo más codiciado eran las manos y los pies. Siempre tenía una en

el bolsillo, y cada tanto la sacaba para chupar sus huesitos y guardarla para después, hasta que se desintegraba en miles de huesitos y la perdíamos en la nieve.

Cuando llegaba la tarde y las sombras de la montaña caían sobre nosotros, entrábamos al avión y nos preparábamos para pasar una noche más. Acomodábamos los almohadones y nos íbamos ubicando, uno por uno. Cuando Nando, Roberto y Tintín no estaban, había más lugar en el avión y no estábamos tan incómodos. Pero ya no teníamos hamacas colgando, era todo un gran espacio donde nos acostábamos con nuestras piernas entrecruzadas de a pares.

Cuando estábamos ubicados y empezaba a anochecer, comenzábamos las oraciones. Alguno empezaba con un rosario; a veces, nadie empezaba y debíamos buscar algún voluntario. Yo no tenía fuerzas para empezar, pero seguía con atención las oraciones. No recuerdo si alguna vez dirigí alguna ya que me dormía muy rápidamente. Poco a poco nos íbamos durmiendo, el rosario era nuestro mantra. En nuestras oraciones no pedíamos cosas extrañas, ya no pedíamos un milagro y aparecer de golpe en nuestra casa, ni que todo lo que habíamos vivido hubiera sido una simple pero horrorosa pesadilla. En silencio, yo daba gracias a Dios por haberme permitido estar vivo hasta ese día y le pedía fuerzas para amanecer vivo al día siguiente. Con todo lo que habíamos pasado, pedía que no me abandonara en ese momento.

Entre los rezos, los que aún no se habían dormido comentaban lo sucedido durante el día, pensábamos en nuestros amigos que estarían caminando, en cómo sería el rescate, en cómo sería nuestra vuelta a casa, repasábamos nuestra futura vida gourmet, los platos que nos obsequiaríamos, dónde los comeríamos. Y fumábamos, lentamente, mirando el humo que nos conectaba y nos dormía. El humo que uno emitía, que se mezclaba con el de los otros, y ya era de todos. A nadie le molestaba que otro fumara, a nadie le molestaba el humo ajeno, hoy yo no lo hubiera soportado.

Una vez alguien me preguntó si pensaba que íbamos a salir. “Qué sé yo, por ahora estamos vivos”, eso fue todo lo que contesté y creo que cualquiera lo hubiera dicho. Aunque aceptábamos que la muerte era una posibilidad muy cierta, nunca pensé que no íbamos a sobrevivir, nunca pensé que no saldríamos, solo me conectaba con mis pulsaciones más básicas y seguía alimentándome y haciendo mis pequeños ejercicios, muy en contacto conmigo mismo, sintiéndome el pulso, mirándome respirar. Tanto es así que tampoco me preocupé sobre qué pasaría conmigo si moría. Nunca pensé que mis amigos se alimentarían de mis despojos. Era casi una obviedad, como no pensé que iba a morir, tampoco pensé qué harían ellos conmigo.

A medida que avanzaba el verano nos empezamos a quedar sin nieve y los cuerpos que manteníamos como reservas estaban quedando rápidamente a la intemperie y permanentemente teníamos que cubrirlos con nieve para que no se descompusieran. Al principio era al revés, había que buscarlos ya que habían quedado sepultados por el alud; ahora aparecían con el deshielo y corríamos el riesgo de que se descompusieran y nos quedáramos sin alimentos. Por la mañana y la tarde, había que taparlos con nieve para que se mantuvieran en un estado que nos sirvieran como reservas. Varias veces me encontré cavando para encontrar un cuerpo, haciendo turnos con algún otro. No se cómo se armaban los equipos, simplemente asumía que ese era mi rol y que me correspondía hacerlo. Pero tampoco nos matábamos en el esfuerzo. Había poco aire y estábamos débiles, con lo cual nos turnábamos y siempre había uno o dos mirando a otro cavar.

Por otra parte, ahora teníamos que subir para entrar al avión. La nieve debajo del avión se había congelado y transformado en un pedestal de hielo, con lo cual, el avión había quedado más alto que el nivel de la nieve y de hecho el avión tenía un pequeño bamboleo. Cada día se movía más. Si no salíamos pronto de ahí, el avión se caería de su base y rodaría barranca abajo por el glaciar.

Como medida complementaria a la expedición de Nando y Roberto, habíamos marcado en el suelo blanco una gran cruz que pudiera ser vista desde la altura por quienes nos buscaran. Primero la hicimos con valijas y ropa, pero no era suficiente. Luego empezamos a caminar, arrastrando los pies, para que se hicieran surcos que proyectara una sombra y que esto fuera visible desde la distancia. No era una mala idea, pero requería un enorme esfuerzo de mantenimiento, ya que una pequeña nevada o la ventisca de la tarde eran suficientes para volver a tapar los surcos realizados y nuestra señal se desvanecía. Además, cuando estaba nublado, apenas se proyectaban las sombras sobre la cruz. Cada tanto, en un arranque de decisión, conseguíamos que un pequeño grupo de voluntarios caminara un rato sobre los ejes de la cruz para mantenerla en condiciones de reflejar la sombra del trazo. Las veces que yo lo hacía terminaba agotado, sentado sobre alguna de las maletas que marcaban el fin de los ejes, mirando la montaña infinita, preguntándome si eso había servido para algo.

Nuestro deterioro avanzaba. Cada vez estábamos más tranquilos, más mustios, cada vez con menos fuerzas, aunque siempre esperando salir de allí. Yo estaba relativamente mejor. No me deterioraba tan rápido como algunos de mis compañeros y seguía trabajando y cada vez participaba más de lo que pasaba. Ilusamente sentía que podíamos ganar esa carrera.

La muerte de Numa había sido un golpe porque al principio era de los que estaba mejor, pero había varios que seguían sus pasos. De hecho, una vez Coche abrió con una hoja de afeitar un bulto que le había salido en una pierna y apareció el mismo líquido amarillo que encontrábamos en el cuerpo de los que habían muerto últimamente. No tenía un buen pronóstico. Ya casi no salía del avión y estaba perdiendo su sentido del humor. Roy le seguía aceleradamente, cada vez estaba más flaco y ojeroso. Su mirada se tornaba gris y sus ojos perdían vida. Ya casi no tenía músculos en sus piernas. Esos dos claramente estaban en la lista, pero no sé quiénes hubieran seguido.

Hacía diez días que Nando, Roberto y Tintín se habían marchado. Recuerdo que los vimos subir durante tres días la espantosa montaña que se alzaba a nuestras espaldas hasta que Tintín volvió con la noticia de que Nando y Roberto habían decidido continuar caminando hacia el oeste. Caminaban hacia Chile, sin muchas esperanzas, ya que del otro lado habían encontrado una interminable cordillera con más y más montañas, de la cual no podían ver el final. Hasta el día de hoy me impresiona que Tintín haya encontrado el camino de vuelta al avión en la inmensidad de la montaña. Tintín no contaba mucho, le preguntábamos qué se veía y si había llegado del otro lado. ¿Había visto la línea sobre la montaña que teníamos al frente? Él mismo no estaba seguro si había visto el final.

Me he preguntado si en realidad la decisión de Nando y Roberto, allí arriba a cinco mil metros de altura, habrá sido una decisión difícil. ¿Tenían otras alternativas? Probablemente no; estaban jugados. Habían escalado la montaña durante tres días;

volver era empezar de nuevo. Ya habían hecho lo increíble, lo lógico era seguir caminando.

Los que estábamos en el avión teníamos sentimientos encontrados y esperábamos el rescate sin saber cuándo sería. Por un lado, esperábamos que nuestros amigos llegaran a algún lado y enviaran cuadrillas de auxilio. ¿Vendrían andinistas con trineos tirados por perros? ¿Vendrían helicópteros? ¿Cómo sería el rescate? ¿Habría realmente uno? Sí, de eso yo estaba seguro, no sabía muy bien cómo, pero confiaba en que nos iban a rescatar. Ni se me ocurría que un día ante un imprevisto, ante la posibilidad de que se nos acabaran los cuerpos para alimentarnos, debiéramos salir todos de allí, caminando en busca de una sobrevivencia efímera. O que peleáramos entre nosotros, que nos matáramos para poder alimentarnos. Que nos asesináramos para tener qué comer.

Eso nunca lo pensamos, solo mucho tiempo después alguien me preguntó si ante la escasez de comida nos hubiéramos matado entre nosotros. Claramente no lo analizamos como una posibilidad y creo que no lo hubiéramos hecho. Quizás hubiéramos salido todos caminando hacia una muerte segura, quizás abandonáramos a los heridos y los débiles en el avión, pero no lo sé, en ese momento también los más fuertes estarían muy débiles.

Pero lo bueno es que eso no pasó. No sé qué hubiéramos hecho, no hubo necesidad. No teníamos un plan alternativo que no fuera enviar una expedición adicional, pero de eso recién se estaba empezando a hablar sin mucha convicción. Además, no estábamos en condiciones.

Sí sabíamos cuántos cuerpos nos quedaban, cuáles eran los que tocaríamos a lo último, recuerdo a Daniel hablando con gran autoridad, a Eduardo y Fito, asintiendo con seriedad, pero a mí no me importaba en absoluto quién sería el próximo. Allí estaban sin tocar la hermana y la madre de Nando, la mujer de Javier y alguno más. Estaba claro que los muertos no eran intocables, a nadie se le ocurría que nos fuéramos a morir antes de tocar los últimos cuerpos. Teníamos tres o cuatro cuerpos intactos que nos deberían durar para quince días más. Suponíamos que íbamos a salir antes de que ello sucediera, no se nos ocurría pensar en otra cosa. Si se nos acababan los alimentos, ya hubiera sido muy tarde para generar una alternativa.

Pero los días pasaban y no teníamos noticias de Nando y Roberto. Lo más probable es que hubieran caído en una grieta, o se hubieran desbarrancado y finalmente muerto en la montaña. ¿Qué íbamos a hacer?

En nuestras mentes y en nuestras conversaciones empezamos a plantear alternativas. Yo estaba seguro de que había que salir hacia el este, hacia donde bajaba el agua, hacia donde originalmente Nando y Roberto habían ido hacía más de cuarenta y cinco días pero habían decidido volver luego de encontrar la cola del avión. Aquella vez, una gran tormenta, sumada a la indecisión y el temor, los había hecho volver. A mí me daba la impresión de que el valle que se abría hacia el este nunca doblaría hacia el oeste, hacia donde estaba Chile. Por otra parte sabíamos que del lado argentino estaba el desierto y que habría poca gente sobre la precordillera. Nos imaginábamos que salíamos de la montaña, débiles y famélicos y que no encontrábamos a nadie.

¿Quién saldría a caminar por la montaña esta vez? Cada vez teníamos menos ganas. Yo estaba cansado y débil, pero si me tocaba, quizás debía hacerlo. En realidad, siempre he dicho que lo iba a hacer, pero hoy ya no estoy tan seguro, la debilidad y el temor seguramente nos hubieran aprisionado dentro del avión y no hubiéramos salido. No lo evaluaba realmente, tampoco consideraba los enormes riesgos que ello implicaba ni me atrevía a pensar en todo lo que significaba. La verdad, era solo una posibilidad y no teníamos nada concreto. No habíamos elegido a nadie para preparar como caminante, no estábamos acumulando alimentos ni ropa especial como sí lo habíamos hecho para los que estaban caminando. A los diez días de la salida de Roberto y Nando, nada pasaba en el grupo, estábamos expectantes, sin noticias.

En algunas ocasiones me han preguntado si sentía que habíamos dejado de ser humanos, si nos habíamos transformado en animales. No podemos dejar de ser humanos, nuestra esencia siempre está. Los animales, ante una presa, ante el cuerpo de un animal muerto del que se van alimentar, pelean entre sí y tratan de alimentarse cada uno lo más que puede. Nosotros nunca hicimos eso, aun viviendo en el límite y debiendo hacer cosas impensables, siempre nos comportamos como humanos, nunca nos peleamos entre nosotros por un pedazo de carne, nunca comimos tanto como para no volver a comer, nunca atacamos a uno de nuestros compañeros para después comerlo. Aun cuando alimentarse uno mismo era el instinto más básico, nunca competimos hasta matarnos. Todo lo contrario, siempre hubo dignidad, siempre respetamos al otro, en el límite colaboramos, y aunque la solidaridad salía del propio sentimiento de querer seguir viviendo en forma individual, al final eso nos hizo perseverar y comportarnos como un equipo. El instinto de supervivencia es individual, pero nos dábamos cuenta de que para que cada uno se pudiera salvar, tenía que trabajar con los otros.

El 22 de diciembre amaneció temprano en la cordillera de los Andes. Un día limpio y fresco, que iría calentándose con el paso de las horas. El sol del verano brillaba sobre la nieve que todavía cubría las montañas. Notábamos que la nieve se retiraba, el color blanco de las cumbres nevadas dejaba lugar a los colores oscuros y rojizos de las rocas y las piedras de la cordillera. La nieve en retirada también dejaba ver los rastros aluvionales y formaba los típicos penitentes de hielos sobre las laderas. Cada vez había menos nieve en el entorno, pero no donde estábamos nosotros desde hacía setenta días, nuestro piso seguía siendo de nieve y hielo.

Como todos los otros días, los que nos levantábamos más temprano salíamos del avión a escuchar la radio. Por la mañana las ondas se sintonizaban mejor y recibíamos con nitidez las emisoras de radio uruguayas. En esos últimos días, ya casi ni se hablaba de nosotros. Esporádicamente podíamos escuchar alguna noticia sobre la búsqueda, pero ya estaba claro que no había ninguna esperanza de que estuviéramos vivos. Un día escuchamos la noticia de que habían visto una cruz hecha sobre la nieve. ¿Sería el rastro de nuestros caminantes? Más adelante supimos que era una nueva confusión. Nadie nos había visto todavía. Pero todos los días encendíamos la radio para saber si Nando y Roberto habían llegado a alguna parte, si los habían encontrado, si habían visto alguna de nuestras señales, si ese día nos vendrían a buscar. La radio tenía cada vez menos baterías y se nos hacía más difícil sintonizar las emisoras uruguayas. Habíamos concentrado el período de escucha bien temprano, cuando todavía podíamos distinguir las voces de la mañana.

Finalmente, ese 22 de diciembre escuchamos en la radio que dos personas habían sido vistas caminando por la cordillera y que podían ser sobrevivientes del avión uruguayo pedido en la montaña. Lo que escuchamos no era muy claro, pero hablaban de dos personas que habían aparecido en el cajón del río Azufre diciendo que eran dos sobrevivientes del avión uruguayo y que un grupo de sus compañeros resistía increíblemente con vida después de setenta días en las heladas cumbres de los Andes. Lo dieron como una versión, como una posibilidad; pero al rato confirmaron sus nombres, eran Nando y Roberto que habían llegado y decían que catorce sobrevivientes esperaban ser rescatados del corazón de los Andes. Hasta hoy me emociono al recordar la increíble epopeya de Nando y Roberto que caminaron diez días por la montaña, en las condiciones más increíbles mientras allí arriba los estábamos esperando. Es de hecho lo único de mi recuerdo que todavía me eriza la piel y me hace brotar lágrimas de mis ojos. En este momento que escribo se me hace difícil la escritura porque me emociona pensar la increíble gesta de mis amigos. Cómo después de casi haberlos dado por muertos, aparecieron cuando más los estábamos necesitando.

Estábamos Daniel y yo escuchando la radio esa mañana, probablemente estuviera también Carlitos y quizás alguno más. En realidad varios afirman que estaban ahí y, si fuera todo cierto, habríamos sido una multitud escuchando la radio. Apenas podíamos escuchar, en algunos momentos las interferencias hacían imposible que mantuviéramos la señal. Movimos el dial de la radio, y nos dimos cuenta de que éramos la noticia del día. De repente, todas las radios hablaban de nosotros, la noticia estaba en todas las emisoras, había sobrevivientes del avión uruguayo caído setenta días atrás y había que irlos a buscar. Cambiábamos de emisora y lo mismo, desde la BBC de Londres, la Voz de las Américas, la Radio de las Antillas Holandesas, la RAI, todas hablaban de nosotros. Escuchamos sus nombres, hablaban de Nando y Roberto, y que estaban bien, enteros, habían llegado a Chile, no había lugar a duda y ahora vendrían por nosotros.

Sentí una enorme alegría. Sentí que estábamos llegando al fin de nuestro viaje. Sentí que estábamos logrando el objetivo por el cual tanto habíamos sufrido y por el cual tanto habíamos trabajado. Estaba por asegurarme de que sobreviviría a los Andes y que finalmente iba a salir de la montaña. Pero no fue una sorpresa, era la noticia que estaba esperando y por la que tanto habíamos trabajado. Así que no hubo una explosión incontenible de emociones, gritos, alegría y llantos; siempre confiamos que al final íbamos a salir, no sabía cómo, pero esa era la noticia que daba significado a los setenta días de sufrimiento, de angustia, de espera; sin esa noticia, nada de lo que habíamos hecho hubiera tenido sentido. Ahora, había que estar listo para el rescate, que estaba por llegar.

Las interferencias radiales hicieron que perdiéramos la señal y al poco rato no pudimos escuchar más. Cada tanto, se aclaraba la señal y escuchábamos algo más, pero claramente éramos la noticia del día. Escuchamos que nos estaban viniendo a buscar en helicópteros de rescate. Nos mirábamos entre nosotros, con satisfacción, esta vez era cierto, no había lugar para las falsas alarmas, habían mencionado los nombres de Nando y Roberto, tenían que ser ellos, ya nos vendrían a buscar.

Así que nos preparamos para el rescate. Lo primero que hicimos fue emprolijar la gran cruz que con valijas y otros elementos habíamos dibujado en el suelo blanco del glaciar, esperando que de esa manera los helicópteros nos vieran desde la altura. La habíamos

hecho hacía varios días, la nieve y el viento la habían vuelto a cubrir y había que trabajar bastante para que se volviera a ver con nitidez.

Después de setenta días perdidos en la montaña, nuestro aspecto físico era espantoso. Pero de eso no nos dábamos cuenta en aquel momento. Sí presentimos que debíamos esforzarnos un poco para estar un poco más presentables. Así que me peiné, me lavé la cara, me cepillé los dientes y me cambié de ropa. Yo llevaba puestos tres suéters de lana, tres pantalones, varios pares de medias y dos o tres chaquetas, entre camperas y sacos sport. Llevaba todavía un suéter rojo con cuello de tortuga con el que me había caído en los Andes, pero por encima usaba varias chaquetas. Recuerdo que usaba la campera de jean blanca que había pertenecido a Arturo y un saco azul cruzado con botones dorados que me gustaba mucho. Lo que hice fue quitarme la campera blanca y quedarme con el saco azul con los botones abrochados, y me sentí elegante, como quien iba a rendir un examen. Los labios partidos me dolían mucho, y tenía una barba incipiente de la cual estaba muy orgulloso. Me la acomodé con las manos, tan mal aspecto no debería tener.

Ese último día, ante la inminencia del rescate, volvimos a comer como todos los días. Con el paso de las horas, empezamos a tener hambre, así que sin cuestionarnos demasiado, cumplimos con el rito diario. Empezamos a cortar un cuerpo, lo repartimos entre todos en porciones, y comimos. No sentíamos que hacíamos algo raro, era lo que habíamos hecho durante varios días, era lo que nos había permitido sobrevivir hasta ese entonces. Por qué lo íbamos a dejar de hacer en el final. Cada uno con lo suyo, yo saqué la mano que tenía en el bolsillo, y lentamente, como cualquier otro día empecé a chupar los huesitos y extraer todo el alimento que podía.

Después repartimos los últimos cigarrillos, y nos sentamos a esperar que nos vinieran a buscar. Volvimos a hablar de lo que haríamos cuando saliéramos de la montaña. Repasamos las consignas que tanto habíamos hablado; llamaríamos a nuestras familias por teléfono, les avisaríamos que estábamos bien pero que lamentablemente algunos de nuestros amigos habían muerto y se quedaban en los Andes. Sin embargo, pasaban las horas y no teníamos noticias, no pasaba nada, ya habíamos perdido contacto y no escuchábamos nada en nuestra radio.

Cerca del mediodía se nubló y comenzó a hacer frío, era un mal presagio, quizás tendríamos que esperar una noche más. ¿Sería la última esta vez? Seguimos repasando nuestro plan, llegaríamos de alguna manera a Santiago, teníamos poco dinero, alguien nos lo prestaría o iríamos a la embajada del Uruguay para que nos enviaran a casa. No iríamos en avión, no lo hablábamos pero descartábamos volver a volar en avión. Imaginaba el mapa, saldríamos en algún lugar del centro de Chile, iríamos en autobús hasta Santiago, allí llamaría por teléfono a nuestros familiares y después tomaría el tren hasta Buenos Aires para llegar finalmente por barco a Montevideo. Me olvidé de mis amigos chilenos, me olvidé de que yo había vivido en Chile tres años y que tenía innumerables contactos que me podrían ayudar, me había mimetizado totalmente con mis compañeros de infortunio, era igual que ellos, tan uruguayo como ellos. Me olvidé también de mi novia chilena a quien iba a visitar originalmente, en esa planificación de lo que haríamos ni se me ocurrió pensar que ella iba a estar en Chile, qué le diría, qué me diría ella, cómo había sido su vida en los últimos setenta días, eso era muy complejo y al final la había olvidado totalmente. No podía ilusionarme con un encuentro que

quizás no fuera agradable. Lo importante es que íbamos a salir, a quién encontraríamos allí y qué haríamos después ni me preocupaba.

Pero también nos comprometimos a que el grupo iba a continuar unido como hasta ese entonces. Seguiríamos en contacto y con un conocimiento casi virtual de cada uno. Sin hablar o proponérnoslo sabíamos en qué estábamos; después de convivir setenta días, ya nos conocíamos. Planificamos iniciar emprendimientos comerciales juntos, pero, sobre todo, que nos visitaríamos y comeríamos los deliciosos manjares que nos habíamos prometido. No abandonaríamos la práctica de comer carne cruda, aunque no más de humanos que, por una cuestión práctica, sería complicado. No porque estuviera mal, eso ni se nos ocurría. No nos podíamos imaginar la vida sin ser parte de ese grupo que se había creado en la montaña.

Las horas seguían pasando y no llegaba nadie, el día se había nublado y el sol se iría rápidamente por detrás de las montañas a nuestras espaldas. Debido al mal tiempo, habíamos vuelto al avión, un poco tristes, buscando señales positivas entre nosotros, pero sin pensar demasiado ya que nada podíamos hacer para acelerar el rescate. Estaba claro que Nando y Roberto habían sido rescatados y era cuestión de tiempo para que nos vinieran a buscar.

Cerca ya de las tres de la tarde, oímos un ruido extraño. Nunca habíamos escuchado algo así. Era el ruido de motores, era el ruido de helicópteros. Salimos del avión para esperar a los rescatistas, esta vez era distinto, de verdad nos venían a buscar. El ruido se hizo muy intenso pero en minutos desapareció. Volvió el silencio, volvió la intriga... ¿Saldríamos ese día? Al rato, el ruido de motores se escuchó nuevamente, esta vez más fuerte; venía del bajo, desde el valle. En la distancia y entre las nubes que cubrían el valle, avistamos tres puntos negros que se acercaban a nosotros, y luego, se hicieron más grandes. Desaparecieron por un rato y luego, desde abajo del glaciar, los vimos aparecer.

Los helicópteros dieron varias vueltas sobre nosotros como tratando de relevar la zona y finalmente dejaron caer unos paquetes. Nosotros saludábamos alborozados la llegada de los rescatistas. Luego, uno de los helicópteros posó una de sus patas sobre la pendiente inclinada del glaciar y saltaron dos rescatistas del grupo de Socorro Andino de Chile. El otro helicóptero posó también una de sus patas y otros tantos rescatistas saltaron. Vinieron hacia nosotros, los helicópteros hacían mucho ruido y se había generado un gran viento arremolinado. Nuestros cuerpos frágiles y débiles apenas podían mantenerse de pie ante tanta acción, helicópteros, ruido, viento, gente que bajaba; no entendíamos mucho lo que sucedía ni sabíamos qué hacer. Mis amigos más débiles no podían mantenerse de pie, no podían acercarse a los helicópteros y fueron derribados por el viento. Todavía tengo presentes las aspas del helicóptero girando peligrosamente cerca del piso. La pendiente inclinada podía hacer que ante el mínimo movimiento inesperado una de las aspas tocara el suelo y se produjera una terrible tragedia.

Finalmente, uno de los rescatistas llegó hasta nosotros. No recuerdo su cara, tampoco lo que dijo, pero yo salí corriendo hacia el helicóptero con el riesgo de que una de las aspas me pegara. En forma instintiva y sin pensarlo, mientras corría vacié el contenido de mis bolsillos y arrojé a la nieve los restos de las manos que guardaba. Había que subir al helicóptero, a presentarse de nuevo en sociedad. En la corrida me caí un par de veces. Los rescatistas nos daban instrucciones, pero yo no entendía nada, yo solo corría

hacia el helicóptero. Cuando estuve cerca, vi que dentro de él una persona me hacía señas de que me acercara. Junto a mí corría otro de mis amigos y cuando llegamos al helicóptero desde adentro me tendieron una mano y sentí que me levantaban en el aire; yo ya pesaba muy poco y caí de bruces dentro del helicóptero. Daniel y Carlitos ya estaban allí. También llegó Eduardo. "¡Vamos, vamos!", escuché que decía el piloto. Y la máquina empezó a ascender entre sacudidas.

Todavía no me sentía a salvo, no estaba preparado para un viaje de este tipo. El helicóptero enfiló directamente hacia la montaña a nuestras espaldas y varias veces intentó subir pero no podía, había corrientes de aire que lo movían para todos lados y se sacudía mucho. De pronto se acercó peligrosamente a las rocas negras. Nadie decía nada, los pilotos tampoco, la situación era muy tensa, no estábamos pudiendo pasar por encima de la montaña. Hicimos varios intentos de pasar por la montaña que daba hacia el oeste, hacia Chile, pero las corrientes descendentes de aire nos tiraban hacia abajo y no lográbamos pasar. Empecé a sentir miedo, estaba petrificado, sentí el mismo pánico que había sentido setenta días atrás el día que nos accidentamos. Pero de aquel solo tengo imágenes, no tengo los registros de ese miedo; sí me acuerdo hoy en día del pánico que sentí volando en ese helicóptero comandado por dos esforzados pilotos que se estaban jugando la vida para sacarnos de nuestro infierno.

Finalmente, decidieron ir por donde habían llegado. Siguieron hacia el este y lograron un paso a una altura menor. Igualmente había casi nula visibilidad. Escuchábamos al otro helicóptero pero no lo veíamos. También me daba miedo el ruido del otro helicóptero volando tan cerca de nosotros.

Cuando pasamos el cerro, el vuelo empezó a ser un poco más tranquilo y tuvimos el coraje de mirarnos y darnos ánimo. Parecía que esta vez sí íbamos a salir de la montaña. Mis amigos estaban también asustados, pero sonrientes, nos mirábamos entre nosotros con una gran complicidad, alegres de abandonar nuestro destino en manos de estos rescatistas que nos habían traído helicópteros para sacarnos, a quienes no podíamos mandar, ellos nos comandaban y nos dejamos llevar. Los pilotos transmitieron algo por la radio, dijeron que volvían con cuatro sobrevivientes más. Uno de nosotros dijo que Nando iba en el otro helicóptero junto con otros dos sobrevivientes. Allí iban Coche y Javier. No sé cómo llegaron, ya que apenas podían moverse. A Nando no lo había visto. Más tarde supe que los pilotos lo habían llevado para que los guiara haciendo la ruta inversa por donde él y Roberto habían caminado. Sin su colaboración, nunca nos habrían encontrado. Los pilotos no podían creer que Nando y Roberto hubieran cruzado los Andes caminando sin ninguna preparación ni equipo, después de haber estado tantos días sobreviviendo en las peores condiciones.

La resiliencia no es la capacidad de recuperación. Es la capacidad de pasarla mal, de soportar lo indescriptible y no romperse.

Volver a la civilización y hacer una vida civilizada es justamente producto de esa capacidad de ser igualmente normales en el dolor, en la angustia, en el hambre y en el frío.

Si nos hubiéramos quebrado, si nos hubiéramos matado entre nosotros, si alguno se hubiera ido en una caminata desesperada, claramente no seríamos resilientes, pero no por poder hacer o no una vida normal, sino porque nuestro quiebre simplemente lo hubiera impedido.

Haber sido siempre humanos, mantener esa esencia nos permitió volver a la civilización y reinsertarnos satisfactoriamente.

Por otra parte, no teníamos cuentas que cobrar. A diferencia de quienes vuelven de las guerras donde fueron maltratados y humillados, o de quienes vuelven de los campos de concentración o de cualquier situación donde hay un ser humano como agresor, nosotros solo teníamos enfrente a la naturaleza, hostil y agresiva, pero no a un ser humano.

Esa herida de resentimiento nunca la tuvimos. Allí siempre nos reconocimos en el otro, nos recordamos siempre que éramos humanos, y después, a donde fuimos, siempre nos han recibido con cariño, contención y afecto, sin perseguirnos, sin señalarnos con el dedo. Eso permitió que tanto mis hermanos de la montaña como yo nos hayamos insertado nuevamente en la sociedad y hayamos vivido una vida normal, sin fantasmas ni pesadillas.

4. Te habíamos dado por muerto

Los helicópteros nos llevaron al puesto de Sergio Catalán, el arriero chileno que había encontrado a Nando y Roberto desfallecientes en la confluencia de unos ríos que no podían cruzar. Habían quedado exhaustos sin poder avanzar, después de diez días caminando, sorteando glaciares, subiendo y bajando montañas, saltando grietas y cruzando ríos correntosos. Catalán, con la parsimonia de los hombres humildes de campo, se tomó su tiempo pero comprendió la urgencia y fue a buscar ayuda. Dicen que cabalgó un día entero llevando consigo la emotiva carta que le escribió Nando, indicando quién era y de dónde venía, así como de la urgencia de rescatar a los catorce que quedábamos en el avión.

Cuando los helicópteros aterrizaron en el puesto de Catalán en Los Maitenes, estábamos absolutamente felices. La llegada de los helicópteros fue muy bien registrada por la televisión chilena y hasta el día de hoy repaso con emoción las principales escenas del rescate. Se nos ve flacos, con el pelo largo, demacrados, con los dientes pronunciados y muy blancos, con lastimaduras y llagas en los labios, con heridas en nuestras piernas, pero felices, con la alegría de estar dejando atrás nuestra odisea. Nuestra felicidad contrasta con la ansiedad de los rescatistas y de quienes nos rodeaban, no sabían cómo tratarnos, no entendían cómo habíamos sobrevivido, no sabían de qué nos habíamos alimentado pero tampoco nos preguntaban nada.

El puesto de Catalán era verde, el pasto verde, el ambiente fresco y había mucha vida. Había gente, animales, comida, todos nos atendían con esmero y mucha generosidad. Disfrutábamos ser el centro de atención, todo giraba en torno a nosotros. El lugar era muy sencillo, era la base que tenía Catalán para llevar a sus animales a pasar el verano en la montaña, de “veraneada”.

Como se suponía que estaríamos extremadamente débiles por la falta de alimentos en general, nos daban de comer chocolates, pan, queso, porotos, toda comida hipercalórica. Mezcla de comida de campo que Catalán y su gente tenía en sus casillas de montaña y lo que traían los rescatistas. No sé si era lo realmente indicado, ya que nadie imaginó que habíamos ingerido solo proteínas, pero lo comimos con enormes ganas; era distinto, era sabroso, tenía un gusto diferente a lo que habíamos comido durante setenta días. Nos mirábamos y nos reíamos. Con alegría, con complicidad, sabiendo cuántos secretos dejábamos en los Andes.

La primera cara conocida que vimos fue la del padre de Carlitos, que ya estaba en Chile. También había otros padres, con cara más larga, más tristes, porque en ese momento se enteraban de lo peor, de que sus hijos no iban a volver, se habían quedado en la montaña. Yo no los conocía, ni tampoco me podía poner en su lugar. Ellos estaban confirmando que sus hijos no volvían al vernos a nosotros llegar. Nunca habíamos reparado en eso. Nuestra salida confirmaba lo mejor para algunos y lo peor para otros. Pero no lo podíamos manejar. No nos podíamos poner en su lugar. Nosotros seguíamos con vida, sus hijos ya habían muerto hacía días en los Andes y de alguna manera venían con nosotros. A mí no me preguntaron nada, pero a otros de mis amigos sí. "¿Cómo está fulano? ¿Cuándo viene?", querían saber. "Fulano no viene, se quedó en la montaña".

Más tarde, nos volvieron a subir a los helicópteros y nos llevaron al hospital de la ciudad de San Fernando, donde habían reservado un área para recibirnos. Todo era algo raro, la gente nos miraba con extrañeza, con asombro, nos tocaba, nos trataban como seres que volvíamos de la muerte. Tengo vagos recuerdos; nos llevaron cada uno a una habitación del hospital, después nos revisaron varios médicos, nos miraban con preocupación, querían saber nuestro secreto, pero no decían mucho, no nos hacían preguntas difíciles, aunque nosotros hubiéramos contado todo. Las enfermeras nos atendían con mucho cuidado, mujeres duchas en primeros auxilios, pero tampoco nos decían nada, ni que estábamos graves ni que estábamos salvados. Por primera vez desde el accidente, me desnudé totalmente y pude ver mi cuerpo escuálido y lastimado por los setenta días de montaña. Tenía un color pálido, casi sin vida, medio amarillo donde no estaba expuesto al sol y oscuro quemado donde el sol me había castigado duramente durante setenta días. No me sentía ningún olor, habíamos perdido la capacidad de sentir algún aroma, pero me imagino que estaríamos con el olor fétido de la sangre seca pegada al cuerpo. Me bañé con tranquilidad y luego controlado por los médicos y atentas enfermeras pasé mi primera noche en una cama. Esa noche deambulamos por el hospital pese a que las enfermeras nos querían mantener encerrados. Dormí un rato pero visité y recibí visitas de mis hermanos de la montaña. Estábamos divertidos y entusiasmados con lo nuevo que nos estaba tocando vivir, por ser sorpresivamente el centro de tanta atención y cuidados. Aunque muy débiles y con dificultades para entender qué pasaba a nuestro alrededor.

Mientras me bañaba, dejé sobre una mesa la ropa con la que había vivido setenta días. Después me trajeron ropa limpia, con olor a vida, pero mis queridos andrajos viejos, con olor y restos de sangre y muerte, con no sé qué recuerdos en los bolsillos, desaparecieron. Alguien los habrá juntado con otros desechos y diligentemente quemado, o bien se los habrá llevado como recuerdos. Algunos de mis hermanos todavía tienen lo que llevaban puesto cuando salieron de los Andes y lo guardan como preciado recuerdo. Yo no tengo nada.

Cuando desperté, volví nuevamente a bañarme, y por alguna razón que aún desconozco me afeité mi incipiente barba de setenta y un días, que tanto había cultivado y que tanto me gustaba sentir crecer acompañándola con mis manos. ¡Cuánto lamento haberme afeitado ya que no tengo buenas fotografías de esa barba que creció conmigo durante setenta días! Me dejé el bigote porque mis labios heridos no me dejaban afeitar sin dolor. También me lavé el pelo y surgió una abundante cabellera que estaba aplastada en la montaña. También me corté las largas uñas que habían seguido creciendo durante setenta días.

Al poco rato llegó mi padre. Aún hoy lo recuerdo llegar con ansiedad. Quería saber cómo estaba, quería saber en qué estado recuperaba a su hijo.

En aquellos momentos, mi padre tenía cerca de cincuenta años, aún menos de los que hoy tengo yo. Él vivía con mi madre y mis cinco hermanos en Buenos Aires y el fin de semana en el que nos accidentamos en los Andes, mis padres habían decidido ir a Punta del Este en Uruguay a pasar el fin de semana largo del 12 de octubre. El 13 de octubre, estaban regresando en auto a Buenos Aires, cuando escucharon por radio la noticia de que un avión militar había sido dado por perdido en los Andes. Estaban consternados, pero no creyeron que fuera el nuestro, nosotros debíamos haber llegado a Chile el día 12, y si era nuestro avión estaría volviendo ya sin sus pasajeros; yo no debería estar allí. Pero después las noticias empezaron a ser más inquietantes, hasta que finalmente se confirmó lo peor, efectivamente era nuestro avión con nosotros como pasajeros el que estaba perdido en el medio de los Andes y había pocas esperanzas de que estuviéramos vivos.

Mis padres volvieron a Buenos Aires para compartir con mis hermanos la mala noticia y luego tomaron el primer avión hacia Santiago. Como muchos otros familiares de los pasajeros desaparecidos, fueron a la embajada uruguaya, hablaron con la Fuerza Aérea de Chile, incluso estuvieron cerca de la zona donde pensaron que habíamos caído. Todos querían ayudar y confortar a aquellos padres que habían perdido a sus hijos.

Unos días después del accidente, ofrecieron una misa por mí en el colegio donde había terminado mis estudios secundarios, el San Ignacio de Pocuro. Supongo que el padre Del Piano dirigió la misa a la que asistieron gran cantidad de amigos, mis padres, mis hermanos y mi novia chilena. Me habían dado por muerto, me había perdido en la cordillera de los Andes, solo mi madre mantenía la convicción de que yo estaba vivo.

La vuelta de mi familia a Buenos Aires fue difícil. Mi padre, con enorme coraje, insistió en que la vida tenía que continuar. Pero mi madre no abandonaba su habitación donde lloraba y rezaba por horas. Tenía preparadas dos maletas, una para salir hacia Chile en cualquier momento, y otra con mi ropa, pensando que la iba a necesitar cuando regresara de la montaña. Años más tarde, en una ocasión dije delante de ella “que todos nos habían dado por muertos”. Ella me corrigió con firmeza: “Yo siempre supe que estabas vivo”. De todas maneras, mis hermanos afrontaron la realidad, su hermano mayor no iba a regresar. Mi hermano Javier se mudó a mi habitación, la vida tenía que continuar y él ahora era el mayor. Mi familia en Buenos Aires recibía con pesar extrañas visitas. Era difícil dar un pésame a quienes no daban por seguro que yo ya estaba muerto. Estaba desaparecido en los Andes.

El 22 de diciembre empezaron a aparecer algunas noticias extrañas, dos personas habían sido vistas caminando por la cordillera y decían que venían de un avión accidentado. Un amigo de mi padre lo llamó por teléfono y le avisó. Sin pensarlo demasiado ni esperar confirmación ni que dieran nombres, mi padre tomó el primer avión que partía para Chile mientras mi madre se quedó en Buenos Aires. Todavía no se sabía quiénes eran estos posibles sobrevivientes ni qué habría sucedido con el resto. Menos sabían si yo estaría entre los sobrevivientes y en qué condiciones me encontraría.

Cuando mi padre llegó a Chile, lo corroboró; los caminantes eran Canessa y Parrado y catorce muchachos más estaban vivos en las montañas. Pero la lista de los sobrevivientes no había sido comunicada todavía y mi padre no sabía si yo estaba vivo o no. Apenas bajó del avión que lo llevó a Santiago tomó un taxi hacia la embajada del Uruguay y le pidió al taxista que encendiera la radio para escuchar las últimas noticias. En ese mismo momento empezaron a emitir la lista de los sobrevivientes, uno por uno, y yo estaba en ella, sí, yo estaba en ella. Mi padre abrazó al taxista llorando y este cambió el recorrido y lo llevó directo al Hospital de San Fernando, más de 140 kilómetros hacia el sur. El taxista emocionado no le quiso cobrar el viaje. Cuando llegó al hospital, ya era muy tarde para que lo dejaran entrar a verme, pero se encontró con algunos de mis amigos chilenos que se le habían adelantado y le ofrecieron hospedaje en su casa. A la mañana siguiente lo dejaron entrar a mi habitación y me encontró hecho un fantasma. No era la misma persona que había dejado vivo setenta días antes, pero era yo, y estaba vivo. Sin saber qué decir, totalmente conmovido me abrazó y en un mar de lágrimas solo atinó a decir: “Perdoname, Pedro, te habíamos dado por muerto”.

Varios años más tarde, yendo a ver un partido de fútbol de Nacional en el Parque Central, se tropezó y se golpeó muy mal la cabeza. Estuvo un mes entero en terapia intensiva y en muchas ocasiones pensamos que se nos estaba yendo. Lloré mucho porque él estaba sufriendo, pero también lloré porque cuando se fuera, no iba a poder seguir recibiendo su amor.

Esa frase “Perdoname, Pedro, te habíamos dado por muerto” encierra un enorme significado, que en aquel momento no entendí. Porque yo no había muerto, estaba vivo, nunca había muerto, ni siquiera un poquito, eso no lo podíamos hacer. Pero para él sí, yo había muerto y setenta días después regresaba de la muerte. Para él y la mayoría de la gente, habíamos desaparecido y muerto en los Andes, y la vida tenía que seguir. Habían hecho el duelo y retomado la rutina, ocupándose de que mis cinco hermanos se adaptaran a la nueva situación.

Solamente mucho tiempo después comprendí lo que esa frase representaba para mi padre. Y su gran sentimiento de culpa, me había dado por muerto, no había tenido la suficiente fe en mí como para pensar que todavía estábamos vivos. Había cerrado un capítulo y comenzado nuevamente su vida, abandonándome en la montaña. Mi madre no lo hizo, muchos otros padres y madres no lo hicieron, siguieron pensando que sus hijos estaban vivos, aun cuando muchos de ellos estaban equivocados; sus hijos ya estaban muertos cuando ellos pensaban que estaban vivos, y muchos los dieron por muertos cuando aún estaban vivos. Cuánta gente sintió lo mismo. En realidad, no tengo nada que perdonar, es lo lógico, yo también me hubiera dado por muerto; es imposible sobrevivir lo que nosotros pasamos, aunque lo hicimos, y setenta días después, flacos, rudos y groseros, volvimos de la muerte.

Ahí llegaba yo de nuevo, con una experiencia inescrutable, con la montaña al hombro, pero vivo, dispuesto a seguir viviendo y a reclamar mi lugar. Tampoco yo era consciente de lo que ellos habían pasado, en ese momento no me podía poner en su lugar.

Pero sí estaba cansado y molesto con el protocolo, con el cuidado de los médicos, con las preguntas no hechas por la gente que nos miraba como si efectivamente fuéramos unos fantasmas volviendo de la muerte, queriendo conocer todos los secretos de nuestra sobrevivencia. Yo estaba en otra, quería descansar, estaba preocupado por mí, quería saber cómo me veía, ya quería recuperar mis kilos, pero por sobre todo quería estar con mis hermanos de la montaña, quería sentir su cariño y amistad que se había forjado en nuestra penuria, quería compartir con ellos lo que me pasaba.

Mi padre me preguntó cómo nos habíamos alimentado, qué habíamos comido. Lo miré con una sonrisa, creo que no dije mucho más. No sé si me entendió enseguida. Pero recuerdo que se puso pálido y me abrazó. No preguntó más, nunca más habló del tema.

Pero allí estábamos en San Fernando, el amanecer del primer día fuera de la montaña fue distinto, estrenamos sábanas limpias y frescas por primera vez en muchísimos días, el sol claro de la mañana entraba por mi ventana. Mis amigos chilenos me vinieron a visitar. Fueron los primeros en llegar. Sé que estaban Ana Luisa, Cristián, Enrique y varios más. Yo había terminado el colegio secundario y comenzado la universidad en Chile, por lo que tenía varios amigos. Pero no me acuerdo mucho; si bien quería estar con mis amigos chilenos, mi objetivo principal era estar con mis hermanos de montaña, con mis hermanos sobrevivientes.

Había mucha gente, y muchos periodistas, que nos entrevistaban y nos sacaban fotos. He visto algunas de las entrevistas que nos hicieron en ese momento. Estoy extremadamente lúcido y bien articulado. Muchas veces pensé que habíamos salido limitados, pero no es así, en los videos que he visto estamos felices y conscientes de haber hecho algo fantástico. Aunque no nos dábamos cuenta de la trascendencia de lo que habíamos hecho, de cuán única era nuestra experiencia, ya empezábamos a disfrutar que nos entrevistaran, que nos preguntaran, sentíamos que volvíamos ganadores.

Más tarde llegó mi madre, y luego hablé con mis hermanos por teléfono, supongo que también habré hablado con mis abuelas y otros más. Algunas personas nos tocaban como si fuera un milagro que estuviéramos vivos, había un grupo de madres que agradecía a una virgen y nos querían colgar rosarios, medallas y otras reliquias, como si nosotros fuéramos en realidad la demostración del milagro. De repente teníamos dieciséis madres y dieciséis padres. Todos compartían la alegría de recibir de vuelta a sus hijos. Ya nos llamaban por nuestro nombre, para gente que nunca me había conocido pasé a ser “Pedrito”, era de la familia de los sobrevivientes y me hacían un lugar entre ellos. En realidad, no recuerdo mucho con quienes hablé pero disfrutaba del cariño de todas esas personas que eran nuevas para mí. Siempre tenían una cara alegre para nosotros, cariñosa, amable. Pero entre líneas veía preocupación por entender lo que habíamos pasado, preocupación por cómo llevaríamos esa montaña el resto de nuestras vidas.

Una de las cosas que siempre me intrigaron es cómo fue que en esos primeros momentos no hablamos abiertamente con la prensa de cómo nos alimentamos en la

montaña. Para nosotros era lo más natural, lo lógico, lo que cualquiera hubiera hecho. Mi prima Verónica fue de las primeras personas que me vio en Chile. Hace poco me contó cómo fue nuestro reencuentro. Me contó que yo mismo saqué el tema preguntándole si sabía cómo nos habíamos alimentado en la montaña; ella, como casi todos nuestros familiares, no imaginaba la verdad. Cuando me dijo que no sabía, yo le conté todo de golpe, con los detalles más escabrosos, divertido, generando escándalo. Ella no lo podía creer.

En realidad, nunca nos preguntamos si era correcto o no, para nosotros siempre lo fue, y en ese momento tuvimos el pudor de no contarlo. Es increíble que Nando y Roberto, a horas de haber salido de la montaña, enfrentaron a la prensa del mundo y no lo dijeron. Hay un impresionante video que muestra cuando un periodista con gran ingenuidad le pregunta a Nando cómo nos habíamos alimentado y Nando mira a Roberto sin saber qué decir y Roberto habla de "los líquenes y de lo poco que había para comer". Y ninguno dijo nada. En realidad, por suerte nadie nos preguntó abiertamente de nada porque no teníamos ningún plan; hubiéramos contado todo sin ninguna contención, salvo los especialistas que nos atendieron, ninguno de los que nos entrevistó al principio se lo imaginaba. De todas maneras, me impresiona hasta hoy el delicado silencio que Nando y Roberto y todos nosotros mantuvimos cuando fuimos entrevistados por los periodistas apenas bajamos de los Andes.

Esa primera mañana, en San Fernando, la pasamos entre periodistas que nos entrevistaban, nuestros familiares que hablaban entre ellos y vaya a saber qué se decían, y nosotros fumando contábamos nuestra historia, sin hablar de cómo nos alimentamos en la montaña. Todavía tengo una de las entrevistas que me hacen ese mismo día, el 23 de diciembre, mientras ocho de nuestros amigos están todavía en la montaña siendo rescatados por los helicópteros. Es una gran entrevista, me gusta porque en ella básicamente digo lo que todavía hoy sigo diciendo. Soy coherente con ella. Allí digo que "lo nuestro no fue ningún milagro, nosotros sabíamos que nos íbamos a salvar y trabajamos para salvarnos. A nosotros no nos rescató ningún ángel en paracaídas sino que trabajamos para salir, nos organizamos, Dios nos dio fuerza, y nos salvamos". Hoy veo la entrevista y me sonrojo por la soberbia y la seguridad increíble con la que hablaba. El "Dios nos dio fuerza" es totalmente coherente con lo que pensaba y sentía de Dios antes del accidente. Tiene que ver con mi convicción de que Dios es amor, que actúa a través de nosotros y que es la fuerza que nos movilizaba, pero que nosotros éramos los que decidíamos nuestro destino. El "y nos salvamos" del final suena risueño, como si hubiese sido logrado por lógica pura, sin demasiado sufrimiento. Me impresiona la increíble minimización del hecho, la increíble desvictimización de la tragedia, ni nos acordamos de nuestros compañeros muertos, ni una palabra, nosotros festejábamos la vida, la nuestra, y estábamos orgullosos de haber salido. Los muertos estaban con nosotros. Si ellos no hubieran muerto, nosotros no habríamos podido sobrevivir.

Ese era el dato, nosotros lo teníamos muy claro. No solo yo, varios de mis compañeros estábamos en la misma postura. Todos los videos de las entrevistas coinciden. Estábamos divertidos, entretenidos, articulados, orgullosos, soberbios por lo realizado y no dejábamos que nos arrebataran el momento. Todo eso aumentaba el enigma y lo extraordinario. Seres normales y corrientes como nosotros habíamos realizado una increíble epopeya y lo contábamos como quien hubiera ganado un enésimo partido de rugby.

Esas entrevistas son la base del video de algo más de cinco minutos que he usado como introducción en mis presentaciones. Allí hablo yo, pero también están Nando, Carlitos, Daniel, Eduardo y Roberto. Me gusta ese video porque no hay ficción, somos nosotros hablando tal como salimos de la montaña.

Ese día en San Fernando hubo una misa. Nuestros padres sintieron la necesidad de agradecer a Dios el milagro de nuestra reaparición. Tengo varias fotos de la ceremonia en las que Ana Luisa, mi novia chilena, sentada al lado mío, me toma de la mano. Estaba cumpliendo su función de novia formal. Pobre, en esos setenta días había encontrado otro novio, un novio vivo y que vivía cerca de su casa. En algún momento, demasiado pronto, me hizo un planteo difícil, ella no sabía qué hacer, no sabía cómo manejar la situación. Yo había muerto en los Andes y con eso había terminado una compleja relación. Había empezado de nuevo y enganchado a otro, pero setenta días después del accidente yo volvía de la muerte, y exigía atención y un lugar en su corazón. Demasiado para ella. Pero yo venía saliendo de situaciones difíciles, había estado entre la vida y la muerte, había vivido muy bajito, no era ese el tipo de decisiones que podía tomar en ese momento. No me iba a poner a resolver un problema tan "complejo" de corazón, cuando estaba regresando de la muerte. Así que eso se solucionó fácil y de común acuerdo quedamos en que siguiera con el otro porque yo tenía otros temas en la cabeza.

Y ahí se terminó mi relación con Ana Luisa. Después la vi en algunas ocasiones, pero ese corte tan absurdo donde tuve que resolver lo que yo había creado al morir y volver de la muerte, ella nunca lo digirió bien. Por supuesto que la comprendo por la situación incómoda que tuvo que atravesar. Hace un tiempo, cuando volví al Colegio San Ignacio a contar mi historia, ella estuvo presente, como también estuvo presente cuando volví a Chile con el tema de los treinta y tres mineros. Las cosas quedaron claras.

Me imagino que cuando salimos de la montaña, nuestros padres y amigos estaban muy felices de que volvíamos de la muerte, pero ninguno hubiese apostado por nuestra salud mental y por nuestra capacidad de vivir después vidas normales. Estoy convencido de que creyeron que íbamos a vivir marcados por lo que tuvimos que vivir y que quizá no escaparíamos de traumas difíciles de explicar. Gracias a Dios, eso no ha sucedido, los que hemos vuelto de los Andes hemos vivido todos vidas normales, hemos aterrizado más o menos donde íbamos a aterrizar en ese viaje, solo que setenta días después y con varios kilos de menos.

Después de la misa en San Fernando, que por supuesto no recuerdo qué se dijo ni nada por el estilo, fui llevado por mis padres al hotel Sheraton San Cristóbal de Santiago el mismo día 23 de diciembre.

Los ocho que quedaron en la montaña una noche más esperando a ser rescatados fueron trasladados directamente al Hospital Central de Santiago. Allí algunos fueron dados de alta y también los llevaron al hotel Sheraton. Roy, con sus 38 kilos, todavía se debatía entre la vida y la muerte. Los médicos luchaban por recuperarlo y casi lo pierden. Yo fui con mis padres desde San Fernando a Santiago. Recuerdo algunas cosas del viaje. En algún momento, mi padre tuvo que detener la marcha porque había habido un accidente automovilístico. Al lado de la ruta yacía un accidentado muerto tapado por diarios. Mi madre reaccionó instintivamente tratando de protegerme: "No mires, Pedro", me dijo.

Yo miré con toda tranquilidad, la imagen de esa persona muerta no me impresionó, lo único que hice fue calcular cuántos días ese cuerpo nos habría alimentado en la montaña.

Cuando llegamos al hotel, había un enjambre de periodistas de todo el mundo que buscaban a esos jóvenes marrones y flacos. Ese primer día comimos como heliogábalos y obviamente lo pagué con una colosal diarrea que casi me lleva puesto. No estaba preparado para un cambio de dieta tan fuerte. Descansé mucho, me quedé largas horas dormitando en la habitación del hotel, pero con dificultades para dormir y ganas de saber lo que sucedía abajo, cómo estaban pasando mis hermanos de la montaña esos primeros días fuera de nuestra rutina.

De hecho, cada vez que he vuelto al hotel Sheraton de Santiago revivo aquellas primeras horas del regreso. La noticia, la alegría, la sorpresa, la increíble publicidad del hecho, periodistas de todo el mundo "cazando sobrevivientes", mujeres hermosas que se querían tomar fotos con nosotros por algo que nos costaba entender, por algo que no quisimos hacer, por haber caído en los Andes y hacer lo que cualquiera hubiera hecho para sobrevivir. Recuerdo gente en los pasillos del hotel queriendo entrevistarnos y sacarse una fotografía con nosotros. De golpe, éramos casi celebridades. Durante mucho tiempo me resistí a esos episodios de celebridad; hoy cuando ocurre ya no lo resisto, en general me presto para las fotografías y firmo los libros, de hecho ahora estoy escribiendo uno.

El día 24 de diciembre llegaron mis cinco hermanos. Deseosos de ver a su hermano mayor, de compartir conmigo sus angustias, de verme de regreso de la cordillera. No sé cuánto los prepararon para mi reencuentro, pero recuerdo que ellos llegaron cuando yo estaba descansando, y mi respuesta fue: "Denles unos chocolates, después los veo, ahora estoy descansando". Estaba bien, pero no podía ponerme en el lugar de mis hermanos que llegaban para verme y abrazarme, para darme la bienvenida de nuevo a nuestro hogar. Evidentemente, tenía otras costumbres, otros hábitos, recibir a mis queridos hermanos y atenderlos no era lo que me interesaba. Había vivido sin ellos durante setenta días, podía vivir sin ellos unos días más.

Pasamos la Nochebuena en el hotel, donde tuvimos nuestro brindis de Navidad con nuestra nueva familia, pero el 25 de diciembre mis hermanos sobrevivientes se fueron todos para Uruguay y nosotros nos quedamos en Santiago. Al llegar a Montevideo, dieron una increíble conferencia ante la prensa del mundo, nuestros familiares y los familiares de los chicos que no habían vuelto. En ella se lució Pancho, quien explicó en pocas y bellísimas palabras lo que todo el mundo ya sabía o intuía; cómo nos habíamos alimentado para sobrevivir, de una forma más elegante que como yo lo explicaba. Dijo:

"Llegó ese momento en el cual ya no teníamos alimentos ni cosas por el estilo y nosotros pensamos: si Jesús en la última cena repartió su cuerpo y su sangre a todos sus apóstoles, ahí nos estaba dando a entender que nosotros debíamos hacer lo mismo, tomar su cuerpo y su sangre que se había encarnado. Y es que fue una comunión íntima entre todos nosotros, fue lo que nos ayudó a subsistir... Y fue una entrega de cada uno, y se lo decimos como debe ser, pero debe ser interpretado y tomado en su real dimensión. Y tienen que pensar en todo lo grande que fueron aquellos muchachos".

Nada más, ahí estaba todo dicho y lo que recibió y recibimos fue una tremenda ovación. En esa ovación, los padres de los chicos que habían muerto nos estaban diciendo que estaba todo bien, que comprendían lo sucedido, y desde entonces nunca nadie nos persiguió ni nos acusó de nada. Si no hubiera sido así, si nos hubieran acusado de algo, probablemente ni yo ni mis amigos hubiéramos podido hacer la vida normal que hemos hecho; nos hubiéramos pasado la vida defendiéndonos de lo indefendible.

Esos días en Santiago fueron muy activos. Todavía caminábamos como en una nube. El 24 por la mañana fuimos de compras con mis padres; había que renovar algo de mi ropa, comprar una camisa, un pantalón, lo que nos habían dado en el hospital de San Fernando era solo una muda, lo demás había quedado en la cordillera y lo que tenía de antes lo usaban mis hermanos o me quedaba muy grande. Lo que diligentemente había llevado mi madre en su valija preparada para cuando volviera no me servía. Ella no había previsto mi delgadez. Por la calle nos reconocían, nuestro aspecto nos delataba y nos miraban con asombro, con respeto, con un poco de admiración. Nos reconocían por nuestra delgadez, por el color marrón de nuestra piel, por las llagas que teníamos en la boca, por la alegría y el enigma con que mirábamos el mundo, dejando atrás setenta días de sufrimiento y a nuestros amigos muertos.

Por alguna razón que no conozco, mis padres decidieron que nos quedáramos en Chile unos días más y nos fuimos a Viña del Mar, en vez de regresar a Buenos Aires. Yo me fui a un hotel con mi padre. Mamá y mis hermanos fueron a un departamento prestado. Recuerdo que me encantaba estar con mi padre. Hasta ese momento, él había sido un hombre rígido y extraño para mí; en los días posteriores a la cordillera, se creó un lazo distinto entre él y yo, que nunca más se rompió. Me tuvo una enorme paciencia. Si bien yo estaba bien y cada vez me sentía mejor, tenía arrebatos de mal carácter. En ocasiones me contradecía, algo que yo no soportaba, y cuando me enojaba llegaba a ser brutalmente hiriente y humillante. Lo hice pasar por situaciones que hoy me apenan y que no querría que mis hijos me hicieran pasar a mí. Pobre Papá, realmente aguantó sin chistar mi rebeldía de aquellos momentos. Tal como cuenta la parábola del hijo pródigo, la función del padre es esperar que el hijo vuelva a casa y cuando vuelve no hay alegría que alcance, incluso olvidándose de los que diligentemente se han quedado y portado bien.

Finalmente volvimos a Buenos Aires y, después de unas breves vacaciones en Uruguay donde me reencontré con mis hermanos de la montaña, decidí regresar a la Argentina, a la casa paterna. A los tres meses, ya físicamente recuperado, ingresé en la Universidad de Buenos Aires para completar mis estudios de Economía sin contar lo que me había pasado en los Andes. Poco a poco la montaña se fue integrando a mí, y pasó a ser solamente algo más que un simple recuerdo, borroso; borroso por todas las cosas que gracias a Dios he tenido que vivir después de haber sobrevivido a los Andes.

Una de las cosas que más me impactan es analizar las fotos que nos sacamos nosotros mismos en la montaña. Me impacta profundamente la foto en la que estamos sentados en la bolsa de dormir que preparamos para que Nando y Roberto hicieran su caminata. Esa foto es muy significativa. Estamos todos en actividad, comiendo, alimentándonos, pero yo no estoy en el medio del grupo, allí estoy un poco afuera, sentado arriba del fuselaje, mirando al grupo desde afuera, tomando distancia sin comprometerme demasiado. Los que me conocen saben que esa toma de distancia ha sido parte constante en mi vida.

De alguna manera, todos hemos sido después en nuestras vidas parecidos a lo que fuimos en la montaña. Como ejemplo, Nando dando conferencias por el mundo, como continuación de su increíble caminata con su enorme fuerza de voluntad, encarnando su historia trágica y heroica, con una presencia intensa pero manteniéndose más allá de las pequeñeces del grupo, mientras que Roberto, totalmente metido en el grupo, participó de todas las batallas, siempre con una gran entrega. Y yo mirando de afuera, como un pájaro volando a altura, sin meterme a fondo, comprometiéndome a mi manera.

Entre nosotros hay un sentimiento de grupo muy especial que lo he sentido por muchísimos años, que se fue construyendo allí en la montaña, pero que sentí esa primera noche mientras con una enorme complicidad vagábamos por el hospital, engañando a las enfermeras y visitándonos en las habitaciones de cada uno. Siento que tenemos un halo invisible que nos envuelve y nos protege. Atrás quedó la montaña con su cúmulo de sentimientos y dolores, con secretos que no son secretos pero que parecen serlo y solo nosotros los entendemos. Pero ya en esas primeras horas estaba vivo ese sentimiento de grupo que nos diferencia y que nos une. Hemos compartido momentos muy difíciles, reconocemos un vínculo común, reconocemos haber compartido una comunión muy especial y sentimos el orgullo de haber vencido la montaña. Ese es nuestro código, nuestro mínimo común denominador, nuestra comunión más profunda, haber superado la montaña, conocer nuestras humanidades más simples, haber vivido juntos las necesidades más primitivas del ser humano, haber sentido la necesidad y el instinto de vivir.

Una vez le pregunté a Pablo Vierci, el autor de La sociedad de la nieve, si teníamos un mínimo común denominador. Lo puse en apuros y él ensayó una contestación complicada. Habló de los valores compartidos, de la experiencia, de lo aprendido. Era casi una trampa, la verdad es mucho más sencilla, nuestro mínimo común denominador es otro, es la comunión de la montaña. Ahí no hay explicaciones complejas, es haber vivido juntos el infierno, es tener esa llaga común, que empezaba a cicatrizar entre todos. Como dice mi hermana Gloria, tenemos un halo protector que nos protege y nos define como grupo, es nuestro secreto que no es un secreto, es la intimidad de haber compartido los setenta días en los Andes.

Aquí estoy. La verdad es que nunca pensé que iba a volver a este lugar. Es impresionante. Estoy sentado sobre la ladera del glaciar en un repecho en el cual en un extremo está la cruz y el monolito del Valle de las Lágrimas. Miro el lecho del glaciar que no reconozco. Cuando nosotros estuvimos allí, era blanco. Ahora los acarreos de la montaña lo han ido transformando en una morena, y tiene color marrón. Pero claramente puedo distinguir donde estábamos nosotros y trato de imaginarme el recorrido del avión deslizándose por los cerros hasta caer en el medio del valle. Esa parte es difícil de imaginar, no hay un trazo claro, es increíble cómo no nos estrellamos contra las rocas y penitentes que surgen en la ladera.

Pero lo que no ha cambiado es la montaña. Está distinta, ya que tiene mucha menos nieve que cuando nosotros estuvimos allí. Pero siguen estando las mismas formaciones rocosas, los mismos perfiles, el mismo y angustiante silencio.

Eso es lo que más impresiona. El silencio. Uno mira las cumbres, los perfiles de las montañas, el glaciar alto que parece que en cualquier momento puede desmoronarse y

venirse encima, y siento una enorme congoja, una enorme pequeñez ante tremenda magnitud. Las distancias son incalculables. ¿Cuánto hay desde donde estaba el avión hasta la cara opuesta del valle? No lo sé, uno o dos kilómetros, quizás solo unos cientos de metros, pero por suerte nunca nos atrevimos a ir hacia allí. Las grietas son cada vez mayores a medida que uno se acerca a la cara opuesta de la montaña, donde siempre hay sombras, donde el glaciar tiende a subirse irregularmente a las laderas de la montaña. Miro las paredes del glaciar. Hay una parte que cuelga amenazante sobre el valle. Recuerdo haber sentido que se podía caer sobre nosotros. Hoy creo que no, pero todo es peligro, las montañas son amenazantes y siguen allí. Uno las mira, las escruta, las interroga, trata de que digan algo. Pero ellas no hablan, miran inertes. De la misma manera como cuarenta años atrás nos miraban inertes y nosotros las mirábamos a ellas, equivocadamente, tratando de obtener alguna respuesta ante tamaño silencio y majestuosidad. Hoy están iguales, si bien es un día claro y diáfano, en la cumbre de la montaña, el filo se me antoja indefinido. Siempre hay una brisa, una bruma, un reflejo engañoso, una dificultad que te dice que no es como uno cree. Las cumbres no se ven desde abajo, siempre más allá de una cumbre que se ve hay otras, por eso los filos son irregulares y las montañas no se ven totalmente.

Pero es el silencio y la pérdida de perspectiva lo que más impresiona. Uno pierde la capacidad de calcular distancias, de dimensionar lo que ve. Todo se ve cerca y a la vez está muy lejano. Si bien hoy ha venido bastante gente, no se nota. El silencio ensordecedor de la montaña oculta a los demás, es un silencio especial, porque tiene ruidos particulares. Intento escucharlos y los recuerdo. Me siento solo. Vuelvo a mirar las montañas, a tratar de reconocer lugares. Intento identificar por dónde subieron Nando, Roberto y Tintín. La próxima vez debería venir con uno de ellos para que me cuenten. Obviamente no subieron por el medio del glaciar, esa subida es imposible. Quizás por la cuña entre el glaciar y la ladera. Arriba se ve más plano, hay unos claros que podría ser donde Nando y Roberto pasaron las noches antes de empezar su caminata. Desde donde estoy busco la cola del avión, donde debería haber quedado. No lo sé, no lo puedo distinguir. Lo que veo es que el glaciar cae abruptamente a los pocos metros. Por ahí no se podría caminar. Ir hacia ese lugar hubiera significado la muerte segura. Pero por ahí estaba la cola... ¡Cuántos peligros corrimos! Tampoco soy capaz de reconocer hasta dónde subí en los primeros días ni dónde fue que encontramos el cuerpo de nuestro amigo que se había perdido el día que nos estrellamos en la montaña. El paisaje ha cambiado pese a que todo sigue igual.

La altura hace estragos. Estoy sin aire. Me gustaría caminar por el glaciar y recuperar la sensación de estar sobre él. En el 95 lo hicimos pero hoy no puedo ni siento que es necesario. Desde donde estoy se ven los mismos perfiles y las mismas montañas que hace cuarenta años. Es el mismo panorama, la misma visión, solo que esta vez nosotros nos hemos ido y hemos dejado a las montañas allí.

Pienso en lo increíble de este acontecimiento. En realidad venía con pocas expectativas, miro la cruz y el memorial donde están los restos de algunos de los chicos que no volvieron, hoy lleno de banderas y objetos que la gente va dejando en su peregrinación. Miro el monolito, pienso que quizás yo debería haber quedado allí y que deberíamos haber muerto todos. Porque no todos los días uno se estrella en los Andes y setenta días después sigue vivo. Mis expectativas están superadas. No creí que iba a engancharme con el lugar. Me impresiona, no puedo pensar en otra cosa. Quiero llevarme a casa el silencio y la majestuosidad de la montaña.

Me pregunto por qué yo salí de este lugar y no Arturo o Felipe. No era posible. Pero son preguntas sin respuestas. No tiene sentido hacerse esas preguntas y gracias a Dios no son preguntas que me atormenten demasiado. Pero aquí, a tres mil cuatrocientos metros aparecen y automáticamente me las hago. Ahí las dejo, nuevamente sin respuestas y vuelvo a mirar la montaña, a sentir el silencio, mirando los filos y las cumbres que conozco tanto, que tan poco han cambiado y que van a seguir allí por muchísimos años más, impertérritas, mientras yo y mis compañeros sigamos nuestro viaje y nos ganen.

Me llevo a casa este momento. Sentir este lugar en el que debería haber quedado pero del que porfiadamente quise salir. Me alegro de haber vuelto, me debía esta experiencia.

Aquí estoy todavía. Sin remordimientos y con todas las alegrías y tristezas de una persona común. Agradecido a Dios por las oportunidades que me ha dado durante toda la vida, pero con las alegrías y angustias de todos. En ese sentido, nuestra supervivencia en los Andes no ha sido un certificado de nada. Al día siguiente, la vida siguió igual y hubo otras montañas que escalar.

Tampoco sé en cuánto me cambió la vida. Seguramente sí, pero esa otra vida, sin los Andes, yo no la viví. Hoy gozo con las alegrías de mis hijos y me angustio con sus dolores. He hecho una buena carrera empresaria que me ha permitido crecer, conocer el mundo y además tener un buen pasar.

Pero la montaña siempre viene conmigo. En mi valija. La saco cuando quiero, hablamos de ella, la comparto y después vuelvo a guardarla hasta la próxima vez. Últimamente, la valija está abierta mucho más tiempo y la montaña se mueve y aparece con más fuerza.

Mientras tanto, hago una vida normal. A donde voy, la gente conoce mi aventura, pero nadie me pregunta nada. Pero yo me doy cuenta de que lo saben.

5. Una mancha en el hombro

Ese verano del 73 estuve en Uruguay, alternando mi familia con mis hermanos de la montaña. La verdad es que la pasaba muy bien con ellos. Recordábamos anécdotas de lo vivido en los Andes, recreábamos lo sucedido, nos reíamos mucho y nos sentíamos como hermanos. El grupo estaba cumpliendo lo que habíamos acordado y no nos íbamos a separar más.

Quien escuchara nuestras conversaciones probablemente pensaría que estábamos todos perdidamente locos y traumados. Hablamos sobre todo de nuestra alimentación en la montaña, y permanentemente hacíamos los chistes más impresionantes y groseros que se nos podían ocurrir. Nos habíamos comprometido a que cuando saliéramos continuaríamos con la práctica de comer carne cruda, pero por suerte no fue necesario; esas promesas fueron quedando en el olvido. Pero disfrutábamos muchísimo de estar entre nosotros, ante la mirada escandalizada pero paciente de nuestros padres, hermanos

y amigos. Los más cercanos ya lo habían entendido y no se horrorizaban. Si caía alguien nuevo en el grupo, se llevaba una tremenda impresión. No hablábamos de otra cosa.

Nos encontramos, de a grupos, en Punta del Este, en Punta del Diablo, en Montevideo. Siempre lo mismo; reíamos mucho y disfrutábamos de esa sorpresiva fama mediática que nos hacía populares. Todos nos saludaban, todos querían tomarse una foto con nosotros, sin duda habíamos vuelto ganadores. Por otra parte, nos volvían a interesar las mujeres, instinto totalmente suprimido mientras estábamos en los Andes. Poco a poco, ellas fueron retomando un lugar en nuestras conversaciones.

Recuerdo que estaba el escritor británico Piers Paul Read en Uruguay. Nuestros padres lo habían contratado para que escribiera un libro que documentara nuestra experiencia y no dejar que surgieran versiones alternativas de lo sucedido. Diversas casas editoras habían presentado distintos escritores y nuestros padres eligieron a Read, por ser católico y porque aseguró que escribiría un libro digno y no escandaloso. Tengo entendido que además la editorial que lo presentó hizo una oferta económica aceptable, aunque no la mejor. Read nos entrevistó a todos, hizo una enorme matriz con personajes, hechos y fechas y se metió de lleno en la historia. Llegó a ser prácticamente uno más del grupo y compartió varios encuentros con nosotros. Tuvo también un enorme aguante para soportar algunas bromas pesadas y nuestra total desinhibición. Luego regresó a Londres y escribió ¡Viven! Cuando volvió al Uruguay para mostrar lo escrito, a muchos de mis hermanos sobrevivientes no les gustó. Como dice Read en el prólogo de su libro, muchos pensaron que no estaba reflejada en sus líneas la profundidad humana de la historia. Yo no estoy de acuerdo, para mí es un muy buen relato de lo que pasó, y hasta el día de hoy, cuando no coincidimos en algún hecho, es usual que nuestras discusiones terminen recurriendo a ¡Viven!; es nuestra biblia. De todas maneras, el libro tiene algunas inexactitudes, no encuentro en ¡Viven! mi subida a la montaña de los primeros días. Esa expedición no está o hay algún otro ocupando mi lugar. Cuando leí el borrador me preocupé más por lo que decía sobre mí que por las omisiones y es el precio que pago por mi relativo alejamiento del grupo una vez que volví a la Argentina.

En esos primeros días en Uruguay, visité a las familias de Felipe y Arturo. No fueron buenas visitas. Ellos estaban haciendo el duelo por sus hijos y yo llegaba allí, lleno de anécdotas y vida, eufórico, con ganas de llevarme el mundo por delante. El padre de Arturo no me recibió y apenas tuve la oportunidad de saludar al padre de Felipe. ¿O fue al revés? Pero con los padres de mis amigos fue difícil. En ese momento no los podía comprender y lo que yo tenía para contar no era lo que ellos querían escuchar. Yo estaba volviendo de la muerte sin haber hecho el duelo por sus hijos; fueron reuniones muy duras.

Recuerdo haber tenido una sesuda charla con mi tío Rodolfo quien me aconsejó volver a Buenos Aires. Después del intento de reinsertarme en el Uruguay, frustrado por el accidente aéreo, decidí volver con mi familia a Buenos Aires. La vida en Uruguay desde antes ya no me era fácil y ahora me debía un nuevo comienzo en la Argentina con más contención familiar.

Ya de regreso en la casa de mis padres en Buenos Aires, la saga de visitas fue mermando. En algún momento vinieron a visitarme las hermanas de Felipe. Su hermana Sandra me ha contado que tampoco fue una buena reunión, yo no podía sintonizar

demasiado con lo que ellas en ese momento necesitaban. También recuerdo que un día apareció una psicóloga. Alguien la trajo pensando que me podría ayudar. Empezó con algunas preguntas básicas, de las que nadie se animaba a hacerme, y yo empecé a hablar, pero fue suficiente para mi padre. La psicóloga nunca más apareció por casa.

Eso no quiere decir que posteriormente yo no haya recurrido a la terapia psicológica. No digo, como dice Coche, que la terapia la hicimos entre nosotros allí en la montaña. El hecho de ser un grupo fue fundamental para nuestra salud psíquica de hoy en día, pero no fue una terapia. Posteriormente, en distintos momentos de mi vida he hecho diván, con suertes diversas, quizás de acuerdo a lo que estaba viviendo en ese momento.

Apareció también el profesor que habíamos visitado con Felipe en la Universidad de Mendoza y que nos había llevado al aeropuerto justo a tiempo para que tomáramos el vuelo. Había quedado impactado por la tragedia y mientras estuvimos desaparecidos había visitado a mis padres en Buenos Aires y a los de Felipe en Montevideo. Cuando volví, se hizo un asiduo de mi casa, venía con su pareja prácticamente todos los meses. Al principio era bien recibido hasta que en determinado momento empezó a molestar y supongo que mi padre le puso tarjeta roja.

Pasó mucha gente. Muchos que me venían a ver, parientes, amigos de Chile, amigos de Uruguay, nuevos amigos, todos venían a visitarme. Yo ya me sentía bien pero no entendía del todo lo que pasaba. Quería volver a hacer mi vida normal. Muchas de las visitas eran de cortesía, visitas a saludar a mis padres, visitas a ver a un bicho raro. Pero yo ya estaba en otra. Me interesaba más lo que pasaba afuera. Había retomado mis estudios, pasaban cosas importantes en el país, mis hormonas se habían recuperado y estallaban por el aire. No tenía demasiado tiempo para hacer sociales. Vivía esa contradicción, me gustaba la celebridad efímera, me gustaba pasarla bien, pero no quería olvidarme del todo de mis principios y valores y quería reintegrarme a la vida normal.

Así que a los tres meses ingresé en la Universidad de Buenos Aires sin decir lo que me había pasado. La Argentina del 73 ardía. La Universidad ardía. Las clases eran un caos. Había algunas actividades más o menos ordenadas, otras eran un comité. La autoridad universitaria estaba desbordada, los alumnos tomaban las decisiones más importantes y controlaban la universidad. Mi admisión la decidió un alumno y nadie más lo cuestionó. No sé si mi padre le habría contado de dónde venía ni quién era, pero en aquel momento fui uno más entre la gran cantidad de uruguayos que cruzaban el río para estudiar en la Argentina. Recuerdo clases en las que militantes del ERP entraban al aula y se paseaban armados bajo las miradas complacientes de algunos profesores y alumnos.

Fueron dos o tres años vividos con intensidad y también con algunas dudas, miedos y ambigüedades. En un evento en la embajada del Uruguay conocí a Noelle. Me impactó su intrigante belleza, su mirada profunda, su esencia especial y su respetuosa distancia con la montaña. Nos casamos en abril del 74. Fui el segundo de los sobrevivientes en casarse, Coche ya lo había hecho unos meses antes. Nuestro casamiento fue la síntesis de las contradicciones de esa época. Asistieron altos funcionarios oficiales y amigos de mis padres, algunos de mis compañeros de la montaña y un grupo de mis amigos que no ocultaban su simpatía con los movimientos guerrilleros. Aquello resumía los tiempos que vivíamos.

Pero me casé, nació nuestra primera hija, Fernanda, y poco a poco empecé a preocuparme más por mí, por Noelle y por Fernanda. Dejé de preocuparme por los marginados del mundo y los ideales socialistas y a ocuparme de mí. Siempre con el corazón a la izquierda, pero con los pies en la tierra. Muchos de mis amigos de esa época y que asistieron a nuestro casamiento desaparecieron; entre ellos Roberto, el novio de mi hermana. Otros se fueron del país y a muchos no los he vuelto a ver más. A algunos les he seguido su trayectoria y hoy son grandes empresarios o han ocupado grandes puestos públicos. A algunos continúo viéndolos y tenemos una linda amistad. La vida ha seguido, nos ha ido presentando cada vez más desafíos, más montañas, y cada uno ha recorrido su camino como ha podido.

Yo sigo casado con Noelle. Además de Fernanda, tuvimos a Cecilia y a José, y hoy ya tenemos dos nietos españoles, Mateo y Olmito. Noelle es una mujer maravillosa. Con mucho amor, dificultades y mucho trabajo hemos construido y seguimos construyendo la familia que tenemos, dispersa por el mundo, pero una gran familia al fin.

Terminé mis estudios de Economía y luego de estudiar otras cosillas fui admitido en la Universidad de Stanford para estudiar una maestría. Debo reconocer que, cuando me presenté en esa universidad, en mi solicitud de admisión dije que era un sobreviviente de los Andes. Sin embargo, nunca nadie me dijo nada, nunca me preguntaron si tenía algo que decir. Siempre sospeché que mi experiencia como sobreviviente habría influido en que me hayan aceptado, ya que el proceso de selección era bien difícil, pero después supe que ese sentimiento de "¿cómo es que a mí me aceptaron?, ¿no habrá sido un error?" es bastante común entre los estudiantes. De cualquier manera, no desentoné y fui un estudiante promedio. Con el dinero que obtuve del libro ¡Viven! y la ayuda financiera del banco donde trabajaba, me pagué los estudios y la vida en California por dos años, para mí, Noelle y mis tres hijos. Fue una muy buena experiencia. Volví en junio de 1982, decidido a hacer una gran carrera empresaria.

A la vuelta, el banco que había financiado parte de mis estudios y por lo tanto tenía mi compromiso de que volvería a trabajar con ellos había sido vendido y lo dirigía un nuevo directorio de origen francés. Ellos no me conocían, ni tampoco sabían que me habían financiado mi viaje a los Estados Unidos. Duré poco, no entendían lo que podía o no podía hacer y al año me fui.

Después tuve una destacada carrera empresaria. Creo que "destacada" es la mejor palabra, ya que me destaqué por mis éxitos y los de los otros. Pasé por cuatro empresas con cargos importantes. La más significativa fue la Cervecería Quilmes, donde hice una carrera de once años, en la que primero tuve que construir una planta industrial en la ciudad de Corrientes y luego llegué a ser el virtual número dos de la empresa, siendo el responsable de todas las operaciones en la Argentina. Sin embargo, en uno de esos movimientos empresarios tan comunes, se fue mi jefe y yo también me tuve que ir. Antes había estado unos años en la Organización Techint, aprendiendo a trabajar en una gran corporación y después de la Cervecería Quilmes tuve una interesantísima experiencia en Peñaflor, a cargo de una empresa de vinos y bebidas que me permitió conocer el fascinante mundo del vino. Después estuve en Campofrío en la Argentina, sobreviviendo la crisis del 2001 y tratando de mantener la empresa a flote cuando todo se hundía, y finalmente en Cepas Argentinas, intentando hacer una transferencia generacional que me llevó puesto. Durante este último trabajo, empecé a ponerme en

contacto de nuevo con la montaña, y cuando lo dejé ya no tuve dudas, no volvería a la relación de dependencia, era hora de sacar la montaña de la mochila.

En realidad, no me fue nada mal. Creo que tuve la indispensable suerte de estar en los lugares adecuados cuando había que estar, me salieron bien alguna decisiones tomadas y aproveché las oportunidades trabajando con intensidad y buena onda, respetando y haciéndome respetar. Tuve momentos de gran satisfacción y logros importantes que recuerdo con una sonrisa, pero también tuve momentos difíciles, debí tomar decisiones dolorosas y me he peleado con más de uno, haciendo equilibrio en situaciones matriciales con varios jefes que me agotaban. En ese sentido, la jungla corporativa no es muy distinta al grupo de sobrevivencia en los Andes. La política bien entendida existió en ambos escenarios, en los dos había que tejer alianzas, buscar aliados, elegir qué batallas dar y cuáles no y, por sobre todo, trabajar mucho, por uno mismo y por el grupo. Aprendí que para sobrevivir y progresar en la vida laboral, se necesitaba trabajar a conciencia y tener la necesaria dosis de suerte. Porque el resultado final, como en los Andes, no dependía solo de mí, hice mis trabajos lo mejor posible, después confié, esperé y seguí trabajando.

Así son las carreras empresarias, con subidas y caídas, con éxitos y fracasos, con valles y montañas. Creo que así son todas. No conozco a nadie que pueda decir que ha tenido una carrera lineal. Son muy pocas, o directamente no existen. Lo bueno es que eso de andar subiendo montañas es algo que conozco. Ojo, al encarar una nueva montaña, no creo que para mí sea más fácil porque ya haya subido otras. Lo único que sé es que la que viene no sé cuán difícil será. Desde la base de la montaña no se ven las cumbres, no sabemos cuán alta es. Ni tampoco sé si la voy a poder subir o no, solo sé es que lo único que podemos hacer es empezar a caminar. Y que tal como subimos y salimos de una montaña, en una de esas, caminando, saldremos de esta nueva. Si no caminamos, seguro que no podremos. No podemos hacer otra cosa que empezar a caminar.

Durante mucho tiempo no hablé públicamente de lo que nos había pasado en los Andes y lo mantuve como un hecho de mi vida privada. Incluso estaba convencido de que no me había afectado en nada, que simplemente me había recuperado y había hecho una vida muy parecida a la que iba a hacer si no me hubiera caído en la montaña.

Hoy eso ya no lo digo. Si bien creo que he hecho una vida parecida a la que hubiera hecho si no hubiera caído en la montaña, hoy ya sé que una parte de mí sufrió mucho en los Andes y todavía está conmigo. Hay un Pedrito joven que tuvo mucho miedo, que tuvo hambre y frío, que debió alimentarse de sus amigos muertos, que no pudo hacer sus duelos, que debió seguir pensando en vivir cuando sus amigos morían. Por supuesto que ese Pedrito está todavía conmigo. Pero por suerte lo he integrado y hoy está en paz. No lo reniego, no lo oculto, lo comprendo, lo mimo y lo consuelo. Le muestro todo lo que hemos caminado, todo lo que hemos construido, todo lo que hemos amado, todo lo que nos han amado. Los hijos que hemos tenido, la familia que tenemos, mis hermanos de sangre que me quieren, mis hermanos de montaña que están todavía vivos y que también me quieren. Lo que nos falta por vivir juntos, a Pedrito y a mí, que somos uno, que vamos juntos. Siempre dije que la montaña estaba conmigo, en mi mochila, que la abría cuando quería, hablaba de ella, y después la volvía a guardar hasta la próxima. Hoy ya no lo digo tan claramente, hoy sé que la montaña y yo somos lo mismo.

De hecho, una vez alguien me recomendó que hiciera un experimento. Recuerdo que un par de años atrás, una tarde, estaba muy inquieto porque al día siguiente debía viajar a Azul, una ciudad en la Argentina a dar mi testimonio sobre nuestra experiencia en los Andes, y estaba previsto que volaría en un pequeño avión corporativo. Había algo que me inquietaba y no sabía qué era. Ese día me imaginé a mí a los veintiún años, imaginé al Pedrito que volaba en el avión que se accidentó, lo senté frente a mí y le conté que al día siguiente iba a volar y que estaba inquieto por tener que subirme a un pequeño avión que consideraba riesgoso. A medida que fui contándole a Pedrito lo que me pasaba, empecé a temblar y a sentir mucho miedo. De golpe estaba temblando de pies a cabeza y muy asustado. No me podía recuperar, no paraba de llorar. Finalmente, pude recomponerme y sentí que abrazaba a Pedrito y lo consolé, le dije que no debía estar asustado, que ya habíamos hecho varias cosas juntos desde que salimos de la montaña, que lo comprendía pero que no debía tener más miedo ya que nada nos iba a pasar.

Después de abrazarlo y desahogarme con él, sentí una gran paz y al otro día realicé el viaje sin ningún inconveniente. Con una gran satisfacción de haberme conectado con mi Pedrito, el que estuvo en los Andes, y de disfrutar de ese viaje.

Aún con Pedrito a cuestas, no puedo relacionar nada en mi vida empresarial o familiar al hecho de que sobreviví setenta días en los Andes. No puedo decir que he tomado alguna decisión influenciado por lo sucedido en la montaña o que me ha permitido ser más paciente, persistente, tener una mayor inteligencia emocional o tener una visión más global de lo que sucede. Tampoco puedo decir que aprendí a valorar más las pequeñas cosas de la vida o que valoro de otra manera la vida familiar o la simple amistad. Tampoco que tengo más o menos miedo a volar en avión. De hecho, cuando el vuelo es tranquilo y el cielo está despejado los disfruto; cuando los aviones se sacuden y son pequeños, me asusto, como la mayoría de los pasajeros. Solo una vez, volviendo de Corrientes, ante la inminencia de un vuelo horrible por una tormenta que en esos momentos se desataba, decidí no volar. Me di vuelta y volví a casa diciendo que ya me bastaba con los Andes, no quería pasar otro mal trago. ¡Estoy seguro de que la mayoría de los pasajeros se hubieran vuelto conmigo!

No lo sé, yo creo que soy más o menos el que iba a ser si no me caía en los Andes. Antes del accidente, igual valoraba la familia, siempre fui sensible a los demás y más o menos he tenido desde siempre cierta capacidad de interpretar lo que pasa. De la misma manera, he sido siempre desconfiado, y esa desconfianza en ocasiones me ha dificultado integrarme en los ambientes nuevos en que me he tenido que mover. Tampoco salí con un especial misticismo. Sentí a Dios en la montaña, el Dios amor que ya conocía, con el que hablaba siempre, el que me decía que había que trabajar en la tierra para construir el reino de los cielos, pero que no producía milagros si uno no trabajaba fuerte. Ese Dios siguió conmigo desde entonces.

Creo que el accidente de los Andes aceleró en mí un proceso de maduración personal que ya se venía produciendo. Alejarme de lo social y poner énfasis en mi familia y en mí mismo fue el resultado lógico de mi proceso individual, ayudado por las circunstancias que se vivían en el país en ese momento y mi experiencia personal. En ese sentido, el accidente fue un momento de quiebre en mi vida que aceleró el proceso que yo ya venía viviendo.

La única referencia que tengo sobre lo que se decía a mis espaldas sobre los Andes mientras yo no hablaba públicamente del tema es lo que me ocurrió con el jefe del sindicato cervecero en la inauguración de una nueva fábrica. Después de saludarlo cordialmente, esta persona me miró y me dijo: "La gente está asustada, a usted le tienen miedo". Yo no entendía por qué decía eso, no había ninguna razón para que me temieran; por lo que este hombre, ante el pavor de quienes me acompañaban, agregó: "Los operarios tienen miedo de que los quiera comer". Es la única vez que alguien me ha sacado el tema fuera de contexto, realmente de muy bajo nivel.

Hasta ahora he regresado dos veces al lugar del accidente. La primera vez fue en marzo de 1995. En ese entonces, mi buen hermano Roy organizó una gran expedición, que salió desde San Rafael en la Argentina, en la que participamos trece de los dieciséis sobrevivientes. No fueron Nando, Bobby y Pancho. Fue un viaje increíble. En esos momentos yo era el gerente general de la Cervecería Quilmes y por muchos años había dejado completamente de lado el recuerdo de los Andes. Lo había guardado en mi mochila, bajo varias llaves.

Esta vez, había ido a visitar la fábrica de cerveza en la ciudad de Mendoza que estaba bajo mi responsabilidad y luego me hice llevar hasta la localidad de El Sosneado, en la falda de los Andes. Llegué con saco y corbata a encontrarme con un bullicioso y descontracturado grupo de mis hermanos sobrevivientes. El reencuentro fue fuerte. Yo los había dejado varios años atrás, con otros temas, y no había evolucionado con ellos. No conocía sus nuevas pautas y sus nuevos temas comunes, con lo cual llegué con las conversaciones y los chistes que hacíamos antes, y el choque cultural fue serio. En esos momentos, ellos se escandalizaron por la forma en que yo trataba los temas de la alimentación que ellos habían seguido procesando durante todo ese tiempo. Ya no hacían los mismos chistes, habían tomado cierta distancia con la antropofagia y hablaban de cosas que habían hecho en las cuales yo no había participado. Muchos de ellos habían viajado por el mundo promocionando el libro y la película ¡Viven! y habían adquirido cierta notoriedad. Se habían casado y algunos también descasado. Habían compartido varias experiencias juntos, entre ellas habían invitado al arriero Sergio Catalán a pasar un fin de semana en una estancia en Uruguay, habían cambiado de trabajo, se habían consolidado en algunas cosas y en otras no tanto. Además, habían escalado algunas montañas distintas de las mías. Yo me había casado, había vivido en los Estados Unidos, luego en Corrientes, a donde ninguno había ido, y estaba haciendo una carrera empresaria. Me había olvidado de los Andes, o por lo menos no había participado de los grandes eventos con mis hermanos sobrevivientes. En fin, ellos habían construido una historia que yo había vivido desde afuera. No era la mía. Pero allí llegué, expectante y con ganas de rencontrarme con mi parte de la historia, aunque fuera con saco y corbata.

Al otro día, acompañados por guías y arrieros, comenzamos el ascenso a los Andes y subimos al Valle de las Lágrimas. Luego de una cabalgata de dos días llegamos al lugar del accidente, para encontrar el mismo escenario que varios años atrás habíamos dejado. No recuerdo haberme quebrado ni haber descubierto la razón de mi vida ni nada por el estilo, pero estar con mis hermanos de la montaña de nuevo en el sitio del accidente fue importante. Nos abrazamos y rezamos, dimos gracias por estar vivos y aunque no lloré, viví intensamente ese reencuentro en la cordillera. Eso creo que fue lo más importante en esa oportunidad, el reencuentro con ellos en el lugar donde habíamos sobrevivido setenta días.

El avión ya no se veía. El glaciar se lo había tragado aunque aún había algunos restos desperdigados por el área. Al atardecer, nuestros acompañantes se retiraron y quedamos solos en el lugar del accidente. Pasamos la noche allí, en el Valle de las Lágrimas, en pequeñas carpas. Ese día, me tocó dormir en una carpa con Moncho17, a quien casi no había visto desde que salimos de los Andes y con quien tenía muy poca relación. La noche fue muy dura, un viento muy fuerte nos azotaba y nos hacía temblar de miedo en esa pequeña carpa. Recuerdo que incluso debimos cocinar nuestra cena dentro de la carpa, ya que el viento de la noche no nos permitía estar afuera. A la mañana siguiente, caminamos sobre el glaciar por el lugar donde había estado el avión, y entre las grietas pudimos ver los restos del fuselaje, varios metros por debajo. Reconocimos el lugar, intentamos ubicarnos en el mismo sitio donde estaba el avión, pero no lo pudimos hacer con precisión. El glaciar se había movido y, ya no era exactamente el mismo. Había muchísima menos nieve, aunque las montañas seguían allí, con sus mismas formas y filos. Estimo que quizás en miles de años el glaciar expulse desde sus entrañas lo que quede del avión.

Cerca del mediodía, mientras los guías de montaña y arrieros nos traían los caballos, apareció un grupo de periodistas. Yo intuía que eso iba a traer problemas. Algunos de mis hermanos y yo sentimos que invadían nuestra privacidad y los recibimos a pedradas. Otros, en cambio, se sintieron seducidos y halagados por la gente de prensa que nos seguía hasta allí. Una foto de tapa en una revista del momento, un nuevo artículo que resaltara nuestro valor, aparecer como protagonista de la historia, qué sé yo, fue el final del grupo tal como estaba organizado en esa expedición. La presencia de los periodistas produjo una metamorfosis y algunos de los que hasta ese momento habían estado tranquilos se destaparon y cambiaron su comportamiento. Roy, que hasta ese momento había dirigido con mano firme la expedición, perdió el control y el grupo se desarticuló ante la presencia mediática.

De todas maneras, el viaje fue conmovedor y me alegré de haber ido y de reencontrarme con el grupo de mis hermanos de los Andes y con la montaña. Finalmente, después de pasar dos noches en la altura, llegamos a San Rafael. Yo ya era nuevamente parte del grupo. Había aprendido las nuevas costumbres, había aprendido de nuevo cómo tratar entre nosotros ciertas cuestiones delicadas, sabía de lo nuevo que se podía hablar, y de lo que no, pero igual me divertía cada tanto sacar los viejos códigos y escandalizar un poco. Al llegar a Buenos Aires, tuve que dejar al grupo. Roy recuerda hasta el día de hoy mis palabras: “Debo cerrar las compuertas, mañana vuelvo a trabajar”. Al día siguiente, agotado pero feliz, nuevamente me puse el saco y la corbata y asumí el rol de gerente, con la montaña moviéndose en mi mochila.

Como remate de esa gran expedición, el 22 de diciembre de ese año se realizó una gran reunión en mi casa, a la que vinieron todos los hermanos sobrevivientes con sus mujeres. Incluso Moncho apareció con dos amigas. Fue una gran reunión, una de las pocas en las que hubo asistencia completa desde que salimos de los Andes.

Mi segundo viaje fue hace poco, en marzo de 2013. En el verano, Noelle y yo tuvimos la oportunidad de pasar algunos días tranquilos en la playa conversando con Raquel Nicolich, madre de Gustavo, quien murió en los Andes en el alud. Ella siempre siguió y apoyó a nuestro grupo de una forma incondicional. Para ella, su hijo vive en nosotros. También esos días, tuve la oportunidad de asistir a la presentación en Punta del Este del

libro de Eduardo Strauch, Desde el silencio, que me impactó por lo bien escrito que está, por lo emotivo, y por lo distinto que era de lo que podría ser un libro mío. En esos días, yo estaba particularmente sensibilizado por estas dos situaciones y justo me llamó un amigo, Maxi, para invitarme a que vaya con él y un grupo de gente a la montaña. Sin pensarlo mucho invité a Noelle a venir conmigo, y para mi sorpresa aceptó, así que unos días más tarde me encontraba de nuevo en San Rafael para iniciar otra expedición a los Andes.

Nuevamente, un viaje maravilloso, lleno de recuerdos y emociones. Quizás esta vez lo disfruté más. La montaña me volvió a impactar con su inmensidad y silencio. Volví a casa exhausto, y al día siguiente, mientras ordenaba unas fotos sentí que me bajaba un enorme cansancio y dormí dos días seguidos. Sin ese viaje, este libro no hubiera sido posible. Me ha permitido volver a conectarme con la montaña y darle forma a este proyecto que tenía postergado por muchos años. Quizás vuelva alguna vez más al Valle de las Lágrimas, ojalá que con alguno de mis hijos.

Cada 22 de diciembre la mayoría del grupo se junta para celebrar un nuevo aniversario de nuestra salida de los Andes. Pese a estar fuera de Uruguay, he asistido a varias de esas reuniones, aunque no a todas. Salvo en el 95 en Buenos Aires, nunca hemos podido estar todos. Por alguna razón siempre falta alguno.

Casi siempre me ingenié para pasar unos días de vacaciones en Uruguay a fin de año y coincidir con el evento. Por muchos años fueron reuniones que se hicieron en casa de Pancho, las últimas en lo de Carlitos o en lo de Roberto. Reuniones que fueron cambiando de carácter a medida que pasaba el tiempo. Al principio eran fiestas que terminaban con un gran baile. Después empezaron a aparecer los hijos y más adelante los nietos. Las últimas son reuniones multitudinarias, donde podemos ver cuán prolíficos hemos sido, y con orgullo miramos todo lo que no hubiera sido creado si no salíamos de los Andes. A veces lo paso mejor que otras; en las reuniones multitudinarias donde conozco a pocos pero todos saben quién soy, me pierdo un poco.

De todas maneras, cuando me preguntan qué aprendí en los Andes, en qué me cambió la vida, después de explicar que básicamente no lo puedo decir porque no sé quién hubiera sido yo si no hubiera caído en los Andes, intento comentar dos cosas. Primero, si yo me salvé fue porque trabajé para vivir las siguientes veinticuatro horas. Si bien soñaba con salir, como viendo una luz en la distancia, el foco estaba puesto en el día a día, en vivir ese momento. No me podía morir un poquito. Había que estar vivo siempre y lo mejor posible. Ese aferrarse a la vida para no morir nunca fue lo que nos permitió llegar al final de nuestro viaje. No teníamos un plan ni una idea preconcebida de cómo nos teníamos que salvar. Estábamos rodeados por la incertidumbre, pero día a día, con nuestros aciertos y nuestros errores, fuimos construyendo nuestra historia que permitió que al final dieciséis de los cuarenta y cinco hayamos podido salir de la montaña. Siento que muchas veces en nuestra vida estamos perdidos, no sabemos hacia dónde tenemos que ir y sin embargo tenemos que avanzar igual, tenemos que caminar con la esperanza y convicción de que a medida que caminamos vamos despejando las alternativas y eventualmente llegaremos a destino, al menos a algún destino.

Lo segundo es que nosotros no somos un ejemplo de convivencia fraterna ni de trabajo en equipo. Bueno, sí trabajamos en equipo, pero no porque habíamos hecho un curso de trabajo en equipo o de supervivencia en la montaña ni porque éramos un equipo de

rugby. Trabajamos en equipo porque cada uno de nosotros se quería salvar, pero para que eso fuera posible nos teníamos que salvar todos juntos. El instinto de supervivencia es individual. Cada uno quería salvarse a sí mismo pero nadie se podía salvar solo. Por otra parte, nadie ganaba algo salvando a los demás si no podía salir. Ese mismo instinto de sobrevivencia nos decía que como grupo teníamos más posibilidades de salir. Por eso trabajamos como equipo. No por generosidad absoluta ni nada de eso, sino porque cada uno íntimamente necesitaba del otro para poder salir de la montaña.

Allí arriba también nos peleábamos. Teníamos nuestros conflictos y no todos éramos amigos. Disputábamos espacios de poder y autoridad dentro del grupo. Luchábamos por ser escuchados, por ser tenidos en cuenta, por no ser marginados. Yo sentía que en eso se nos iba la vida. Cada uno tenía sus estrategias más o menos explícitas. Tenía mis amigos y quienes no lo eran. Sabía en quién podía confiar y en quién no. Creía entender cómo operar dentro del grupo y cuando tenía una idea sabía a quién decírsela primero, quién estaría de acuerdo y quién no, simplemente porque la había dicho yo. Podía decir quién me iba a proteger, quién sería mi aliado... Había algunos a los que simplemente había que aguantar, a otros debimos o deberíamos haberle puesto algunos límites. Y eso pasa siempre. Todo eso generaba tensión. Cuando los grupos trabajan en temas adaptativos se genera tensión. No era fácil adaptarnos a lo que vivíamos, teníamos valores y creencias que revisar, paradigmas que se nos caían, cosas que cambiar y resistencias atávicas que superar.

Gracias a Dios, siempre descubrimos formas de encontrar el camino de la reconciliación. Después de una gran pelea o gran discusión, la cosa no pasaba a mayores. No es que volvíamos todos a ser amigos. Pero nunca hubo agresiones violentas y en la noche reinaba una paz que nos permitía descansar.

Hoy la cosa sigue igual. Algunos son prenda de concordia y nunca pasa nada, otros no lo son. A algunos les saco chispas, otros me sacan chispas y les tengo poca paciencia. Aunque hoy no puedo decir que somos todos amigos, igual los quiero mucho por todo lo que pasamos, por lo que los conozco en la intimidad, porque al final, con errores y aciertos, son mis hermanos de la montaña.

Hace poco, con motivo de los cuarenta años de nuestro accidente en los Andes, se hicieron varias actividades. Un grupo de mis hermanos sobrevivientes viajó a Buenos Aires e hicimos un evento conjunto en el salón de actos del Colegio San Pablo organizado por mi amigo Miguel Altgelt. Tranquilamente, ocho de los dieciséis sobrevivientes contamos lo que pasó. En retribución, cuando Canal 12 de Montevideo organizó una entrevista con todos los sobrevivientes, no pude decir que no y fui. Yo prácticamente no había hablado en Uruguay, por lo cual esta entrevista era para mí un desafío. Y fue una entrevista extraña.

Casi sin darme cuenta y sin demasiado esfuerzo del conductor del programa, el grupo se zambulló en la antropofagia. Parecía que no había otro tema y para mi sorpresa varios de mis hermanos participaron activamente de la discusión. Yo me sentía incómodo, no tenía mucho que aportar. En determinado momento se hizo un silencio y aproveché para decir que me estaba aburriendo y que me quería ir. Mi voz se escuchó clarita y las cámaras se enfocaron en mí. Aclaré con gran incomodidad que no me gustaba que la mayor parte de la conversación girara sobre el tema de la antropofagia, como si fuera lo único, como si no se pudiera hablar de otra cosa. El coordinador del programa me

preguntó sobre qué otras quería hablar. Le dije que la antropofagia para mí era un incidente más de los que habíamos pasado, que lo importante era la solidaridad, la lucha por la sobrevivencia, nuestra dinámica grupal, cómo habíamos vuelto a casa, lo que habíamos hecho después, de lo importante que era que cuarenta años más tarde los dieciséis sobrevivientes seguíamos con vida y habíamos vivido una vida normal. No soné muy convincente. Viendo después el programa, noté la cara espantada y risueña de mis compañeros, no podían creer una participación tan desubicada.

Pero no fue desubicada para mí. Ese soy yo en esencia, saliendo al ruedo con una observación imprudente, poniendo mi cuello para que me lo corten, diciendo lo políticamente incorrecto, lo que no correspondía. Quizás allí en la montaña esto pasó inadvertido porque tenía otras prioridades que atender, pero lo he hecho en muchísimas otras ocasiones. Cuando "se me suelta la cadena" estallo sin darme cuenta de las consecuencias.

Repasando lo escrito, también la antropofagia tiene una parte importante en este libro, pero para mí no es lo más importante, es lo que había que hacer.

Igualmente, hablar en Uruguay me intimida un poco. No sé por qué. Quizás sea por la presencia o cercanía con los familiares de los que no volvieron, por las críticas que he escuchado a algunos de mis hermanos por cómo hablan del tema, quizás porque en mi propia familia a alguna de mis hermanas no le gusta o no entiende que yo hable o quizás sea para mantenerme artificialmente diferente del resto de mis hermanos de los Andes. Lo lamento por mi madre y por todos los que sí quieren escucharme; pero por ellos lo seguiré haciendo cuando tenga oportunidad y espero poder presentar este libro también en Uruguay.

Creo que lo que sí somos es un grupo resiliente. Resiliencia, esa palabra que viene de la física y que explica nuestra capacidad de volver a nuestra forma anterior, a volver a vivir una vida normal y de no romperse en la tensión más profunda. Nosotros hemos sido resilientes y más o menos hemos aterrizado donde íbamos a aterrizar si no nos caíamos en los Andes, y con nuestros Pedritos a cuestas hemos hecho vidas parecidas a las que íbamos a vivir de todas maneras. Y hemos tenido más montañas, más éxitos y fracasos, como todo el mundo. Pero hemos sido resilientes porque allí no estábamos solos y en ningún momento nos quebramos. Éramos un grupo, y nos reflejábamos en el otro, la mirada de mi hermano nos hacía recordar que éramos humanos. Nos reconocíamos en el otro, nunca estuvimos solos. Y luego, cuando volvimos, lo único que hemos recibido ha sido cariño, comprensión y amor. Donde sea que vamos, las personas se interesan sanamente por nuestra historia y les encanta escucharla, conmovidos, pensando en sus propias montañas, en sus propias dificultades, pero muy atentos, respetuosos, pensando en que si nosotros pudimos superar nuestra montaña, cada uno puede con la suya. Y ese cariño, comprensión y amor que recibimos donde vamos es lo que nos ha permitido hacer una vida normal. Ojo, no una línea recta siempre ascendente de éxitos, sino una vida normal con éxitos y fracasos.

En alguna ocasión he hecho referencia a una historia que escuché del monje benedictino Anselm Grum. Dijo que los hombres, cuando les suceden cosas graves, pueden hacer tres cosas. Una es no poder resolverlo y quedarse enredado en el pasado, trabajando sobre una herida que no cicatriza y permanece abierta, buscando culpables y buscando, por qué no, justicia. Esta postura, por más que en ocasiones sea correcta, no sana, no

permite dar vuelta la hoja y mirar hacia adelante. Lo otro que podemos hacer es intentar olvidar lo inolvidable y vivir como si no hubiera pasado nada, sin reconocer que de hecho sí nos ha pasado algo y que tarde o temprano esa herida se manifiesta. Y la tercera es hacer como las ostras, que cuando reciben una herida, como un grano de arena que las penetra, se concentran sobre esa herida, en ese grano de arena para transformarlo en una perla y ofrecerla al mundo. No se quedan anclados a ella y pueden ofrecer el resultado de su herida a los demás. Es una parábola muy hermosa. Yo por mucho tiempo busqué mi perla, sin saber dónde estaba, preguntándome qué tengo para ofrecer. Finalmente, creo haberla encontrado, mi perla es nuestra resiliencia, es justamente esa capacidad que todos nosotros hemos tenido de haber resistido sin rompernos y haber podido hacer una vida normal después de haber sobrevivido a los Andes.

También estoy convencido de que si al momento de caer en la montaña nos hubieran dicho "no se preocupen, en setenta días los vamos a venir a buscar", seguramente hubiéramos muerto. Era una tarea demasiado grande, sabíamos que no podríamos haberla cumplido. A nosotros nos salvó la incertidumbre, la necesidad de vivir al día, de sobrevivir para vivir un día más y eventualmente llegar al final. Eso nos mantuvo enfocados en lo inmediato, en contacto con nuestras manifestaciones más básicas, más vitales, sin complejidades, viviendo día a día. Si no hubiésemos tenido la incertidumbre, hubiéramos tenido la certeza de que setenta días no íbamos a poder aguantar, y seguramente no hubiéramos salido.

¿Qué pasa hoy con el grupo? Nos queremos y sentimos un aprecio fraternal, aunque a algunos los quiero más que a otros. Nos juntamos casi todos una vez por año en Montevideo, cerca de cada 22 de diciembre para festejar los aniversarios. Las reuniones son amenas, más o menos fáciles aunque multitudinarias por la cantidad de hijos y nietos que hemos engendrado.

En la práctica lo que nos ha mantenido unidos ha sido la saga de la historia. Se escribe un libro, se filma una película, peleamos por los derechos, hacemos algún compromiso y nos hacen algún juicio. Eso nos ha mantenido unidos. Lo que pasó ya pasó hace muchos años y no alcanza. Los grupos necesitan objetivos presentes para mantenerse unidos, si no se dispersan. De todas maneras, la base está y nos seguimos reconociendo como los "sobrevivientes de los Andes".

Los dieciséis que salimos de la montaña no somos personas especiales. No es cierto que los que salimos somos los que teníamos la actitud correcta ni nada por el estilo. Salimos los que estábamos sentados en el lugar adecuado el día que nos estrellamos en la montaña, los que estábamos durmiendo en el lugar adecuado el día que nos cayó el alud. Nosotros no somos distintos de nuestros amigos que no volvieron. Yo no soy distinto de Arturo y Felipe, ellos amaban la vida tanto como yo. Algunos de los que no volvieron hicieron contribuciones importantísimas al grupo mientras estuvieron con vida en la montaña, o hubieran hecho contribuciones mucho más importantes que nosotros si hubieran sobrevivido. Pero no están, y hoy lo único que podemos hacer es agradecerles en silencio lo que hicieron al morir, permitiéndonos a nosotros poder vivir y luego contarlo.

Hoy, todavía, los dieciséis que salimos de los Andes estamos vivos y haciendo una vida normal. Lamentablemente, o no, la vida nos ha llevado por distintos caminos, como no

podía ser de otra manera. Yo estoy en Buenos Aires. Roberto es un gran médico y orilla en la política, trabaja para mantenernos unidos pero no siempre lo consigue; sigue siendo el mismo de siempre, activo, con gran entrega, generando simpatías y a veces ruido. Fito no habla mucho pero cuando habla dice cosas interesantes. Dos de los Strauch han escrito libros y les ha ido muy bien. El de Eduardo es fantástico; él dice haber encontrado en la montaña un estado superior de conciencia. El de Daniel es complejo, es más personal y poco tiene que ver con la montaña. Daniel fue central para el grupo y lo ha seguido siendo después. Hay quienes aseguran que los Strauch eran un triunvirato pero yo creo que no; Daniel era el que mandaba, los otros no poseían el peso específico que él tenía. Nando, uno de nuestros héroes, quien perdió a su madre y su hermana en la montaña, es un gran empresario y sigue caminado por el mundo dando increíbles conferencias. Cuando empecé a hablar de los Andes, me dio dos o tres buenos consejos y se lo agradezco. Mantiene esa enorme fuerza de voluntad que le permitió realizar aquella epopeya. Carlitos tiene muy pulida su historia personal de múltiples cordilleras y da muy buenas conferencias, pero tiene un mundo propio en el cual yo no entro. Tintín aparece poco pero tiene cosas muy lindas para decir. Estuvo herido en la montaña, se recuperó y acompañó a Nando y Roberto yendo y viniendo de la cola del avión y después los acompañó en la parte más difícil de la expedición cuando escalaron el cerro que nos separaba de Chile. Es un poco el héroe olvidado. Coche, quien me ha agradecido ser su pariente en la montaña, nos alimentó con la Fundación Viven, su pintura y su desapego para vivir, su increíble cariño y don de ser, hasta hace poco fumando como un escuerzo. Es como mi hermano mayor. Bobby sigue igual, es muy cariñoso, ha tenido mil montañas y las sigue subiendo de a una. Álvaro, a quien veo también poco, se recuperó de su pierna rota, es amable y hace una vida normal. Pancho está bien, es cariñoso y lejano, pero no ha vuelto a volar desde que caímos en los Andes y no quiere hablar del tema. A Javier, su misticismo que no comparto lo lleva a ver a Dios en la razón de todo lo que nos pasó. Se ha vuelto a casar y entre Liliana, muerta en la montaña, y Ana María, su actual mujer, ha tenido ocho hijos. Roy, mi amigo, quien yo siempre creí que me había salvado del alud aunque él ahora dice que no, con quien compartí durante muchos años la fobia de hablar de la montaña... ¿qué irá a decir de este libro? ¡Cómo me gustaría que lo entendiera! Él tiene mucho para contar, pero lo cuenta en cuentagotas. Y cuando se lo propuso, ha podido conducir al grupo por desfiladeros complicados. A Moncho los negocios y el amor lo han llevado hasta el Paraguay y dispara desde allí. Me he reconciliado con Gustavo, a quien miraba sin entender. Hicimos un increíble viaje a Chile para saludar a las familias de los mineros que estaban bajo tierra. Un viaje donde nos reencontramos y aprendí a quererlo por lo que es. Todavía tengo que aprender a querer a otros por lo que son, pero no importa, los quiero por lo que pasamos juntos, por nuestra historia que nos une, por el halo invisible que nos protege.

En ocasiones hemos hecho presentaciones o conferencias todos juntos. Y la verdad es que salen bastante ordenadas. Intentamos que cada uno vaya contando algo de lo que pasó o nos distribuimos con anterioridad algún tema para hablar. No hemos tenido problemas y parecemos un grupo unido y coordinado. También recuerdo con gratitud las veces que Roberto me ha invitado a pasar al frente a contestar preguntas y recuerdo una noche memorable en la que yo invité a Roy a pasar. Roy estuvo genial y deslumbró con sus respuestas honestas e ingeniosas. La última vez que hicimos algo en conjunto fue con Eduardo, en la que, sin huir de nuestras diferentes interpretaciones de lo ocurrido, tuvimos muchas más coincidencias de las que yo pensaba.

De todas maneras, hace muchos años, en una conferencia que dieron tres o cuatro de los sobrevivientes en algún lugar de Buenos Aires, a la que yo había ido sin darme a conocer, Gustavo dijo en voz alta que, escondido entre el público, había otro sobreviviente de los Andes y que no quería hablar. Fue un momento realmente embarazoso, era la época en la cual yo no hablaba públicamente del tema, no estaba preparado y no supe qué responder ni recuerdo cómo salí de esa situación. Hoy el panorama ha cambiado y tengo las cosas un poco más claras. Eso no volvería a suceder.

Cuando cumplimos treinta y cuarenta años del accidente, un grupo grande de sobrevivientes viajamos a Chile acompañando a los equipos de rugby del Old Christian a rememorar el partido con el Old Grangonians, que teóricamente íbamos a jugar cuando nos accidentamos en los Andes. En ambas oportunidades hicimos una especie de parodia de los partidos de rugby y en ambos participé con mucho entusiasmo. En el primero envié una pelota afuera cuando no estaba previsto que lo hiciera y en el segundo capturé el balón en el aire... ¡quebrándome un dedo de la mano! El evento fue muy entretenido y nuestros amigos chilenos nos agasajaron con una gran generosidad. En ambos casos, apareció Sergio Catalán, el arriero que había encontrado a Roberto y Nando y que ya bastante entrado en años se ha transformado en una especie de ícono de nuestra sobrevivencia.

Yo no he tenido demasiado contacto con Catalán. Salvo en estas ocasiones, no lo había visto por cuarenta años. En sus viajes a Uruguay invitado por nuestro grupo o bien cuando se lanzó el libro o la película ¡Viven!, muchos de mis hermanos sobrevivientes habían tenido la oportunidad de conocerlo un poco más o de simplemente conversar con él. Yo no estuve en ninguna de esas oportunidades, con lo cual Catalán, pese a que he vuelto a Chile infinidad de veces, era para mí solo una referencia alegre y simpática en nuestra historia.

Sin embargo, hace poco, visitando con Noelle la zona de San Fernando en Chile, busqué la casa de Catalán y cuando la encontré, toqué timbre en una casa muy sencilla en la precordillera chilena. Me atendió un anciano que apenas podía caminar. “Don Sergio, soy Pedro Algorta, uno de los sobrevivientes de los Andes, lo vengo a saludar”. Catalán no salía de su alegría y emoción. Me hizo pasar a su casa en la que estaba solo y nos acomodó en el salón principal. La sala de Catalán parecía el museo de los Andes, repleta de los más diversos afiches, fotos y recuerdos de sus cuarenta años de vida con nosotros. Todo allí respiraba nuestra aventura, todo remitía a los Andes.

Don Sergio estaba mal de la cadera y Roberto y Gustavo estaban coordinando con sus amigos médicos de Chile una operación que después supe que fue exitosa y Don Sergio recuperó la movilidad que cuando lo vi tenía muy restringida.

Estaba feliz de verme por más que yo era uno de los sobrevivientes que menos atención le había prestado en todo este tiempo. Cuando nos despedimos me agradeció la visita y me pidió que no nos olvidáramos de él porque él se acordaba mucho de nosotros.

Hemos tenido una vida normal. Algunos se han caído y levantado mil veces, algunos han tenido problemas de alcohol y drogas, otros se han casado varias veces. En mi caso, sigo siendo algo marginal al grupo, vivo en otro país, mis hijos no se han criado con los hijos de mis hermanos de montaña ni con los hijos de los hermanos de los que no volvieron. Hoy mis hijos se han ido más lejos, a vivir a España, y nos han dejado a

Noelle y a mí solos con el perro. Que mis hijos se hayan ido lejos no es trivial. Me ha costado un montón. No era mi plan. Por suerte los vemos seguido, en Buenos Aires, Uruguay o en España. Pero la ida de mis hijos, impulsada por la crisis argentina de 2001 y por las pocas raíces familiares que creamos en la Argentina, ha sido mi montaña desde entonces. Y aquí estamos con Noelle subiéndolas de a una.

Lo que sí creo es que no solo nosotros somos sobrevivientes. Todos, los que caímos en la montaña y los que no, pasamos en nuestra vida por situaciones límites, muy difíciles, que no sabemos cómo vamos a resolver. Por suerte, la vida nos da revancha. Creo que la única diferencia que existe entre la relación que yo tengo con mi evento de sobrevivencia y la relación que cada persona tiene con sus propios eventos de sobrevivencia, es que la mía es más conocida, se han escrito libros y se han hecho películas, pero en el fondo todos estos eventos son relativos. El tiempo ha ido cicatrizando las heridas y no hemos vivido aterrorizados por los fantasmas del accidente. Si estos eventos de sobrevivencia no fueran relativos, yo no podría haberme recuperado y vivido la vida normal que he vivido; me la habría pasado pontificando sentado arriba de una montaña o creyendo que después de aquello había encontrado la piedra filosofal y que nada más me podría pasar. Y la verdad es que no ha sido así. Después de aquella montaña, hubo más y más montañas, porque así es la vida. Se trata de ir subiendo montañas.

Yo he tenido muchas más montañas. Quizás no tan claras como la de los Andes. Pero tanto en mi vida familiar como profesional, he tenido dificultades para lo cual haber superado aquella hace muchos años no me agrega tanto. La ida de nuestros hijos a España ha sido la gran cordillera que últimamente Noelle y yo hemos tenido que atravesar. Nos requiere adaptación, aceptarnos en nuestra nueva realidad, estar dispuestos a viajar cuando ellos lo necesitan y dejar las comodidades que tenemos en nuestra casa para ir a trabajar con gusto de padres y abuelos. No estaba en mis planes pero, como sabemos, los planes nunca se cumplen, y en definitiva no es tan grave por más que a mí esta nueva montaña me ha costado un montón.

Por otra parte, yo no elegí con quién me caí en los Andes. Tampoco elegí a mis hermanos, a mis padres, ni a mis vecinos. En general, uno tampoco elige con quienes trabaja. Están allí cuando uno llega. Cuando aceptas un trabajo, viene con la gente que te rodeará. En ocasiones puedes o debes cambiar a uno o dos, pero en general, es lo que tienes, y lo que corresponde es aprender a trabajar con quienes te ha tocado, de la misma manera como nosotros aprendimos a trabajar juntos en la montaña, con quienes nos tocó. Yo creo en la diversidad, en que más o menos todos tenemos nuestras habilidades y fortalezas distribuidas. Lo bueno es aprender a sacar de cada uno de los que forman un equipo lo mejor. Estoy convencido de que los grandes equipos se forman con gente normal, trabajando en forma extraordinaria, con dificultades y tensiones, pero enfocados en sus desafíos. Y aprovechando los talentos relativos. Como lo hicimos nosotros en los Andes y he intentado hacer después en mi vida profesional.

Cuando se cumplieron veinticinco años de mi graduación en la Universidad de Stanford, asistí a un encuentro con mis compañeros de promoción en Palo Alto, California. Mis compañeros de la universidad, a quienes no había visto durante ese tiempo y en general habían vivido vidas internacionales, organizaron varias mesas de debate donde aquellos a los que les habían pasado cosas significativas en su vida compartían con los otros sus experiencias. Yo no hablaba de la montaña, así que no me invitaron a hablar de lo mío.

Uno de los que hablaba, Michael O'Brian, contó cómo fue que escapó con vida el día que los aviones secuestrados por Al Qaeda impactaron en las Torres Gemelas de Nueva York. Su relato fue desgarrador. Michael no podía contener su emoción y terminó su presentación en un mar de lágrimas. Estábamos todos conmovidos. Pero ahí me di cuenta de que cuando yo estuve estudiando en esa universidad, a los ocho años de haber salido de los Andes, no podría haber hecho lo mismo, no podría haber contado abiertamente lo que me había pasado. Seguramente me hubiera quebrado y no estaba preparado para eso. ¿Cómo hubiera podido continuar los estudios, cómo iba a volver a casa a ayudar a mi mujer y a mis hijos después de quebrarme contando una experiencia tan conmovedora? Pero en ese momento sentí que el tiempo ya había pasado y que ya podía abrir mi mochila y contar qué fue lo que pasó en los Andes. Así que me acerqué a Michael y le dije: "Me gustaría contarte mi historia". Y se la conté. Sentí que le hacía mucho bien, sentí que también me hacía mucho bien a mí, que contribuía a sanar también mis heridas. Michael me escuchó impresionado, me conocía pero no conocía mi historia, me agradeció muchísimo y posteriormente me invitó a que fuera a su casa en Nueva York a contarle a su gente lo que me había pasado y cómo después había podido hacer una vida normal. Así que al poco tiempo viajé a Nueva York y me junté con los amigos de Michael y las familias de los que habían muerto en las Torres Gemelas y les conté mi historia, la conté con detalles y cómo después, pese a todo, pude hacer una vida normal.

Lo mismo se repitió más adelante en 2010, cuando los treinta y tres mineros chilenos quedaron atrapados en una mina en Copiapó. Yo seguía los eventos a distancia, sin relacionar nuestra historia con lo que ellos estaban atravesando. Pero quedé impresionado por el hecho de que descubrieron que todavía estaban vivos y apenas se podían comunicar con ellos. Por varios días los mineros escuchaban que los buscaban, pero no sabían si los iban a poder rescatar con vida.

Ese día, me llamó mi hermana Trinidad y me dijo: "Pensé mucho en ti". Ahí me di cuenta de que como sobrevivientes de los Andes teníamos algo que decir. Me puse en contacto con mis amigos chilenos y les propuse que un grupo de nosotros fuera a Chile a dar un mensaje de esperanza a las familias de los mineros que aguardaban con gran angustia e incertidumbre que sus maridos e hijos que estaban bajo tierra pudieran salir. Allí fuimos Coche, Gustavo, Moncho y yo, pero cuando llegamos a la boca de la mina nos dimos cuenta de que no teníamos mucho que decir, nuestra sola presencia, el hecho de que los familiares de los mineros vieran que casi cuarenta años después de salir de los Andes seguíamos vivos y teníamos una vida normal, era suficiente mensaje de que su gente, eventualmente, iba a salir del pozo en el que estaba y posteriormente también iba a poder hacer una vida normal. A algunos les iba a ser más fácil que a otros, algunos también volverían a bajar a las minas, pero cuando salieran se podrían recuperar y hacer una vida parecida a la que llevaban antes. Fue un viaje increíble, aprendí mucho de ellos, aprendí de los profesionales que atendían a los mineros, aprendí mucho también de lo que nos había pasado a nosotros en los Andes.

Cuando hablé con los profesionales que asistían a los mineros, me contaron cómo es que pese a que ya habían establecido contacto con ellos, no se anticipaban a solucionarles todos sus problemas, dejaban que ellos los presentaran, a su tiempo, y recién ahí los ayudaban para que los mineros mismos trabajaran en la solución. Querían que ellos estuvieran activos y enfocados en los temas que tenían que resolver, que no se

relajaran esperando un rescate que llegaría aún sin fecha preestablecida, que los mineros sintieran que todavía eran protagonistas y que la solución dependía mucho de ellos mismos.

También trabajaban en el control de la tensión y del estrés. Lo ideal es que tuvieran el adecuado nivel de tensión, el que se producía cuando ellos realizaban su trabajo adaptativo, cuando se ponían a resolver sus problemas. De nuevo, no abandonarse, no relajarse; trabajar y ser protagonistas de lo que les estaba tocando vivir.

Hace poco tiempo, conocí a Mario Sepúlveda, uno de los mineros accidentados. Tuvimos un par de encuentros muy emotivos. En uno de ellos, contó ante una gran audiencia que nos tenían presentes en la mina e incluso recordaba el breve contacto telefónico que Moncho había tenido con ellos desde la superficie. Contó que a los pocos días del accidente, ya se estaban planteando que quizás deberían de proceder como nosotros y alimentarse de carne humana. Me descolocó su comentario y le dije: "Pero Mario, ¡ustedes no tenían muertos!". Respondió: "No importa, ya los íbamos a tener. Yo ya había preparado una parrilla para cocinar al primero que muriera". Mario... ¡qué personaje! De todas maneras, aun en el límite, ellos tampoco se mataron entre sí, y al igual que nosotros, colaboraron para sobrevivir. Y nos tuvieron presentes, nuestra epopeya estaba con ellos; sentían que si nosotros pudimos salir, ellos también podrían y trabajaron duro para conseguirlo.

A lo largo de este reencuentro con la montaña, por una parte tomo distancia de ella para poder entenderla mejor y al mismo tiempo me conecto íntimamente con ella a través de mis sentimientos y recreación de vivencias. En este proceso de "vuelta a casa", en el que he sido capaz de vivir una vida normal y de asumir también que la montaña está en mi mochila y se mueve, hubo varias situaciones en particular que me han ayudado. Varias ya las he mencionado, pero creo que para mí fue particularmente importante empezar a escribir un blog, el cual me permitió ir ordenando mis ideas y mis pensamientos. El blog fue muy importante cuando lo comencé allá por 2008 e invertí en él varias horas de mi tiempo. Con ideas no muy claras del derrotero que llevaría, fue testigo de los cambios que fui realizando en el tratamiento de los temas que iban apareciendo.

Aunque el blog tenía un problema. Cuando me conectaba conmigo mismo y escribía mis recuerdos de la cordillera, tenía una repercusión razonable y varias personas comentaban mis entradas. Pero cuando me salía de lo testimonial y probaba con algo más conceptual o alguna reflexión vinculada indirectamente con los Andes, recibía muy pocos comentarios y los blogs necesitan comentarios para que quienes los escriban sientan que no están escribiendo al vacío, que hay alguien leyendo. Es decir, tenía dos tipos de público y no me podía dirigir a ambos a la vez.

A esto se debe la estructura del libro. Durante mucho tiempo me debatí cómo debería escribirlo, hasta que finalmente encontré esta forma. Una primera parte eminentemente testimonial y emocional, y después, poco a poco, voy saliendo del día a día de la cordillera hasta enfocarme en mi "vuelta a casa" y en mis elucubraciones intelectuales. ¿Qué te parece?

Cuando empecé con el blog apareció la gente de Re Viven. Ellos forman un grupo virtual y son nuestros más fieles seguidores. Nos perdonan todo, y nos siguen a todas

partes. Conocen más de nuestra historia que nosotros mismos, porque se han tomado el trabajo de cruzar todos nuestros relatos, viajan todos los veranos a explorar el lugar donde caímos en los Andes y al Uruguay o a Chile todos los 13 de octubre a presenciar el partido que la gente del Old Christian juega con los chilenos. De hecho les he pedido fotografías e información complementaria para aclarar algunas partes de este libro. Saben exactamente por dónde cayó el avión, las razones del accidente y tienen una increíble colección de fotos, libros y otros elementos. Allí por 2008, cuando empezaba a hablar de los Andes, un día me llamaron porque me querían conocer. Recuerdo que años atrás me habían llamado, pero yo todavía no estaba predispuesto ni mucho menos preparado para abrir a desconocidos mi mochila con la montaña. Pero esta vez acepté y de todas partes del mundo llegaron más de cincuenta personas a mi casa a comer empanadas un domingo al mediodía. Recuerdo que los vi llegar como una marea humana caminando mientras se acercaban a mi casa. Son un grupo muy especial, nuestra barra brava más fiel. Todavía hoy, cuando alguien se conecta conmigo en busca de información, le recomiendo que hable con ellos, como también les avisaré cuando publique este libro... ¡al menos me garantizo cierta audiencia en la presentación! De todas maneras, siempre me intrigó este y otros grupos parecidos. ¿Cómo es que tenemos grupos de fanáticos que nos siguen por todos lados? Qué increíble nuestra historia, que todavía hoy genera estas reacciones. Si quieres saber sobre ellos los puedes visitar en www.facebook.com/groups/Reviven/

En estos últimos cinco años, mucha gente me ha invitado a dar mi testimonio. En ocasiones cuento mi historia y me voy; a veces, dirijo un taller en el cual les pido a los participantes que validen mis conclusiones con su vida de todos los días. Otras veces lo mezclo con mi carrera empresarial y lo que he aprendido del liderazgo en situaciones adaptativas. Me ha tocado compartir el escenario con otra gente, con profesores universitarios, con veteranos de guerra, tanto de Vietnam en los Estados Unidos como de las Malvinas en la Argentina, otras veces con algún deportista que quedó parapléjico o alguna persona que lucha contra una enfermedad terminal. He hablado en colegios, universidades, empresas, hospicios, casas de salud, congresos y hasta en casas de familia, de por aquí y por allá. Desde eventos como las charlas TED hasta clases en alguna universidad en los Estados Unidos. Ha habido miles y no quiero enumerarlas para no abrumar ni olvidarme de alguna. Pero todas las charlas tienen un denominador común. La gente viene por curiosidad y con respeto, pero cuando escucha nuestra historia, a cada uno se le presentan sus propias montañas y se plantea que si nosotros pudimos con las nuestras, también ellos pueden con las suyas.

En algunas oportunidades, dentro de quienes me escuchan, aparece alguno de mis amigos de antes y a quien no había vuelto a ver desde entonces. O gente que me ha conocido, ha sido mi amiga, ha trabajado conmigo pero nunca se animó a hablarme del tema. Lo concreto es que en toda mi vida "normal", salvo en la situación del jefe del sindicato ya mencionada, en poquísimas ocasiones alguien me sacó el tema espontáneamente. "De eso no se habla" parece ser la norma. Está bien. A mí no me gusta hablar de los Andes fuera de contexto. Si me preguntan por la calle, no respondo. Necesito el ambiente y la atención necesaria y así fue todas las veces que he hablado del tema. Pero cuando aparece esa gente que me ha conocido y no se ha animado a hablarme del tema, se produce una química especial, mi testimonio es dirigido a ellos, en gratitud por el respeto que han demostrado con su silencio y en gratitud también por su interés en escuchar lo que ahora tengo para contar.

Eso mismo pasa con mis hijos. Ellos me han conocido haciendo mi vida “normal”, donde el tema de los Andes, si bien nunca fue ocultado, no es ni por asomo lo central en nuestra vida, solo marginalmente se tocaba en la mesa familiar. Era como si yo tuviera una mancha en el hombro, todos la conocen y saben que está, pero de eso nunca se hablaba, a no ser que yo lo tocara. Recuerdo que fuimos juntos a Canadá cuando se filmó la película ¡Viven! y que han participado en otros eventos con mis hermanos de los Andes. Pero nunca estuvieron demasiado involucrados y no conocen a sus “primos de los Andes”. Ahora esperan con ansiedad qué es lo que diré en este libro.

Ahora mis hijos viven lejos. Los tres viven en España, y de alguna manera, ya adultos, todos me han ido a escuchar en alguna presentación. Ceci me escuchó con Roberto en el Colegio Newman en Buenos Aires y en la oficina de Max en Barcelona, Fernanda en Madrid y Barcelona un par de veces, y José me ha tenido que acompañar hasta el Líbano para escucharme. Los tres son mi audiencia más especial.

Ahora me preparo para la próxima. En mi próximo viaje a España, tengo programada una charla muy particular. Debo ir al jardín de infantes de mi nieto Mateo, de cinco años, y contarle a él, a sus compañeritos catalanes y a sus padres que el abuelo de Mateo, además de ser un flor de tipo y vivir muy lejos, en la Argentina, también tiene la particularidad de que cuando era joven se cayó en un avión y sobrevivió setenta días en los Andes.

17 Ramón Sabella.

Están los héroes y están los líderes. Los líderes son líderes en tanto y en cuanto realizan actos de liderazgo. En nuestro caso hubo enormes oportunidades de liderazgo, y todos, desde nuestras fortalezas y debilidades relativas, dimos un paso al vacío para tomar un riesgo y producir un cambio, para que el grupo tomara conciencia de lo mal que estábamos y de todo lo que había que hacer.

También están nuestros héroes, que son los que hicieron lo heroico, hicieron lo que yo no podría haber hecho, ellos caminaron por diez días por la montaña en las condiciones más increíbles hasta encontrar ayuda y que nos vinieran a rescatar.

Así es el heroísmo, lleno de sacrificio. Ellos podrían haber muerto por nosotros. Los héroes son absolutamente necesarios. Los líderes también, pero quien ejecuta un acto de liderazgo debe cuidarse y evaluar los riesgos ya que debe sobrevivir para la próxima batalla.

Segunda Parte

Reflexiones cuarenta años después

LA MEMORIA

Escuché decir al doctor Facundo Manes que uno recuerda las cosas como la última vez que las contó. Es decir, no necesariamente como fueron, sino como las hemos contado, y cada vez que contamos una historia, la vamos modificando y así vamos construyendo nuestro propio relato.

Eso nos pasa a los sobrevivientes de los Andes, y supongo que a cualquier sobreviviente con su propia historia. No en balde, hay dieciséis historias y cada uno de nosotros tiene su relato. Todos válidos, todos creíbles. Cada uno ha construido su historia e interpreta los hechos vividos como puede y, a través de su historia, de cómo contamos lo que nos pasó, encontramos sentido a lo que vivimos. Y cada vez resignificamos lo vivido y nos lo creemos. Mi historia hoy tiene para mí un valor y un significado distintos de los que tenía hace cuarenta años.

Escuché decir que la memoria son islas perdidas en el mar del olvido. Las islas son esas imágenes borrosas y sueltas que todavía guardamos, que vamos uniendo con nuestros saltos entre ellas, tendiendo puentes al construir una historia, dándole sentido a lo que vivimos. Por otra parte, yo reconozco mi limitación, recuerdo las islas y construyo los puentes, pero no por intentar recordar más ni por empezar a escribir van apareciendo más islas. Quizás sí nuevos sentidos a lo vivido. Y nuevas preguntas: ¿cuál en el fondo es el sentido?, ¿qué me queda de todo esto? A veces me pregunto si no habré construido algo que no me permite ver las cosas de otra manera. Por suerte mis hermanos de las montañas tienen sus historias y yo las contrasto con la mía. Sigo eligiendo la mía. Sigo eligiendo el sentido de la lucha oscura por la sobrevivencia, del día a día, de la inmediatez de la vida, de lo ordinario, de lo extraordinario, de que el minuto vivido no te garantiza el que viene, que habrá que construirlo y vivirlo de todas maneras.

En mi caso, cuando salí de la montaña, mis padres me regalaron un grabador, para que volcara en él mi historia, para que contara a una máquina sin vida los secretos de la montaña. Recuerdo esos días del verano del 73, recién regresado de Chile, en nuestra casa de Martínez, contándole al grabador lo vacío que estaba el cielo en la montaña y cuán cruzados por aviones estaban los cielos de Buenos Aires. Eso fue hace más de cuarenta años, y durante todo este tiempo la cinta con mi testimonio quedó literalmente en un cajón guardada con otros recuerdos.

Cuando nuevamente abrí esta etapa de mi vida hace poco más de seis años, me reencontré con la montaña y empecé a hablar sobre ella nuevamente, una de las primeras cosas que hice fue recurrir a las cintas que había grabado en aquel verano del 73 para escuchar qué es lo que decía en aquel entonces. Me intrigaba pensar qué otras cosas habría allí que el tiempo me había hecho olvidar.

Pero para mi desilusión no encontré mucho más de lo que ya sabía. Me encontré con un relato aburrido, sensible, simplón, lleno de frases que ya eran frases hechas en esos momentos y que pronto pasaron a ser parte de nuestra historia común. Sin proponérnoslo, teníamos nuestro discurso muy armado. No por azar ni porque así lo hayamos planificado, sino porque vivir juntos y hablar de las mismas cosas durante setenta días nos había hecho construir un mismo discurso. Quizás con el correr del tiempo y con las distintas interpretaciones a las que nos hemos atrevido, las historias empezaron a ser distintas. De hecho, La sociedad de la nieve, el gran libro de Pablo

Vierci, tiene ese mérito, recoge nuestras dieciséis historias treinta y cinco años después y... ¡vaya si son diferentes!

De todas maneras, con esas cintas construí la primera versión de lo que han sido mis presentaciones cuando cuento nuestra experiencia de sobrevivencia. Y eso no ha cambiado mucho, sigo diciendo lo mismo que decía en las entrevistas cuando salí de la montaña y lo mismo que conté a aquel grabador en los primeros días del verano del 73.

MIS CONVERSACIONES CON READ

Hace seis años obtuve las cintas de las grabaciones que Piers Paul Read había hecho cuando me entrevistó para escribir el libro ¡Viven! No digo nada que ahora haya olvidado, mis relatos son iguales a los de la cinta, simples, muy simples, contando lo que pasó, sin estridencias ni interpretaciones. Pero sí me llamó la atención que Piers Paul Read me interrogaba frenéticamente sobre dos cosas que están más o menos presentes en su libro.

Una era sobre mis inclinaciones políticas. Yo en aquel momento era el más a la izquierda de los sobrevivientes de los Andes, si eso quería decir algo. Era una persona de la época, el 68 no había pasado sin que yo lo notara, vivíamos en una época convulsionada y yo no vivía en una burbuja. En la montaña, Arturo era el que tenía una visión políticamente más comprometida y Read en su libro lo hace notar. Pero Arturo murió en los Andes y a Read le venía bárbaro para su relato que uno de los sobrevivientes también fuera de izquierda y buscó afanosamente que yo cumpliera ese rol. Para frustración de Read, lo cumplí a medias, no logró comprometerme del todo y apenas aparezco en ese libro como poco más que un intelectual algo de izquierda, pero para nada el revolucionario conflictivo que le hubiese venido de perillas para el desarrollo del libro. Puede ser que haya sido algo conflictivo y marginal, pero no por ideología, sino por carácter y personalidad. La ideología en la montaña no tenía lugar, no estaba presente para nada.

La otra cosa sobre la que Read me interrogaba era sobre si Pancho había sido o no el malo de la película, si era verdad que había robado comida o la famosa pasta de dientes, y si no era verdad, por qué o cómo es que el grupo lo ponía en ese rol. Read se preguntaba si Pancho era el malo y, si no lo era, si éramos nosotros unos malvados que lo habíamos castigado injustamente descargando sobre él todas las tensiones y frustraciones.

Hoy ese tema lo tengo bien claro. Él no era el malo, ni nosotros éramos los malos. Hacíamos lo que podíamos. Read parece no entenderlo y se va de contexto sin darse cuenta de que lo que ha encontrado es un chivo expiatorio, lo que ocurre en casi todos los grupos, independientemente de si fuera culpable o no. A tres mil cuatrocientos metros de altura, rodeados de montañas, nieves y rocas, rodeados de nuestros compañeros muertos o de lo que quedaba de ellos, hacíamos lo que podíamos. Todos buscábamos qué comer, tratábamos de comer todo el tiempo, de estar lo mejor alimentados, más protegidos, más calentitos, integrados al grupo, por lo que no sé si Pancho robaba o no más que otros. Todos robábamos lo que podíamos para sobrevivir y con total naturalidad el grupo descargaba sus frustraciones y tensiones sobre él, más allá de que hubiera robado o no un pedazo más de carne que no le correspondía o la pasta de

dientes. Pancho era funcional al grupo, por ser de afuera, por algunos errores que había cometido, por no encontrar aliados, por no ser del riñón, por leer mal la política del grupo, porque miraba torcido, porque quizás quería sobrevivir demasiado.

Es probable que allí en el 73, con la montaña tan fresca, esto no se podía resolver. Hoy creo que cuarenta años después lo podemos entender mejor, y Read no pondría tanto énfasis en saber quién era el malo de la película; si robaba o si el grupo lo acusaba injustamente. Está claro que el grupo necesitaba alguien en quien descargar tensiones y Pancho jugó ese rol.

Hablando de Read, recuerdo que hará unos quince años, caminando cerca de su casa por uno de los lindísimos parques de Londres, le pregunté qué críticas había recibido por su libro ¡Viven! Me dijo que en general había recibido muy buenos comentarios y que ¡Viven! había sido un pilar en su vida como escritor. Sin embargo, una de las críticas negativas que había recibido fue de William Golding, el autor de El señor de las moscas. En ese libro, Golding relata las peripecias de un grupo de chicos que volando en un avión sobre el océano Pacífico aterrizan de emergencia en una isla desconocida. El grupo se las ingenia para organizarse y sobrevivir, pero pronto comienzan las dificultades internas y los jóvenes finalmente entran en conflicto, todos se pelean y el grupo se desintegra. Golding, a mi entender, postula en su libro que el ser humano, abandonado a las situaciones más primitivas, vuelve a sus instintos más primarios y termina peleando y matando en su lucha por sobrevivir.

Con nuestras limitaciones, nosotros somos una demostración de que ese postulado es equivocado. Es equivocado porque nosotros, también en una situación absolutamente límite y primitiva, no nos matamos entre nosotros para sobrevivir. Incluso incurriendo en la antropofagia, seguimos trabajando y colaborando, con dificultades y con peleas, reconciliándonos y volviendo a pelear, con tensión y con muchas angustias. Y lo que surge es que el ser humano, llevado a situaciones límites y primitivas, no se mata, no se desintegra como organización social, sino que colabora para sobrevivir. En ningún momento, incluso ante la posibilidad de que se nos acabaran las provisiones, que termináramos con los muertos, pensamos en matarnos entre nosotros. Eso jamás se planteó ni como una alternativa, ni se nos pasó por la mente.

Yo no lo tenía claro, y un día se lo pregunté al conocido filósofo Humberto Maturana, quien estaba hablando de cómo trabajan los seres humanos en la frontera evolutiva y de cómo el trabajo adaptativo que realizamos es básicamente colaborativo. Yo le pregunté: "¿Dónde está Darwin en todo esto?, ¿dónde está la lucha por la sobrevivencia?, ¿dónde está la competencia para que sobreviva el más fuerte?". Y él me dijo: "Aquí no está Darwin; el ser humano, en el límite, colabora para sobrevivir, no compite, no se destroza, no se mata, colabora". Me pareció un concepto fortísimo, fue justamente lo que hicimos nosotros, en el límite colaboramos para adaptarnos y sobrevivir.

ESCRIBIR UN LIBRO, PLANTAR UN ÁRBOL, TENER UN HIJO

En una ocasión, estimo que en 1998 o 1999, una institución relacionada con la logoterapia me invitó a recibir el premio "El sentido de la vida" en representación del "Grupo Viven", como si el "Grupo Viven" tuviera en sí una identidad. Yo era un hombre de empresas y no tenía tiempo ni ganas para estas formalidades así que, sin

entender demasiado, decliné la invitación. Finalmente, un nutrido grupo de mis hermanos de los Andes vinieron a Buenos Aires para recibir el premio. Nuevamente fui de incógnito y me mezclé entre el público. Lo que pasó me hizo reflexionar. Junto con mis hermanos de la montaña fueron premiadas personas que hacían trabajos sociales muy significativos; trabajaban en las cárceles, ayudaban en hospitales, socorrían a los inundados. Yo me preguntaba qué teníamos que hacer nosotros con ellos, qué aportaba al sentido de la vida este grupo de sobrevivientes... Cuando agradecieron el premio, mis hermanos no dijeron nada especial, se limitaron a agradecer como si estuvieran recibiendo un Oscar. El premio consistía en una mención honoraria y el libro de Viktor Frankl El hombre en busca de sentido. Pese a que estaba de incógnito, también a mí me regalaron el libro y, apenas terminado el evento, con curiosidad me zambullí en su lectura. El libro me impresionó y sentí que tenía mucho para aprender e imaginé que la próxima vez que se diera la oportunidad de hablar del sentido de la vida no la desaprovecharía y que algo podría aportar desde nuestra experiencia en los Andes. Sentí que mucho de lo que decía Frankl se adaptaba perfectamente a lo que nosotros habíamos experimentado. Básicamente ambos hablamos desde el límite, desde el borde de la vida y la muerte, y que tozudamente, todos los días, decidíamos que ese día valía la pena vivir.

Igualmente, sin pretender discutir a Frankl, hay algunas interpretaciones de su libro que me hacen ruido, sobre todo cuando se asocia el sentido de la vida a tener un objetivo externo, ya sea escribir un libro, plantar un árbol o encontrarse con un ser querido. Porque no fue mi caso. En los Andes yo no tuve otro objetivo que vivir un día más. Pensaba que tenía posibilidades de salir si estaba siempre vivo, cada momento, porque yo quería vivir, no por un objetivo externo, sino simplemente porque quería conservar mi vida, quería seguir viviendo.

Frankl se pregunta por qué algunas personas que parecían débiles sobrevivieron en los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial y otros que parecían fuertes al poco tiempo eran simples despojos humanos y no pudieron sobrevivir. Frankl habla de la actitud, de la capacidad que tenemos para decidir vivir, para decidir ser hombres y libres siempre, aun en las condiciones más complicadas. Por qué algunos podían sobrevivir y otros sucumbían. Sin embargo, mi propia experiencia es que todos nosotros mientras había un hálito de esperanza siempre quisimos vivir. Y no nos podemos clasificar entre los que tenían la actitud correcta o no, los que salimos no tenemos una característica especial ya que muchos de los que no salieron tenían mucha más fuerza y ganas de vivir que otros que sí salieron y viceversa. La sociedad de la nieve es un gran relato que cuenta especialmente eso. Con nuestras diferencias, todos quisimos salir. Incluso Bobby con su indolencia, con su cándida afirmación de que él no hizo nada para vivir, sigue vivo, cruzando una montaña tras otra. Todos los días, todos decidíamos que ese día había que vivirlo. Ninguno se entregó, todos luchamos para vivir, y los que no salieron también querían seguir vivos y salir de la montaña.

De todas maneras, sin querer compararnos con lo vivido en los campos de exterminio o con situaciones bélicas muy límites, creo que lo que marca nuestra experiencia es que nosotros no tuvimos enfrente a otro ser humano. Nuestro enemigo era la montaña, la naturaleza que nos oprimía y nos amenazaba, pero no era un tercer ser humano que con sus pequeñeces y agresividades nos humillaba y nos mataba, a quien debíamos temer. Nosotros salimos sin deudas que cobrar, nunca nos sentimos perseguidos ni amenazados

por otros ya que ese era un cálculo que no teníamos que hacer. Salimos confiados, siempre los otros eran nuestros colegas y amigos y no hubo nadie que nos atacara.

Primo Levi, en su trilogía sobre los campos de exterminio, dice que allí no sobrevivieron los mejores, los más atléticos, los más aptos ni los más generosos. Sobrevivieron los que mejor entendieron el juego, los que se adaptaron, los que en esa adaptación fueron egoístas para salvar su vida, los que en ocasiones robaban para alimentarse mejor. No fue nuestro caso ya que como dije antes no puedo diferenciar a los que salimos de la montaña de los que no, ya que todos queríamos vivir, pero rescato de Levi la desmitificación de la lucha por la sobrevivencia. Él lo presenta como algo personal, duro, oscuro, difícil y no necesariamente glorioso.

Ninguno de nosotros se salvó porque quería escribir un libro, plantar un árbol o tener un hijo. Algunos dicen que se salvaron porque querían volver a ver a sus padres, madres o novias. Yo eso no lo puedo decir. Yo no pensaba mucho en mis padres cuando estaba en la montaña. Tampoco pensaba en mi novia chilena que teóricamente, como Penélope, me esperaba en Santiago. Yo pensaba solo en mí, en ese momento, en el presente, en cómo iba a hacer para poder estar mejor ese día, sin renunciar al objetivo lejano e indefinido de salir de ahí. Y, día tras día, fui encontrando sentido a lo que hacíamos, mirando hacia atrás para reconocer lo que habíamos ya pasado y permanecer presente, sintiendo el dolor y el sufrimiento de lo que pasábamos, el frío y el hambre y las muertes no lloradas de nuestros amigos. Si estábamos pasando todo eso y seguíamos con vida, si no me había tocado morir, valía la pena seguir con vida, simplemente para vivir un poco más, un día más, para estar vivo y lo mejor posible mañana. Eventualmente, llegaría al final del viaje, de nuestra odisea, y saldríamos de la montaña. Ese espíritu de sobrevivencia, ese deseo íntimo de vivir un día más, ese aliento de vida, no nos abandonó nunca.

El trabajo enfocado en la supervivencia, aunque muchas veces desordenado y aleatorio, hizo que fuéramos encontrando sentido a lo que hacíamos. El sentido no se construye mirando hacia delante en función del propósito, sino que se construye uniendo los puntos hacia atrás, como dijo Steve Jobs en su conocido discurso en Stanford en 2005. Nosotros allí en la montaña unimos los puntos, si estábamos vivos, si habíamos llegado a ese punto, si estábamos haciendo todas esas cosas para sobrevivir, tenía sentido seguir con vida. El sentido, al final, es la proyección hacia el futuro de todo lo que hemos hecho y vivido, pasando por nuestra actividad en el presente.

Haber encontrado sentido permitió que el grupo no se desintegrara, que se haya mantenido organizado y estructurado, que nadie se haya ido caminando solo, que Nando haya esperado a que el grupo estuviera preparado para que él, Roberto y Tintín se fueran.

Por eso creo que la principal función de los verdaderos líderes es construir sentido, permitir y favorecer que los grupos a través del trabajo, de la prueba y el error, encuentren significado a lo que hacen y sepan quiénes son, de dónde vienen, adónde pueden ir y se hagan las preguntas que los definan.

Obviamente, mirar hacia atrás y unir puntos a lo Steve Jobs es un ejercicio increíble. Mis líneas pasan indefectiblemente por los Andes, pero no nacen de ellos. Nacen de mi infancia en Uruguay, de mi trashumancia americana, de la época que me tocó vivir, y

pasan luego por los Andes y mi maestría en Stanford, por mi carrera empresaria, por la mujer con la que me casé, por los hijos que tuvimos y los nietos que nos siguen y por todo lo que nos falta hacer todavía.

Es muy difícil responder por qué algunos sobrevivieron y otros no. No tengo una respuesta racional ni creo que corresponda hacer la pregunta. Solo puedo repetir que todos luchamos para salir y que, al final del día, salimos los que estábamos en el lugar adecuado el día que caímos en la montaña o que estábamos durmiendo en el lugar adecuado el día que nos cayó el alud. También otros tres murieron por heridas recibidas y por su debilidad, en un proceso que varios de nosotros hubiéramos seguido si nos quedábamos unos pocos días más allí, pero no tengo mucho para agregar, ni soy quién para decir por qué yo pude salir y ellos no. Solo puedo dar gracias a Dios por estar hoy aquí, pero no tengo más explicaciones y debo aceptar este misterio, como hay muchos más misterios que no podemos explicar. Y de nuevo, agradecer mi vida, íntimamente.

EL TRABAJO DE TODOS LOS DÍAS

No estábamos seguros de si nos íbamos a salvar o no. Teníamos la esperanza de que íbamos a salir. Sabíamos que había posibilidades, sentíamos que teníamos una chance. La muerte de nuestros amigos no era una señal de que nos iba a tocar a nosotros, no la tomábamos como anticipo de lo que nos pasaría. El muerto, por más hermano o amigo que fuera, era otro, no era yo, no tenía por qué serlo. Mi amigo muerto en realidad era la fuente de nuestra vida, con su muerte daba para mí significado a su vida, permitiéndome a mí sobrevivir.

Que yo recuerde nunca nadie dijo con seguridad si saldríamos o no, simplemente seguimos trabajando, Roberto y Nando siguieron caminando, nosotros seguimos cortando carne, haciendo ejercicio, tomándonos el pulso, haciendo lo que había que hacer todos los días, equivocándonos mil veces. Pensábamos: “Si estamos vivos hoy, vale la pena seguir luchando para estar vivos mañana”. Quizás así algún día íbamos a salir de la montaña.

Pero, por sobre todo, no teníamos ni idea de cómo íbamos a salir de allí. Teníamos nuestros caminantes que iniciarían o ya habían iniciado una caminata y de ahí saltábamos al hecho de que saldríamos. Sabíamos que teníamos que estar lo más fuertes y sanos posible para el día del rescate, sabíamos que teníamos que estar lo mejor posible para no morirnos nunca, para que tuviera sentido lo que estábamos atravesando. Sin embargo, ni nos imaginábamos ni nos podíamos imaginar porque nunca habíamos estado en una situación como esa, cómo podría suceder, qué habilidades necesitaríamos, cuándo y cómo íbamos a salir. No lo podíamos planificar como tampoco podíamos planificar nuestro regreso y los encuentros que tendríamos con nuestras familias. Eso nunca lo pensamos seriamente, no lo podíamos hacer.

Sin embargo, estábamos muy conscientes de que teníamos que trabajar para salir, mantener todas nuestras opciones abiertas, estar disponibles para el momento en que nos tocara salir. Pero esa disponibilidad y actitud se fueron forjando en el trabajo de todos los días. En ese trabajo que hacíamos para la salida eventual, totalmente incierta e improbable, en ese trabajo diario de prueba y error, de avances y retrocesos, de éxitos y

fracasos fuimos construyendo día a día nuestra historia en los Andes, y cada uno de nosotros fue construyendo la suya.

Yo sentía ahí a Dios. En esa inmediatez, en la fuerza que nos daba aliento para seguir vivos, en la mirada suplicante de mi compañero, que tampoco daba más, pero que también decidía todos los días que ese día había que vivirlo. Ese Dios inmediato no nos sacó de los Andes contra nuestra voluntad o sin hacer nada. Ese Dios estaba presente en nuestros sufrimientos, con y en nosotros, en ese aliento de vida, que nos mantenía vivos y alertas.

Cuando me preguntan si creo que lo nuestro ha sido un milagro, contesto que creo que la vida es un permanente milagro. Que nos podrían pasar mil cosas, todo el tiempo, pero no nos pasan y seguimos vivos. Pero yo no puedo adjudicar solo a Dios nuestra salvación o que nos salvamos por un acto sobrenatural. Porque si eso fuera así, debería reclamarle a Dios por las veintinueve personas que no volvieron. Y estoy seguro de que él no tiene nada que ver con ello, y que de alguna manera lo ha sentido tanto como nosotros. Creo que Dios no tuvo nada que ver en que por milímetros no nos estrellamos y morimos todos, de la misma manera que no tiene nada que ver en que, por cuestión de milímetros, veintinueve amigos murieron. Dios estaba en la fuerza que teníamos para vivir día a día, que nos permitió estar activos y trabajar siempre para salir de la montaña, en la mirada del hermano que nos pedía ayuda, en la mirada que nos recordaba que éramos humanos.

Un tema recurrente es si nosotros hemos desarrollado una capacidad especial para enfrentar la adversidad. Me he cansado de explicar que no, que las experiencias son irrepetibles e intransferibles. Que incluso nosotros, cuando posteriormente enfrentamos situaciones de incertidumbre o adversidad, sufrimos igual que cualquier otra persona. El hecho de haber sobrevivido a la montaña sirve para pensar íntimamente que una vez superamos una y que ante un nuevo desafío, aquella solo sirve para empezar de nuevo a caminar. La contracara de eso es la resiliencia, la capacidad que tenemos los seres humanos de resistir, recuperarnos, olvidar y nuevamente vivir una vida normal. Porque de hecho aprendemos poco y tropezamos varias veces con la misma piedra.

En algunas ocasiones me he encontrado con profesionales de la psicología que me miran y me escuchan con desconfianza. Básicamente buscan el trauma, no pueden entender que no tenga síntomas del evento traumático, que vuelva a volar, que no me despierte por las noches acosado por fantasmas espantosos del sufrimiento o de los amigos que cayeron en los Andes. En una ocasión, para ejemplificar el hecho que buscaban, me contaron el caso de un niño que se despertaba todos los días a la misma hora con pesadillas solo para descubrir que a esa misma hora, tiempo atrás, una situación traumática lo había marcado para toda la vida. Yo creo que no es así como funcionamos. Respeto mucho nuestra vida inconsciente e irracional para simplificarla de ese modo, estoy convencido de que existe pero es mucho más compleja y nada lineal. Si bien algunos de mis hermanos de la montaña no han vuelto a volar en avión, la mayoría de nosotros lo ha hecho. Tampoco creo que podamos adjudicar linealmente su fobia a los aviones por el accidente que tuvimos en los Andes. Quienes no vuelan tendrán sus razones, habrán vivido otras experiencias o simplemente es un paso que no quieren dar.

De nuevo, no es que no nos hayan quedado secuelas del accidente pero lo bueno es que hemos podido hacer nuestra vida normal con la montaña a cuestas y moviéndose en nuestra mochila.

LIDERAZGO Y ESTRATEGIA

Mi amigo Ernesto Gore dice que hay dos palabras que confunden, suelen estar vacías de contenido y tienen aplicaciones engañosas: “estrategia” y “liderazgo”.

¿Cuál fue nuestra estrategia en la montaña? ¿Esperar que nos vinieran a rescatar? ¿Buscar varias salidas a la vez? ¿Mantener a algunos muchachos fuertes mientras los demás se debilitaban? No, nada de eso define nuestra estrategia.

Justamente, lo que sucede es que, en general, las estrategias sirven fundamentalmente para explicar cómo llegamos hasta donde estamos, para hacer un balance de nuestras debilidades y fortalezas relativas, para tratar de entender quiénes somos y qué somos. No tanto como hojas de ruta, ya que ellas muy difícilmente se cumplen.

Las estrategias a futuro tienen el problema de que, debido a la incertidumbre, a nuestra incapacidad de poder pronosticar lo que va a pasar, no son más que simples escenarios de proyecciones que sabemos que no se van a cumplir porque en general no podemos anticipar lo que va a suceder. Una cosa es tener un propósito, una visión, otra es tener una estrategia y otra cosa aún más difícil es implementarla y cumplirla. A veces ni tenemos el objetivo claro, pero igual no nos podemos quedar quietos ni callados.

De hecho, hablar, moverse, conversar, poner los problemas sobre la mesa, son las formas que usamos para empezar a entender dónde estamos y qué se puede hacer para empezar a darle un sentido a la situación.

Nosotros sí teníamos una visión, un objetivo, un propósito que era salir de la montaña e intentar vivir las próximas veinticuatro horas para eventualmente estar vivos al final del viaje. Eso nos obligaba a alimentarnos bien y a mantener un razonable equilibrio entre nuestras opciones. Teníamos que tener reservas para durar lo más posible y nuestros caminantes tenían que estar también lo más fuerte posible para caminar por la montaña. Cuándo salir, por dónde salir, quiénes iban a salir, todas esas resultaron decisiones que se fueron tomando día a día, con la información disponible en cada momento. No tenía sentido anticiparse diez días para tomarla. Numa iba a ser uno de los caminantes y murió antes de que los expedicionarios salieran, el capitán nos pedía que aguantáramos hasta que nos cayó un alud que lo mató; solo Roberto y Nando saben lo que les costó o no tomar la decisión de seguir caminando cuando llegaron a la cima de la montaña y vieron que el camino que aún faltaba por recorrer era muchísimo más largo e incierto del que habían imaginado. Una vez que llegaron allí, no tenía sentido volver al avión. No podían estar preparados para lo que venía y tomaron la decisión cuando llegaron allí. No tenía sentido tener preparada esa hoja de ruta, era imposible saber lo que había detrás de la montaña.

Pero no es que la estrategia no sirve. Sirve solo si es para empezar a trabajar. Ernesto Gore cuenta una historia escrita por Karl Weick que se refiere a un grupo de expedicionarios que perdidos por muchos días en los Alpes encuentran finalmente un

mapa que les permitió encontrar un camino de salida y escapar de la montaña. Pero una vez fuera se dieron cuenta de que el mapa que los salvó era de los Pirineos, y no de los Alpes donde estaban. El mapa, aunque errado, hizo que los expedicionarios se pusieran a trabajar, y en el trabajo, probando, con aciertos y errores, encontraron la salida.

Fue lo que nos pasó a nosotros. Sin saber dónde estábamos, la continua discusión y evaluación de alternativas y revisión de lo que pasaba nos llevó a actuar, a empezar a entender la realidad por partes, a enfocar pedazos de información que teníamos y que por supuesto no entendíamos, pero por sobre todo eso, nos puso en movimiento. Estar en movimiento, siempre probar, discutir, conversar, buscar alternativas, evitó que nos inmovilicemos, evitó que nos abandonáramos y que finalmente hayamos muerto. Hablar de los problemas apasionadamente, discutir, comunicarse, ponerlos sobre la mesa, "nombrar los elefantes", hacía que el problema empezara a tener una solución, ya que cambiaba la esencia del problema.

La otra palabra complicada es "liderazgo". Encuentro especialmente valiosas las definiciones de Liderazgo adaptativo de Ronald Heifetz. Él dice que ante problemas técnicos, donde la solución es conocida, donde hemos estado antes, donde disponemos de la solución, la respuesta está en la autoridad, ya sea formal o informal. Autoridad cuyas funciones son las de dirigir, proteger y ordenar. Si por alguna razón conocemos la solución, por más complicado o importante que sea un problema, la respuesta está en la autoridad y debemos resolver los problemas técnicos ejerciendo la autoridad. Pero si no sabemos, si existe incertidumbre, si no hemos estado allí antes, la respuesta no está en la autoridad, sino en el acto de liderazgo, que no está reservado a los "jefes" investidos de autoridad, sino que cualquier persona la puede ejecutar, y que será justamente líder en tanto y en cuanto ejecute un acto de liderazgo.

El acto de liderazgo, en definitiva, es aquel que moviliza a las personas para que se hagan cargo y enfrenten sus propios problemas adaptativos. El acto de liderazgo es distinto del ejercicio de la autoridad, ya que consiste en devolver el problema a quienes corresponde y se hagan cargo, trabajen y aporten lo que puedan para que el trabajo colectivo de los grupos vaya permitiendo la adaptación y en definitiva la supervivencia.

Nosotros, en la montaña, tuvimos nuestros jefes con autoridad formal e informal y también tuvimos nuestros líderes. Claramente, Marcelo, el capitán del equipo, fue nuestro primer jefe. Él sabía cómo conducir el equipo frente a un adversario conocido, frente a otro equipo de rugby, en un escenario también conocido, en definitiva, una delegación de rugby en un país extranjero. Pero cuando caímos en los Andes, todo había cambiado, ya no teníamos otro equipo enfrente, simplemente teníamos un desafío totalmente nuevo, desconocido y novedoso. Teníamos que enfrentar la montaña, la nieve, el hambre y el frío. Nunca habíamos estado allí, su autoridad ya no nos servía.

Y desde nuestras fortalezas y debilidades relativas, varias personas dieron un paso al vacío y se hicieron cargo de lo que estaba pasando, se comprometieron con el grupo, sin saber la solución pero atando sus actos a los resultados del grupo. El acto de liderazgo es una actividad disruptiva, lleva al conflicto, a romper con la inercia, a romper con lo que el sistema que habíamos creado nos impulsaba a hacer. El acto de liderazgo nos lleva a probar cosas nuevas, a enfrentar desafíos distintos, a encarar situaciones que el grupo no sabe cómo manejar. En nuestro caso, no hubo una orden para que empezáramos a alimentarnos del cuerpo de nuestros amigos, el grupo tuvo que

resolverlo en la discusión colectiva hasta que, desde nuestro convencimiento individual, todos lo fuimos haciendo. En todo caso, lo importante fue el ejemplo de los primeros, pero nadie estuvo obligado a hacerlo.

El principio del acto de liderazgo es reconocer que no sabemos, que necesitamos ayuda, que solos no podemos avanzar y que necesitamos de los aportes de otros y de su diversidad. Esto lleva a devolver el problema a quienes pertenece, para que el grupo trabaje y avance. Con sus pruebas y sus errores, sus aciertos y su aprendizaje. Debemos reconocer que cuando enfrentamos un desafío adaptativo, la autoridad no sirve, por más que la queramos y añoremos estar bajo una figura de autoridad que se ocupe de nosotros. Claramente, en nuestro caso nadie tenía la solución, no sabíamos cómo sobrevivir, qué hacer, y fueron varios los que con sus errores y aciertos contribuyeron a que hiciéramos nuestro trabajo adaptativo. De hecho, Marcelo, cuando intentaba poner orden y hacernos esperar un rescate, no contribuía a que el grupo tomara las decisiones de fondo que necesitábamos.

La gente añora la autoridad que nos resuelve los problemas, aun cuando la autoridad está desbordada y no pueda dar soluciones. Por suerte, en ocasiones, aceptamos los desafíos y nos jugamos, desplegando esos maravillosos pequeños o grandes actos de liderazgo.

Pero también el acto de liderazgo debe ser cuidadoso. Si bien se necesita coraje y es peligroso, quien lo ejecuta se expone cuando cruza una raya y acepta la responsabilidad que le corresponde. Y debe conocer los riesgos, calcular las posibles pérdidas y no sacrificarse inútilmente por batallas perdidas. Para adaptarse y sobrevivir no podemos entrar en todas las guerras, debemos poder elegir cuál vamos a dar. Pero sabiendo que si no damos ninguna, nos quedamos afuera, y en definitiva, no nos adaptamos ni sobrevivimos. Cuando lo que existe es un sacrificio, una entrega por el otro, un cálculo donde estamos dispuestos a perder para que otros ganen, es más que un acto de liderazgo, es ya un acto de heroísmo.

Por otra parte, la forma en la que tratamos a Pancho es una consecuencia lógica de la dinámica de un grupo como el nuestro, pero también es la demostración de una falta de liderazgo para defender al acusado. Faltó esa capacidad de integración, de hacer notar la injusticia que se cometía. Por eso el liderazgo es peligroso, difícil y se necesita mucho coraje para salir a defender causas perdidas. Necesariamente cada uno de nosotros eligió, desde nuestras fortalezas y debilidades relativas, qué batallas se podían dar. A veces me pregunto si debería haber dado más batallas, pero no pude, apenas me podía defender yo mismo.

Allí en la montaña, nosotros tuvimos nuestras figuras de autoridad, también tuvimos nuestros líderes y también tuvimos nuestros héroes. Roberto y Nando, por salir a caminar, por su predisposición a sacrificarse por el grupo, por entregar su vida caminando en los Andes, no son necesariamente nuestros líderes, son nuestros héroes. Ellos hicieron lo heroico, hicieron lo que yo no podría haber hecho, caminaron sin desfallecer por diez días a través de la montaña, con zapatos de fútbol, mal alimentados, mal abrigados, sin el equipo adecuado. Una verdadera hazaña en la cual tuvieron esa dosis de sacrificio y entrega personal tan presente en los actos heroicos.

Eso no quiere decir que no hayan realizado actos de liderazgo. Roberto, con su actitud desafiante, incómoda y provocadora, nos mantenía en vilo, atentos, ocupados, trabajando duro por salir. Roberto dice que un día me preguntó si yo quería salir a caminar con él. Yo no me acuerdo de la pregunta, y Roberto dice que no se acuerda de la respuesta. Pero esa pregunta de Roberto, obligándome a mí a definir de qué lado estaba, cuánto podría o no colaborar, es para mí un acto de liderazgo.

También Nando y Roberto son líderes, pero por otra razón. Al salir a caminar nos abandonan, dejan al grupo solo y nos vemos obligados a hacernos cargo de lo que estaba pasando. Y lo concreto es que mientras ellos caminan por los Andes, nadie más murió en la montaña. Su acto de abandono, al dejar al grupo solo, hizo que nosotros sacáramos fuerzas de nuestras últimas fuerzas y aguantamos hasta el final. Los catorce que estábamos vivos cuando ellos dos se fueron estábamos vivos cuando, diez días después, fuimos rescatados de la montaña.

Independientemente del título que le demos, me parece importante destacar que sin la entrega, el coraje y la determinación de nuestros caminantes, no hubiéramos salido. Ellos saben que tienen nuestro merecido e inmenso agradecimiento como también lo tienen mis hermanos de los Andes, los que volvieron y los que no, ya que sin ellos yo no hubiera vuelto.

Este enfoque de liderazgo me ha permitido a mí comprender cómo es que yo, que no fui jefe en la montaña, siempre me sentí satisfecho por el rol que me tocó desempeñar. Siempre sentí que con mis preguntas, mis reflexiones y mi permanente actividad en busca de mantenerme vivo, había contribuido significativamente a que el grupo hiciera las cosas que tenía que hacer para adaptarse y progresar.

Por último, escribir este libro ha sido también un acto de liderazgo. Como dice mi amigo Bill George, profesor en la Universidad de Harvard, el acto de liderazgo comienza por alinear el compás interno, que todos tenemos, con nuestro verdadero norte, en ser auténticos con nuestra propia historia y sentirnos vulnerables, en buscar la historia de cada uno desde el propio corazón. Así me he sentido yo, en definitiva, muy en paz conmigo mismo, auténtico, alineado con mi historia, basado en mis valores y en mi experiencia, proyectando hacia delante la línea de mi vida; sobre todo en este momento, donde a mi edad es necesario empezar a devolver un poco la sabiduría que hemos ganado.

Contar mi propia historia me permite alinear mi compás interior y unir los puntos. Porque mi historia de los Andes no es la de Nando, ni la de Roberto, ni la de Tintín, ni la de Roy, ni la de ninguno otro. Es la mía. Todos tenemos nuestras propias historias porque vivimos nuestras propias vidas, y no las vidas de otros. Descubrirlas nos permite comprender quiénes somos, dónde estamos, cómo llegamos hasta dónde estamos y a partir de ahí entregar un testimonio auténtico, con el corazón en la mano. Ese testimonio auténtico en definitiva es poderoso y permite consolidar nuestro crecimiento personal y ayudar a otros también a superar sus propias montañas.

UNAS PALABRAS SOBRE SHACKLETON

En algunas ocasiones, cuando dirijo un seminario utilizo el caso de Ernest Shackleton y lo comparo con el nuestro. Shackleton fue un marino inglés que entre 1916 y 1919 dirigió una increíble expedición intentando cruzar a pie el continente antártico, algo nunca antes realizado por el ser humano. Shackleton y un puñado de hombres partieron desde una estación ballenera en las islas Georgias del Sur. Navegaron entre témpanos de hielo intentando acercarse a la Antártida en el Endurance (vaya nombre adecuado), hasta que este fue atrapado por el hielo y finalmente debieron abandonarlo ante su inminente total destrucción. Durante dos años vagaron por la Antártida saltando de un iceberg a otro, viviendo en condiciones totalmente precarias, hasta que Shackleton y dos compañeros realizaron una increíble navegación de más de dos mil kilómetros por el océano en un pequeño bote de remos y llegaron a la misma isla desde donde habían partido dos años antes. No contento con esto, Shackleton organizó el rescate final de su gente y él personalmente (como Nando) llegó hasta donde estaban sus hombres esperándolo. La epopeya es admirable. La capacidad de resistencia de esta gente es increíble. Cuando Shackleton encontró a sus hombres, estaban todos vivos y con una salud razonable, habiendo pasado más de dos años de isla en isla, alimentándose de focas, gaviotas y pingüinos. ¡Solo le faltó la antropofagia para superar nuestra historia!

No quiero entrar ahora a comparar nuestra experiencia con la de ellos ni analizar su estilo de liderazgo que ya ha sido estudiado por múltiples autores. Solo quiero rescatar que al final, mientras cruza una de las Georgias del Sur, desfalleciente en compañía de uno de sus hombres, describe alucinado que, cuando mira hacia atrás, ve sobre la nieve las huellas de tres, cuando caminaban solo dos. Le he preguntado a Nando si en su caminata final con Roberto él sentía que ellos también eran tres. Me dijo que no, que ellos eran solo dos. Pero yo sé que eran más. Al menos nosotros también íbamos con ellos.

La experiencia de Shackleton y su gente me impresiona más que la nuestra, pero porque yo estuve en los Andes y no la Antártida y sé que lo nuestro se puede hacer. Probablemente si le contáramos a Shackleton nuestra historia, quedaría impresionado por nuestra capacidad de sobrevivencia y pensaría lo contrario.

Por último, me impacta la fotografía de los hombres de Shackleton tomada por ellos mismos, cuando son rescatados por su jefe, con los brazos abiertos y saludando alborozados. Me impresiona la similitud con nuestra fotografía, tomada desde uno de los helicópteros del rescate, en la cual también saludamos con los brazos abiertos a Nando y a quienes nos venían a buscar.

El aviso de Shackleton reclutando gente para su viaje merece también una reflexión adicional. Él sabía qué tipo de gente quería reclutar. Y no reclutó a los mejores en cada especialidad, reclutó a aquellos que, teniendo sus talentos específicos, iban a poder trabajar juntos. Shackleton tuvo sin duda un gran ojo clínico porque no se equivocó, pero tomó decisiones arriesgadas. Por ejemplo, el cocinero debía también saber cantar, lo que a la postre fue muy importante para la convivencia. En nuestro caso, no existió ese ojo clínico, éramos lo que éramos, y sin embargo, con nuestras habilidades y fallas relativas, fuimos haciendo el trabajo adaptativo que nos permitió salir. Éramos un grupo bastante homogéneo, lo que habitualmente es tomado como una ventaja. Yo de eso no estoy totalmente convencido. Quizás con un grupo más heterogéneo hubiésemos tenido otras opciones. Se hubieran generado otras alternativas de acción y quizás hubiésemos

visto otras posibilidades que no vimos. La adaptación requiere variedad para que se generen esas alternativas exitosas entre las miles que fracasan.

Hablando de sobrevivientes, tengo una aspiración. Algún día espero entrevistar a Clara Rojas, quien pasó siete años secuestrada por la guerrilla de las FARC en Colombia. Ella estuvo siete años, no setenta días, recluida en la selva impenetrable y viviendo en condiciones espantosas. Allí en la selva dio a luz, tuvo un hijo de uno de sus captores. Allí en el límite de la vida y la muerte, nació la vida. Me impacta su historia, su silencio posterior y la fuerza de la maternidad. Me gustaría algún día conocerla y conversar, de sobreviviente a sobreviviente.

Las montañas siguen allí

En ocasiones me piden resumir qué me deja la experiencia de los Andes. Es una tarea muy difícil, porque más que nada lo que tengo es una vivencia, un sentimiento muy personal. Puedo intentar escribir algo y lo hago explicando que es una racionalización que solo sirve como tal, no para explicar lo que siento o lo que he vivido. Para eso está mi relato que no admite ser resumido, cada uno se queda con lo que quiere y con lo que puede. Pero en ocasiones debemos trabajar con el intelecto y estas son algunas de las ideas que surgen:

Nuestra fuerza para sobrevivir no vino de afuera. Vino de nuestro interior más profundo, allí de donde se mezcla lo esencial del hombre con lo más divino. De nuestro íntimo y personal deseo de sobrevivir. Yo lo llamo Dios, tú puedes darle el nombre que tú quieras. Pero no vino de afuera. En mi caso, no sobreviví a los Andes porque quería ver a mis familiares, mi novia, mis amigos o porque quería escribir un libro. Sobreviví porque quería vivir, siempre un día más, y así, día a día, llegué hasta el final.
Lo nuestro fue increíble, extraordinario, pero vivido y hecho por un grupo ordinario. Cualquier grupo de personas, con las condiciones de edad y salud que nosotros teníamos, hubiera hecho lo mismo, y eventualmente habría sobrevivido. Tú también lo podrías haber hecho si estabas en nuestro avión. Nuestra ordinariez en definitiva enaltece al ser humano. Todos somos capaces de sobrevivir a nuestros Andes.
No podríamos haber sobrevivido individualmente. Lo nuestro fue una tarea grupal que surgió del deseo individual de sobrevivencia. Cada uno se quería salvar, pero nos necesitábamos y sabíamos que teníamos que trabajar juntos para tener posibilidades de sobrevivir. El instinto de sobrevivencia, esa sagrada pulsión, es individual, pero instintivamente sabemos que tenemos que trabajar en grupo, coordinadamente, para que cada uno tenga más posibilidades de salvarse.
No sabíamos si nos íbamos a salvar o no ya que no dependía solo de nosotros. Teníamos la esperanza de salir y trabajamos duramente como si nos fuéramos a salvar. Tampoco sabíamos cómo íbamos a salir de la montaña, lo más importante era mantenerse vivo cada momento y lo mejor posible. Si yo estaba vivo hoy, tenía sentido lo que estábamos viviendo.
La estructura de liderazgo y autoridad del grupo cuando éramos un equipo de rugby no sirvió para enfrentar la montaña. Tuvimos que cambiar y adaptarnos a lo que estábamos viviendo. Debimos hacernos cargo de nuestra nueva situación, y desde nuestras debilidades y fortalezas relativas varias personas ejecutaron los actos de liderazgo

necesarios para enfrentar los nuevos desafíos. Nando y Roberto son además nuestros héroes, hicieron algo heroico, lo que yo no podría haber hecho.
En la lucha por sobrevivir día a día, encontramos sentido a lo que nos pasaba. El trabajo activo, ir resolviendo los distintos desafíos como podíamos, con dificultades, peleas y tensión, nos mantuvo enfocados y estructurados como grupo y no nos desorganizamos. De hecho, nadie se escapó en busca de una solución individual; incluso Nando, que se quería ir, esperó a que el grupo estuviera listo para su partida.
Hemos vivido una vida normal. Los dieciséis que salimos de la montaña estamos vivos todavía y, con nuestras cordilleras a cuestas, seguimos escalando montañas, una por una. Hemos sido resilientes, porque allí en la montaña no nos quebramos, nos reconocíamos en los otros y siempre supimos que éramos seres humanos, y después, desde que hemos vuelto, siempre donde vamos, nos reciben con el mismo aprecio, contención y afecto. Esto impidió que nos pasáramos la vida defendiéndonos de lo indefendible y probablemente hemos hecho vidas parecidas a las que hubiéramos hecho si no nos caíamos en los Andes.
Cada uno tiene su montaña, su propia historia. Entenderla nos permite unir los puntos y darle sentido a nuestro camino. Ser honestos y auténticos con ella, con quienes somos, nos permite entregarla y proyectarnos hacia adelante.

Tus comentarios son bienvenidos

Querido lector, te propongo un trato. Si has llegado hasta aquí es porque has encontrado interesante y quizás motivador mi testimonio de los primeros capítulos y además te agradezco tu paciencia para acompañarme en estos últimos sobre “mi vuelta a casa” y otros desvaríos intelectuales. Me haces sentir muy bien y me llena de satisfacción. Se puede decir que ya me conoces bastante. Te pido, eso sí, que no le cuentes a nadie esto que te voy a pedir, para que sea una sorpresa para quienes como tú llegan hasta esta parte. El pedido es muy sencillo: ya que me conoces tanto, te quiero conocer yo también, y te pido que me envíes un mensaje a través de www.facebook.com/las.montanas.siguen.alli y me cuentes qué te ha parecido el libro, qué te ha llamado la atención, en qué te ha ayudado o no.

Pero por otra parte, si eres de los que, como yo, a veces saltas a las últimas páginas del libro o lo lees de atrás para adelante, bueno, también me puedes escribir, pero dime que eres de los que no lo ha leído todavía, así sabré cómo manejarme.

Agradecimientos

Terminé, ahora sí es lo último que escribo. Quiero reconocer a aquellos sin los cuales este libro no hubiera sido posible. No quiero que esta parte sea una simple formalidad, pero obviamente mis hermanos de la montaña deben estar en primer lugar. De alguna manera, me apropio de una experiencia común, colectiva y la hago personal. Sin su protagonismo, no hubiera sobrevivido ni hubiera escrito este libro. Espero que mi versión de los hechos, mi interpretación, no los complique y la acepten simplemente como la mía.

Después están mis inspiradores, aquellos que desde siempre me han alentado a escribir. Algunos, en ocasiones, se han ofrecido para que escribamos algo juntos. Al final, lo he hecho solo pero ellos han estado presentes y muchos han leído al menos una parte y han acercado sus aportes. He tomado parcialmente algunos; en otras ocasiones no he tenido la capacidad de entender sus comentarios y han quedado afuera, por lo que la responsabilidad de lo publicado sigue siendo solo mía. Estas personas son Ernesto y Silvia Gore, Claudio Fernández Aráoz, Jaime Fernández Madero, Marcelo Serantes, Ricardo Aranovich, Mario y Marina Arbolave, Marcelo Galmarini, Noelle Algorta, Hugo Igenes y Mireya Soriano.

Por último, a mi editora, Glenda Vieites, que vio esta posibilidad y a quien agradezco mucho su confianza y colaboración porque, con gran profesionalidad, me ha conducido por los laberintos de la edición y la publicación de este libro.

Allí vamos, aquí va.

Primavera en los Andes: los sobrevivientes toman el sol de la mañana durante los primeros días de diciembre de 1972.

Un merecido descanso después de preparar la bolsa de dormir que Roberto Canessa y Nando Parrado llevarían en su caminata. De izquierda a derecha: Gustavo Zerbino, Adolfo y Eduardo Strauch, Nando Parrado, Carlos Páez y Javier Methol. Más atrás: Roberto Canessa y Pedro Algorta (subido al fuselaje de los restos del avión).

Los sobrevivientes saludan a los rescatistas y se cubren del viento que levantan las aspas del helicóptero.
DIARIO EL PAÍS, COLECCIÓN CARUSO, URUGUAY

Pedro Algorta fuma un cigarrillo, al poco tiempo de salir de los Andes.

Pedro Algorta recién salido de los Andes el 23 de diciembre de 1972,

Placa conmemorativa de los pasajeros fallecidos, copia de la original ubicada en el Colegio Stella Maris en Montevideo. Faltan los cinco tripulantes.

Reencuentro de sobrevivientes en Uruguay un año después de la tragedia. De izquierda a derecha, parados: Pedro Algorta, Daniel Fernández, Roy Harley, Alfredo Delgado, José Luis Inciarte, Fernando Parrado, Adolfo Strauch, Piers Paul Read (autor de ¡Viven!), Eduardo Strauch y Carlos Páez. Abajo: Javier Methol, Gustavo Zerbino, Álvaro Mangino, Ramón Sabella y Roberto Canessa.

Pedro Algorta y su mujer, Noelle, en octubre de 1976.

Graduación en la Universidad de Stanford, junio de 1982. Pedro Algorta es el primero a la izquierda.

El equipo directivo de la Cervecería Quilmes, donde Pedro Algorta se desempeñó como gerente general, visita la construcción de una planta industrial en Chile en 1996. Algorta es el cuarto desde la derecha.

Pedro Algorta con Olmo Fernández, su nieto madrileño, octubre de 2013.

Pedro con su nieto Mateo Tuja, orgullosos por la tararira pescada, Uruguay, enero de 2014.

Pedro Algorta en Sitges, Cataluña,con sus hijos José, Fernanda y Cecilia (embarazada de Mateo), y su mujer Noelle.

Un grupo de sobrevivientes en el Club Old Christian, en octubre de 2009. De izquierda a derecha: Javier Methol, Adolfo Strauch, Daniel Fernández, Roy Harley, Pedro Algorta, Eduardo Strauch, Antonio Vizintín, José Luis Inciarte, Roberto Canessa y Gustavo Zerbino.

Piers Paul Read, autor de ¡Viven!, y Pedro Algorta en Londres, octubre de 2007.

Conmemoración del partido de rugby que nunca se jugó, a cuarenta años del accidente en Santiago de Chile. De izquierda a derecha: Eduardo Strauch, Javier Methol, Álvaro Mangino, Adolfo Strauch, Pedro Algorta, Roy Harley y José Luis Inciarte, octubre de 2012.

Pedro Algorta celebra sus sesenta años con sus hermanos (Gloria, Paulina, Trinidad y Javier) y su hija Fernanda. Abajo posa junto a su madre, Gloria Durán, y su mujer, Noelle Sauval. Falta su hermano Santiago.

Ramón Sabella, Gustavo Zerbino, Pedro Algorta y José Luis Inciarte en el desierto de Atacama visitan a los familiares de los 33 mineros chilenos atrapados en la mina de San José, septiembre de 2009.

Los sobrevivientes en Buenos Aires, octubre de 2012. De izquierda a derecha: Roy Harley, José Luis Inciarte, Antonio Vizintín, Álvaro Mangino, Daniel Fernández, Pedro Algorta, Eduardo Strauch y Javier Methol.

Pedro Algorta visita el Valle de las Lágrimas, donde cayó el avión, marzo de 2013.